

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

CONTRIBUCIÓN

A LA

GENEALOGÍA DE LA MORAL

Digitized by Google

A/53

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5331040829

ES PROPIEDAD
DERRCHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

JUNIO, 1929

Bibliote...
A. RODRÍGUEZ HUESCA...

6149-17028

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAFAEL CARO RAGGIO.
MENDIZÁBAL, 34. - MADRID

Digitized by Google

D . R - H .

BIBLIOTECA FILOSÓFICA

FEDERICO NIETZSCHE

CONTRIBUCIÓN
A LA
GENEALOGÍA DE LA MORAL

TRADUCIDO POR

J. E. DE MUÑAGORRI



RAFAEL CARO RAGGIO, EDITOR
MENDIZÁBAL, 34. — MADRID

Digitized by Google

Digitized by Google

PROLOGO

I

Nosotros, que buscamos el conocimiento, no nos conocemos a nosotros mismos; nos ignoramos; y hay una buena razón para ello. Si no nos hemos *buscado* nunca, ¿cómo podría llegar un día en que nos encontráramos?

Se ha dicho, y con mucha verdad: "Allí donde esté vuestro tesoro, allí estará igualmente vuestro corazón"; *nuestro* tesoro habita el lugar en donde murmuran las colmenas de nuestro conocimiento. Nuestra ruta se dirige siempre hacia estas colmenas como si fuéramos abejas que fabricásemos la miel del espíritu, porque, en suma, el úni-

Digitized by Google

co deseo de nuestro corazón es el de "elaborar" algún producto.

Fuera de esto, ¿existe alguien que se preocupe seriamente de lo que concierne a la vida y a lo que hemos llamado sus "acontecimientos"? ¿Quién tiene tiempo para preocuparse de ello? Temo mucho que para tales asuntos no nos hallemos nunca verdaderamente en "nuestro centro"; no ponemos en ellos, ni nuestro corazón, ni aun nuestra atención. Antes bien—al igual que un hombre divinamente distraído, absorto en sí mismo, en cuyos oídos acaban de sonar con fuerza las doce campanadas del reloj, exclama despertándose sobresaltado: "Qué hora acaba de dar?"—, del mismo modo nosotros nos frotamos de tanto en tanto los oídos, *cuando ya no es tiempo,* y nos preguntamos, asombrados y confusos: "Qué nos ha sucedido?" Mejor dicho: "¿Qué somos nsootros en último análisis?" Y hacemos un inmediato recuento de los doce golpes del reloj—todavía vibrantes—, de nuestro pasado, de nuestra vida, de nuestro *ser* —¡ay!—, y nos equivocamos en nuestra cuenta... Es que, de un modo fatal, permanecemos ajenos a nosotros mismos, no nos comprendemos; es preciso que nos con-

Digitized by Google

fundamos con los demás, estamos eternamente condenados a obedecer a esta ley: "Cada uno es el más extraño para sí mismo"; con respecto a nosotros mismos, no somos de los que "buscan el conocimiento..."

Digitized by Google

Mis ideas sobre el *origen* de nuestros prejuicios morales—tal es el asunto de esta obra polémica—, hallaron su primera expresión, provisional y lacónica, en la colección de aforismos que lleva por título: *Humano, demasiado humano. Un libro para los espíritus libres.* Comencé a escribirlo en Sorrento, durante un invierno en que necesité descansar, como descansa el viajero, para abarcar con la mirada, de un solo golpe de vista, todo el dilatado y peligroso país, recorrido por mi espíritu. Esto ocurría durante el invierno de 1876 a 1877; las ideas pertenecen a fecha anterior, y son, a grandes rasgos, las mismas que recojo en las presentes páginas. Confiemos en que este largo intervalo las haya mejorado, en que hayan ganado en madurez, en claridad, en solidez, en perfección. El hecho de que me siga ocupando de ellas, después que se han ido comprimiendo cada vez más, hasta fundirse y

Digitized by Google

encadenarse, este hecho, robustece en mí la seguridad dichosa de que no nacieron de un modo aislado, por un capricho del azar, esporádicamente, sino que proceden de un tronco común, de una *voluntad* fundamental del conocimiento que ordena a las fuerzas más íntimas, habla un lenguaje más diáfano y exige conceptos cada vez más precisos. Porque ésta es la única manera de pensar digna de un filósofo. No tenemos derecho a permanecer *aislados* en nada; tan vedado nos está el equivocarnos, como el dar con la verdad de un modo casual. ¡Qué digo! de la misma manera que es absolutamente necesario que un árbol produzca sus frutos, las ideas que de nosotros salen, nuestras apreciaciones, nuestros "sí", nuestros "no", nuestras razones y nuestras causas, se desarrollan, en íntimo parentesco y en relación las unas con las otras, como otros tantos testimonios de *una* voluntad, de *un* estado de ánimo, de *un* terreno, de *un* sol. ¿Serán de vuestro agrado estos frutos de nuestro jardín?; pero, ¿qué les importa esto a los árboles? ¡Qué *nos* importa a nosotros los filósofos!

Digitized by Google

3

Debido a un escrúpulo que me concierne y que no me agrada confesar—porque se refiere a la *moral,* a todo lo que hasta el presente se ha exaltado bajo el nombre de moral, un escrúpulo que surgió en mi vida, temprana e inesperadamente, con una fuerza irresistible, tan en contradicción con lo que me circundaba, con mi juventud y con mi origen, y tan poco en relación con los ejemplos que contemplaba, que tendría casi el derecho de denominarlo mi *a priori*—mi curiosidad y mis sospechas persistieron en detenerse oportunamente ante esta pregunta: "¿Qué *origen* se debe atribuir, en definitiva, a nuestras ideas acerca del bien y del mal?" En efecto: era yo un niño de trece años y ya me era familiar el problema del origen del mal; a una edad en que "nuestras preferencias se dividen entre Dios y los juegos de niños", ya le consagraba yo mi primera puerilidad literaria, mi pri-

Digitized by Google

mer ejercicio de caligrafía filosófica. Y, por lo que hace referencia a la "solución" del problema que yo proponía entonces, quede dicho que era a Dios a quien concedía el honor de ser el *padre* del mal. ¿Era mi *a priori* quien exigía de mí esta conclusión? ¿Era a este *a priori* inmoral o, cuando menos, desmoralizador, a este "imperativo categórico", ¡ay!, tan antikantiano, tan enigmático, al que siempre prestaba atento el oído y más que el oído?... Afortunadamente, pronto aprendí a distinguir entre el prejuicio teológico y el prejuicio moral, y ya no seguí buscando el origen del mal más allá del mundo. Cierta educación histórica y filológica, no sin un delicado tacto innato para las cuestiones psicológicas en general, transformaron pronto mi problema en este otro: ¿En qué condiciones ha inventado el hombre, para su uso, estas dos apreciaciones: el bien y el mal? *¿Y qué valor poseen por sí mismas?* Hasta el presente, ¿han estorbado o han favorecido el progreso de la humanidad? ¿Son un síntoma de fatiga, de empobrecimiento vital, de degeneración? O, por el contrario, ¿suponen la plenitud, la fuerza, la voluntad de vivir, el valor, la confianza en el porvenir de la vida? Encontraba en

Digitized by Google

mí, y las arriesgaba, varias respuestas; establecía distinciones entre las épocas, los pueblos y el rango de los individuos; especialicé mi problema; las respuestas llevaban aparejadas nuevas cuestiones, investigaciones, conjeturas, probabilidades, hasta que hube, al fin, conquistado un país, un suelo que me era propio; todo un mundo ignorado, floreciente y en pleno crecimiento, semejante a un oculto jardín del que nadie ni sospechaba la existencia. ¡Ah! ¡Cuán dichosos somos los que buscamos el conocimiento, a condición de que sepamos enmudecer bastante tiempo!

Digitized by Google

4

Lo que primeramente me impulsó a dar a conocer algunas de mis hipótesis sobre el origen de la moral, fué la lectura de un pequeño libro, escrito con claridad y con una sagacidad madura, el cual me ofreció netamente, por vez primera, un género de hipótesis genealógicas a contrapelo y de perversa esencia, género completamente *inglés*. Este librito me atrajo, con la fuerza que posee todo lo que nos es opuesto, todo lo que pertenece a nuestros antípodas.

Se titulaba *Sobre el origen de los sentimientos morales,* había aparecido en el año 1877, y tenía por autor al doctor Pablo Rée. Es posible que jamás haya leído nada que despertara en mí la contradicción con mayor energía, frase por frase, conclusión por conclusión. Sin embargo, todo ello sin la menor amargura, sin la más pequeña impaciencia. En mi obra citada, que entonces preparaba, hice alusión a propósito, y fuera de

Digitized by Google

propósito, a las afirmaciones de este libro, no para refutarlas—¡a qué meterme en refutaciones!—, sino, como conviene a un espíritu positivo, para reemplazar lo inverosímil por lo verosímil y, según las circunstancias, un error por otro. Fué entonces, repito, cuando por vez primera saqué a plena luz estas hipótesis sobre los orígenes que constituyen el asunto de estas disertaciones, de una manera torpe, sin duda, soy el primero en reconocerlo, por carecer todavía de la libertad y del lenguaje adecuado al caso, y con desfallecimientos y fluctuaciones múltiples. Para los detalles, compárese lo que digo en *Humano, demasiado humano* (aforismo 45), sobre el origen del bien y del mal (es decir, que ambos conceptos son distintos según que procedan de la esfera de los amos o de la de los esclavos); del mismo modo mis ideas sobre el valor y el origen de la moral ascética (aforismos 136 y siguientes); sobre la moral de las costumbres (aforismos 96, 99; volumen II, aforismo 89), este género de moral mucho más antigua, más primitiva, que difiere *toto coelo* de la evaluación altruista (donde el doctor Rée ve, como todos los genealogistas ingleses de la moral, la evaluación moral en sí). Véanse también en

Digitized by Google

El viajero y su sombra (aforismo 26) y en *Aurora* (aforismo 112) mis teorías sobre el origen de la justicia, considerada como un acuerdo establecido entre dos poderes poco más o menos iguales (el equilibrio como condición primera de todos los contratos, naciendo del derecho); consúltese igualmente, sobre el origen del castigo, *El viajero y su sombra* (aforismos 22 y 33), del castigo, que no tiene (como piensa el doctor Rée) por carácter esencial y primordial la intención de inspirar terror, intención ésta, adicional y puramente circunstancial y accesoria.

Digitized by Google

5

En el fondo yo estaba entonces encariñado con algo mucho más importante que un mundo de hipótesis, propias o ajenas, sobre el origen de la moral (o, más exactamente: ésta no era más que una de las vías por mí seguidas para llegar a un fin). Para mí se trataba del *valor* de la moral, y sobre este punto no tenía con quién explicarme, más que casi exclusivamente, con mi ilustre maestro Schopenhauer, a quien se dirigía este libro, como a un contemporáneo, este libro, con toda su pasión y su oculta oposición (porque *Humano, demasiado humano,* es igualmente un "escrito polémico"). Se trataba especialmente del valor del no egoísmo, de los instintos de piedad, de renunciación, de abnegación, que Schopenhauer había precisamente, durante tanto tiempo, realzado a nuestros ojos, divinizándolos y elevándolos a las regiones del más allá, tanto que, al fin,

Digitized by Google

constituyeron por sí solos los "valores en sí", y sobre los cuales se basó para su negación de la vida y del sér. Pero es precisamente contra *estos* instintos contra los que nacía en mí una desconfianza cada vez más fundamental, un escepticismo que iba en aumento de día en día. Yo veía en ellos precisamente el *gran* escollo de la humanidad, la tentación y la seducción supremas que le llevarían... ¿a qué lugar?, ¿a la nada? Yo veía en ello el principio del fin, el alto en la marcha, la fatiga que mira atrás, la voluntad que se rebela *contra* la vida, la postrera enfermedad anunciándose con síntomas de ternura y de melancolía; ¡yo comprendía que esta moral de la compasión que se extendía cada vez más a su alrededor, que alcanzaba hasta a los filósofos, transformándoles en enfermos, era el síntoma más alarmante de nuestra cultura europea, inquietante por su inclinación hacia un nuevo budismo, hacia un budismo europeo, hacia el *nihilismo!* Entre los filósofos, en efecto, es algo nuevo esta preferencia, esta estimación exagerada y absolutamente moderna de la piedad: hasta el presente, los filósofos estaban precisamente de acuerdo sobre el valor *negativo* de la piedad. Me bastará citar cua-

Digitized by Google

tro espíritus tan diferentes entre sí como Platón, Spinoza, La Rochefoucauld y Kant, todos los cuales coincidían en un punto: el desprecio de la piedad.

Digitized by Google

Este problema del valor de la piedad y de la moral altruista (soy un adversario de la vergonzosa afeminación del sentimiento, que es corriente hoy día), este problema parece ser, al primer golpe de vista, una cuestión aislada, un punto de interrogación, único y aparte; pero a quien se detenga en ello una sola vez, a quien aprenda a interrogar, se le ofrecerá como a mí se me ha ofrecido: una perspectiva nueva, inmensa se abrirá delante de él; la visión de una posibilidad, se apoderará de él como un vértigo; todo género de desconfianzas, de sospechas, de aprensiones tendrán lugar; su fe en la moral, en toda moral, vacilará... en fin, una nueva exigencia elevará su voz. Enunciemos esta nueva exigencia: Tenemos necesidad de una *crítica* de los valores morales y, el *valor de estos valores* debe, antes que nada, ser elucidado; y para esto es absolutamente indispensable conocer las condiciones y los me-

Digitized by Google

dios que les dieron vida, en el seno de los cuales se han desarrollado y deformado (la moral en tanto que consecuencia, síntoma, disfraz, tartufería, enfermedad o error; pero también la moral en tanto que causa, remedio, estimulante, estorbo o veneno); conocimiento como no ha habido otro parecido hasta el presente, tal como nunca se ha intentado investigar.

Se daba por cierto, por real, el *valor* de estos "valores", considerándolo por encima de toda discusión. Sin la más ligera duda y sin la menor vacilación se ha atribuído, hasta el presente, a lo "bueno" un valor superior a lo "perverso", superior en sentido de progreso, de utilidad, de influencia fecunda para cuanto atañe al progreso del hombre en general (sin olvidar su porvenir). ¿De qué modo? ¿Qué sucedería si lo contrario fuese cierto? ¿Qué, si en el hombre "bueno" hubiera un síntoma de retroceso, algo parecido a un peligro, una seducción, un veneno, un *narcótico,* que hiciera al presente vivir *a costa del porvenir,* de una manera más agradable, más inofensiva tal vez, pero también de un modo más mezquino, más bajo... de suerte, que si *el más alto grado de potencia y esplendor* del tipo humano,

Digitized by Google

posible en sí mismo, no ha sido nunca alcanzado, la falta sería precisamente de la moral?; según esto, ¿sería la moral, de entre todos los peligros, el peligro por excelencia?

Digitized by Google

7

Básteme añadir que, yo mismo, después que esta perspectiva se hubo abierto ante mí, tuve mis razones para buscar colaboradores eruditos, decididos y trabajadores (y hoy día todavía los sigo buscando). Se trata de recorrer—observando nuevos problemas con nuevos ojos—el enorme, el lejano y el tan misterioso país de la moral, de la moral que verdaderamente ha existido y que ha sido verdaderamente vivida. ¿No equivale esto a casi *descubrir* este país?... Si, entre otras personas, he pensado en el doctor Rée, ha sido porque no he dudado un instante que él no fué impulsado, por la naturaleza misma de los problemas que consideraba, a un método más racional para resolverlos. ¿Me he equivocado en esto? Mi deseo ha sido, en todo caso, imprimir a una mirada tan penetrante y tan imparcial, una dirección mejor, la dirección hacia una verdadera *Historia de la moral* y de ponerla en

Digitized by Google

guardia, cuando todavía es tiempo oportuno, contra un mundo de hipótesis inglesas, construídas en el vacío, en el azul. Claro está que para el genealogista de la moral hay un color cien veces preferible al azul: me refiero al *gris,* entendiendo por tal todo cuanto reposa sobre documentos, lo que verdaderamente se puede establecer, lo que ha existido realmente; en una palabra, todo el extenso texto jeroglífico, costoso de descifrar, del pasado de la moral humana. El doctor Rée no lo conocía; pero había leído a Darwin y he aquí por qué, en sus hipótesis, se observa, de una manera cuando menos divertida, al bruto humano de Darwin tender gentilmente la mano al humilde afeminado de la moral, creación absolutamente moderna que "ya no muerde", pero que responde a esta galantería con un rostro en el que marca su sello una cierta indolencia bonachona y graciosa, a la cual se mezcla un grano de pesimismo y de fatiga, como si verdaderamente no valiera la pena de tomar tan a pecho este asunto..., es decir, el problema de la moral. A mí, por el contrario, me parece que nada hay en el mundo que *merezca* ser tomado tan en serio; se *merecerá,* tal vez un día, tener el derecho de

Digitized by Google

alcanzarlo fácilmente. En efecto, la alegría, o para hablar mi lenguaje, el *alegre conocer* es una recompensa: la recompensa de un esfuerzo continuo, audaz, obstinado, subterráneo, que, a decir verdad, no es factible para todos. Pero, el día en que podamos gritar: "¡Adelante!, nuestra vieja moral entra en el dominio *de la comedia*", habremos descubierto, para el drama dionisíaco del *Destino del alma,* una nueva intriga, una nueva posibilidad, y se podría apostar que de él ha sacado ya partido, él, el grande, el antiguo, el inmortal poeta de las comedias de nuestra existencia...

Digitized by Google

8

Si algunos encuentran este escrito incomprensible, si el oído se muestra perezoso para alcanzar su sentido, la falta, me parece a mí, no es necesariamente mía. Lo que digo es suficientemente claro, suponiendo, como supongo, que se hayan leído, sin economizar algún esfuerzo, mis anteriores obras; porque, en efecto, éstas no son de un acceso tan fácil. En lo que se refiere, por ejemplo, a mi *Zaratustra,* no quiero que nadie se alabe de conocerlo, si no se ha sentido algún día profundamente herido primero, y más tarde, por el contrario, íntimamente arrebatado por cada una de sus palabras; porque, solamente entonces, se gozará del privilegio de participar en el elemento alcionense, del cual ha nacido esta obra, se sentirá veneración por su resplandeciente claridad, su amplitud, su lejana perspectiva, su certidumbre. En otros casos, la forma aforística de mis escritos ofrece cierta dificultad; pero ello pro-

Digitized by Google

viene de que hoy en día no se le da a esta forma la importancia que merece. A un aforismo cuya fundición y cuyo troquelado son los que deben ser, no se le ha "descifrado", porque se le haya leído; se necesita mucho más, porque su *interpretación* únicamente ha comenzado con ello y hay un arte de la interpretación. En la tercera disertación del presente volumen, ofrezco un ejemplo de lo que yo llamo una "interpretación": Esta disertación va precedida de un aforismo del que viene a ser el comentario. Es cierto que, para elevar de este modo la lectura a la categoría de un *arte,* es preciso poseer, antes que nada, una facultad—que es precisamente la más olvidada hoy día, y esta es la razón por la que pasará todavía mucho tiempo antes de que mis escritos sean "legibles"—, una facultad que exigiría casi, que se tuviera la manera de ser de una vaca y de ningún modo, en todo caso, la de un "hombre moderno": me refiero a la facultad de *rumiar*...

Sils-María, Alta-Engadina.

Julio, 1887.

Digitized by Google

PRIMERA DISERTACION

"BIEN Y MAL", "BUENO Y MALO"

I

Estos psicólogos ingleses a quienes debemos las únicas tentativas hechas hasta el presente, para constituir una historia de los orígenes de la moral, nos ofrecen en sus personas un enigma que no debemos desdeñar; confieso que por esto mismo—por ser enigmas encarnados—poseen una ventaja capital sobre sus libros: *la de ser interesantes en sí mismos.* ¿Qué es lo que buscan estos psicólogos ingleses? Los encontramos siempre, voluntaria e involuntariamente, ocupados en el mismo esfuerzo; es decir, procurando poner en evidencia la *partie honteuse* (1), de nuestro mundo interior y buscan-

(1) En francés en el original. (N. DEL T.)

Digitized by Google

do el principio activo, conductor, decisivo desde el punto de vista de la evolución, allí precisamente donde el orgullo intelectual del hombre menos podría suponerlo (por ejemplo, en la *vis inertia* de la costumbre, o bien en la facultad del olvido, o en un encadenamiento y un engranaje de ideas ciegos y fortuitos; o, en fin, en no sé qué puramente pasivo, automático, reflejo, molecular y fundamentalmente estúpido). ¿Qué es, pues, lo que precisamente, empuja siempre a los psicólogos en *esta* dirección? ¿Será cierto instinto secreto y bajamente pérfido de humillar al hombre, instinto que, tal vez no se atrevería a actuar por sí mismo? O, ¿será quizá un recelo pesimista, la desconfianza del idealista desilusionado y ensombrecido, transformado todo él en bilis y veneno?; o, ¿no será una disimulada hostilidad subterránea contra el cristianismo (y contra Platón) un rencor que, tal vez, no haya pasado al plano de la conciencia?; o bien, ¿se tratará de un gusto pervertido por las extravagancias, por las paradojas dolorosas, por las incertidumbres y por los absurdos de la existencia? O, finalmente, ¿no será un poco de todo esto: un poco de suciedad, un poco de amargura, un poco de anticristianismo,

Digitized by Google

un poco de necesidad de divertirse y un poco de gusto por el picante? Pero se me asegura que son simplemente viejas ranas viscosas e importunas que se arrastran y saltan alrededor del hombre, que se introducen en su seno como si allí estuvieran en su elemento, es decir, en un *lodazal*. Yo rechazo esta idea con repugnancia, no la concedo el menor crédito; y, si está permitido emitir una opinión, cuando no se puede discernir, yo deseo de todo corazón que, en lo que les atañe, ocurra al contrario; que estos investigadores que estudian el alma al microscopio sean en el fondo criaturas valientes, generosas y altaneras que sepan poner freno a su amor y a su rencor y que hayan aprendido a sacrificar sus deseos a la verdad, a *toda* verdad, incluso a la verdad sencilla, áspera, fea, repugnante, anticristiana e inmoral... Porque tales verdades existen.

Digitized by Google

¡Gloria por tanto a los buenos hados que, tal vez, velan sobre estos historiadores de la moral! Desgraciadamente es cierto que el *espíritu histórico* les falta y que han sido precisamente abandonados por todos los buenos hados de la inteligencia del pasado. Todos ellos tienen, de acuerdo con la antigua tradición de los filósofos, una manera de pensar *esencialmente* antihistórica; no puede dudarse de ésto. La simpleza de su genealogía de la moral aparece inmediatamente en cuanto se trate de precisar el origen de la noción y del juicio de lo "bueno". "En el principio—afirman—las acciones no egoístas han sido alabadas y reputadas como buenas por aquellos a quienes beneficiaban, por aquellos a quienes resultaban *útiles;* más tarde se ha *olvidado* la razón de la alabanza y se han hallado buenas las acciones no egoístas, simplemente porque—por costumbre—se las había considerado siempre como tales—co-

Digitized by Google

mo si ellas fuesen buenas en sí". Esto está claro: esta primera consecuencia presenta todos los rasgos característicos de la idiosincrasia de los psicólogos ingleses; hallamos en ella "la utilidad", "el olvido", "la costumbre" y, finalmente "el error"; todo esto para servir de base a una apreciación de la cual, hasta el presente, se ha enorgullecido el hombre, como de una especie de privilegio del hombre superior, en general. Esta altanería *debe ser humillada,* esta apreciación *debe* ser depreciada; ¿ha sido conseguido este objeto?

Para mí aparece, desde luego, claramente que esta teoría busca y cree distinguir el verdadero foco de origen del concepto "bueno" en un lugar donde no está: ¡el juicio "bueno" no procede, de *ningún modo* de aquellos sobre quien se ha ejercido la bondad! Más bien son los mismos "buenos", es decir, los distinguidos, los poderosos, aquellos que son superiores por su situación y por su elevación de alma, los que a sí mismos se han considerado como "buenos", los que han juzgado sus propias acciones como "buenas", es decir, de primer orden, estableciendo esta valoración por oposición a todo lo que era bajo, mezquino, vulgar y populachero. Desde la altura de este *sentimiento*

Digitized by Google

de la distancia, se arrogaron el derecho de crear los valores y de determinarlos: ¡Qué les importaba la utilidad! El punto de vista utilitario es lo más ajeno y lo más inexplicable a la vista de un origen vivo y resplandeciente de supremas evaluaciones que establecen y distancian los rangos; aquí el sentimiento ha llegado precisamente a situarse enfrente de la frialdad que constituye la condición de toda prudencia interesada, de todo cálculo de utilidad; y esto no solamente por una vez única, para una hora de excepción, sino para siempre: La conciencia de la superioridad y de la distancia, repito, el sentimiento general, fundamental, durable y dominante de una raza superior imperante, en oposición a una raza inferior, a un "bajo —fondo humano"—he ahí el origen de la antítesis entre "bueno" y "malo". (Este derecho de amo en virtud del cual se aplican nombres, va tan lejos que se puede considerar el origen mismo del lenguaje como un acto de autoridad emanante de los que dominan. Ellos han dicho: "esto *es* tal y tal cosa", han vinculado a un objeto y a un hecho tal vocablo y por ello se los han, por así decirlo, apropiado.)

Gracias a este origen, en el primer mo-

Digitized by Google

mento, la palabra "bueno" no se relacionaba, en absoluto, con las acciones "no egoístas", como se deducía del prejuicio sustentado por estos genealogistas de la moral. Hay que llegar a la *decadencia* de las evaluaciones aristocráticas para que la antítesis "egoísta" y "desinteresado" ("no egoísta") tome cuerpo en la conciencia humana. Es, sirviéndome de mi lenguaje, *el instinto de rebaño* el que en esta oposición de términos acaba por hallar su expresión. Y aún así pasa todavía mucho tiempo hasta que este instinto se hace dueño, al punto que la evolución moral permanezca presa y hundida en este contraste (como es, por ejemplo, el caso de la actual Europa, donde el prejuicio que considera como equivalentes los conceptos "moral", "no egoísta" y "desinteresado", reina ya con la potencia de una "idea fija", de una enfermedad cerebral).

Digitized by Google

3

Pero, en segundo término—y dejando a un lado el hecho de que esta hipótesis sobre el origen del juicio "bueno" no sea sostenible desde el punto de vista histórico—, ofrece en sí misma una contradicción psicológica. La utilidad del acto no egoísta hubiera sido, según ella, el origen de la alabanza recaída sobre dicho acto; más tarde se hubiera *olvidado* este origen. ¿Sería *explicable* un olvido tal? ¿Acaso la utilidad de actos semejantes ha dejado de existir en algún momento? Todo lo contrario: esta utilidad es más bien la cotidiana experiencia de todos los tiempos, algo que, por tanto, los subrayara constantemente; en consecuencia, en lugar de desaparecer de la conciencia, en vez de poder difuminarse en el olvido, debería grabarse en aquélla con caracteres de mayor relieve cada vez. ¡Cuánto más lógica resulta la teoría contraria (sin ser, por ello, más verdadera), la que, por

Digitized by Google

ejemplo, nos ofrece Herberto Spencer! Este autor liga los conceptos "bueno", "útil" y "oportuno", asignándoles la misma esencia, de suerte que la humanidad habría resumido y sancionado, por medio de los juicios "bueno" y "malo" precisamente, sus experiencias *inolvidadas* e *inolvidables* sobre lo que es útil e inútil, oportuno e inoportuno. Según esta teoría, es bueno aquello que, en todo tiempo, se ha revelado como útil, siendo esta la razón por la que esta cosa buena y útil puede aspirar al título de "valor de primer rango", de "valor esencial". Esta tentativa de explicación es, como ya he dicho antes, igualmente errónea, pero, cuando menos, es sensata y sostenible desde un punto de vista psicológico.

Digitized by Google

4

La indicación del verdadero método que conviene emplear, la hallé en la siguiente pregunta: ¿Cuál es, exactamente, desde el punto de vista etimológico, el sentido de las acepciones de la palabra "bueno" en las diversas lenguas? Entonces fué cuando descubrí que todas ellas derivan de *una misma transformación de ideas;* que siempre, y en todas partes, la idea de "distinción" de "nobleza", en el sentido de rango social, es la idea madre, de donde nace y se deriva necesariamente la idea de "bueno", en el sentido de "distinguido en cuanto al alma", y la de "noble", en el sentido de "poseer un alma de esencia superior", "privilegiado en cuanto al alma". Este desarrollo es siempre paralelo al que acaba por transformar las nociones de "vulgar", "plebeyo", "bajo", en la de "malo". El ejemplo más llamativo de esta última metamorfosis lo ofrece la palabra alemana *schelecht* (malo), que es idén-

Digitized by Google

tica a *schlicht* (simple); compárense, *schlechtweg* (simplemente), *schlechterdings* (absolutamente), y reflexiónese que, en su origen, designaba al hombre simple, al hombre de la plebe, sin equívoco y sin segunda intención, únicamente por oposición con el hombre noble. Este sentido nó se separó de su fuente de origen, transformándose en el actualmente en uso, hasta una época que viene a coincidir con la guerra de los treinta años, muy tardíamente, como puede verse. He aquí una comprobación que me parece es *esencial* desde el punto de vista de la genealogía de la moral; si ha venido a hacerse tan tarde, la culpa es de la frenadora influencia que el prejuicio democrático ejerce en el seno de la sociedad moderna, obstaculizando toda investigación que roce la cuestión de los orígenes. Y esto ocurre hasta en el dominio de lo que parezca más objetivo, como en el de las ciencias naturales y la fisiología, lo que por ahora me limitaré a señalar. Para juzgar del trastorno que este prejuicio, una vez desencadenado hasta el odio, puede producir, especialmente en la moral y en el estudio de la historia, bastará examinar el tan famoso caso de Buckle; el *plebeyismo* del espíritu moderno, que es de

Digitized by Google

origen inglés, entró en erupción, una vez más, sobre su suelo natal, con la violencia de un volcán de lodo y con esta facundia indelicada, estrepitosa que ha caracterizado siempre los discursos de los volcanes.

Digitized by Google

5

Por lo que respecta a *nuestro* problema, que puede ser llamado, con perfecto derecho, un problema *íntimo,* y que, de una manera deliberada, no se dirige más que a los oídos de la minoría, es del mayor interés establecer que, con mucha frecuencia todavía, a través de las palabras y de las raíces que significan "bueno", se transparenta el matiz esencial, gracias al cual los nobles se sentían hombres de un rango superior. Cierto es que, tal vez en la mayoría de los casos, hacen proceder su nombre de la superioridad de su poder ("los poderosos", "los amos", "los jefes"), o de los signos externos de esta superioridad, por ejemplo: "los ricos", "los propietarios" (tal es el sentido de *arya,* sentido que se repite en los grupos eranio y eslavo). Muy a menudo, sin embargo, *un rasgo típico del carácter* determina la denominación, siendo este el caso que aquí nos interesa. Se llaman, por

Digitized by Google

ejemplo, "los verídicos", siendo, en primer lugar, la nobleza griega la que se designó de este modo por boca del poeta megariense Theogonis. La palabra ἐσθλός, destinada a este uso, significa, según su raíz, alguien que *es,* que tiene realidad, que es real, que es verdadero; después, por una modificación subjetiva, el verdadero se transformó en verídico; en esta fase de transformación de la idea, vemos al término que la expresa, hacerse la contraseña y el signo de distinción de la nobleza, y tomar absolutamente el sentido de "noble", por oposición al hombre "mendaz", de la plebe, tal como Theogonis lo concibió y lo describió, hasta que, al fin, después de la decadencia de la nobleza, la palabra no designaba más que la *nobleza* de alma y tomaba al mismo tiempo el sentido de un algo de madurez y dulzura. La palabra κακός, al igual que δειλός (que designa el plebeyo por oposición al ἀλαθός) subraya la cobardía. He aquí lo que tal vez nos indique la dirección que es preciso seguir para buscar la etimología de la palabra ἀλαθός, que se puede interpretar de muchas maneras. El latino *malus* (que yo coloco frente a frente de μέλας, negro) pudiera haber designado al hombre de la ple-

Digitized by Google

be derivándolo de su color oscuro, y, sobre todo, de sus cabellos negros, (*hic niger est*) ya que el aborigen pre-aryo del suelo itálico se distinguía con toda claridad por su color moreno de la raza dominante, de la raza de los conquistadores aryos, de rubios cabellos. Al menos yo he encontrado en el dialecto gaélico una indicación absolutamente similar: así, la palabra *fin* (por ejemplo, en la voz *Fin-Gal*), término distintivo de la nobleza, y que, en último análisis, quiere decir el bueno, el noble, el puro, significaba en su origen: la cabeza rubia, en oposición al aborigen, moreno y de cabellos negros. Digamos de pasada que los celtas eran una raza absolutamente rubia; en cuanto a estas zonas de población con los cabellos esencialmente oscuros, que se observan en los mapas etnográficos de Alemania, hechos con cuidado, sería injusto atribuirlas a un origen céltico y a una mezcla de sangre celta como ha hecho Virchow; más bien se trata de la población *prearya* de Alemania que se descubre en estas regiones. (La misma observación pcede aplicarse a casi toda Europa; efectivamente, la raza sometida ha acabado por adquirir la preponderancia, con su color, su morfología craneal y quizá con sus

Digitized by Google

mismos instintos intelectuales y sociales: ¿Quién nos garantiza que la nueva democracia, el todavía más moderno anarquismo y sobre todo la tendencia a la *Commune,* a la forma social más primitiva, tan cara hoy día a todos los socialistas de Europa, no sean en esencia sino un monstruoso efecto del *atavismo,* y que la raza de los conquistadores y de los *amos,* la de los arios, no se halle en trance de sucumbir, incluso fisiológicamente?...) Creo poder interpretar el latino *bonus* por el "guerrero"; suponiendo que acertadamente, retraiga *bonus* a su forma más antigua *duonus.* (Compárense: *bellum-duellum-duen-lum,* en donde el *duonus* parece conservarse.) Según esto, el *bonus* sería el hombre de combate, de lucha *(duo),* el guerrero; se ve, por tanto, lo que constituía la "bondad" de un hombre de la Roma antigua. Nuestra palabra alemana *gut* (bueno), ¿no debería significar *der Goettliche* (el divino), el hombre de origen divino; y, ¿no sería igualmente sinónimo de *Goth,* nombre de un pueblo, pero primitivamente de una nobleza nada más? Las razones en favor de esta hipótesis no pueden ser expuestas aquí.

Digitized by Google

Si la transformación del concepto político de la preeminencia en un concepto psicológico, constituye la regla, no es por una excepción a esta regla (aunque no hay regla sin excepción) por lo que la casta más alta forma al mismo tiempo la casta *sacerdotal* y que, por consecuencia, prefiera ella, para su designación general un título que recuerde sus funciones especiales. Esta es la razón de que, por ejemplo, el contraste entre "puro" e "impuro" sirva por vez primera para la diferenciación de las castas; y aquí también, más adelante, se establece una diferencia entre "bueno" y "malo", en un sentido que deja de estar limitado a la casta. Por lo demás es preciso guardarse bien de otorgar desde el primer momento a estos conceptos un sentido demasiado riguroso, demasiado amplio ni tampoco ver en ellos un sentido simbólico: todos los conceptos de la primitiva humanidad han comenzado por ser to-

Digitized by Google

mados, en un grado del que no tenemos idea, en un sentido grosero, brutal, abreviado, restringido y, sobre todo y ante todo, en un sentido *no-simbólico*. El *puro* es, al principio, simplemente, un hombre que se lava, que no come ciertos alimentos que provocan afecciones de la piel, que no cohabita con las mujeres desaseadas del bajo pueblo, que siente horror a la sangre, ¡y nada más o en todo caso muy poco más! Por otra parte, la particular conducta de las aristocracias sacerdotales explica por qué es precisamente aquí donde los contrastes de evaluación han podido espiritualizarse y acusarse tan rápidamente. Efectivamente, ellas son las que han acabado por abrir entre los hombres tales abismos que, ni un Aquiles del pensamiento libre, se atrevería a franquearlos sin temblar. Hay, desde el principio, algo de *morboso* en estas aristocracias sacerdotales y en sus costumbres dominantes, hostiles a la acción, queriendo que el hombre, unas veces, empolle a sus sueños y otras sea agitado por explosiones sentimentales; la consecuencia parece ser esta debilidad intestinal y esta neurastenia, casi fatalmente inherentes a los sacerdotes de todos los tiempos. Y el remedio preconizado por ellos contra este estado

Digitized by Google

morboso, ¿no es acaso, en fin de cuentas, cien veces más peligroso todavía que la enfermedad que trata de combatir? La humanidad entera sufre las consecuencias de este cándido tratamiento imaginado por los sacerdotes. Bastará recordar ciertas particularidades del régimen dietético (privación de carnes) el ayuno, la abstinencia sexual, la huída "al desierto". (El aislamiento a lo Weir Mitchell, claro está que sin la cura de engorde y de sobrealimentación que lo acompañan y que constituyen el remedio más eficaz contra las histerias del ideal ascético). Añadid a esto la metafísica sacerdotal, hostil a los sentidos, que se adormecen, indolentes y refinados, el hipnotismo por autosugestión, que practican los sacerdotes a la manera de los fakires y de los brahamanes —haciendo Brahma de globo de cristal o de idea fija—y la hartura universal y final (bien comprensible, por lo demás, con la cura radical del sacerdote), la *nada* (o Dios: porque la aspiración a una unión mística con Dios no es más que la aspiración del budista a la nada, al Nirvana, ¡no es otra cosa! Es que, en el sacerdote, *todo* resulta más peligroso, no solamente los tratamientos y las terapéuticas, sino también el orgullo, la

Digitized by Google

venganza, la penetración, la mala conducta, el amor, la ambición, la virtud, la enfermedad. Cierto es que, con un poco de equidad, podría añadirse que, precisamente sobre el terreno de esta forma de existencia *esencialmente peligrosa,* la sacerdotal, ha comenzado el hombre a transformarse en un *animal interesante;* aquí es donde, en un sentido sublime, el alma humana ha adquirido su *profundidad* y su *inclinación al mal;* y, en realidad, son estos los dos atributos capitales que han dado, hasta aquí, al hombre, la supremacía sobre el resto del reino animal.

Digitized by Google

7

Se adivina con cuánta facilidad se destacará la manera de apreciar propia del sacerdote de la empleada por la aristocracia guerrera, transformándose en una apreciación completamente opuesta. El terreno será especialmente favorable al conflicto cuando ambas castas, la de los sacerdotes y la de los guerreros se envidien mutuamente no llegando entonces a entenderse acerca del rango. Los juicios acerca de los valores emanados de la aristocracia guerrera, se basan en una poderosa arquitectura corporal, una salud floreciente, sin olvidar todo lo necesario para el mantenimiento de este vigor desbordante: la guerra, las aventuras, la caza, el baile, los juegos y los ejercicios físicos y en general todo lo que implique una actividad libre, robusta y alegre. La manera de apreciar de la alta clase sacerdotal descansa sobre otras condiciones básicas: tanto peor para ella cuanto se dé la guerra.

Digitized by Google

Los sacerdotes, el hecho es notorio, son los *enemigos más malignos*. ¿Por qué? Porque son los más incapaces. La impotencia hace nacer en ellos un odio monstruoso, siniestro, intelectual y venenoso. Los grandes vengativos de la historia han sido siempre sacerdotes, como también han sido los vengativos más *ingeniosos*: al lado del ingenio que despliega la venganza del sacerdote, cualquier otro resulta pobre. La historia de la humanidad sería, a decir verdad, una cosa insulsa, sin el espíritu de que la han animado los impotentes. Vamos directamente al ejemplo más demostrativo: Todo cuanto se ha emprendido sobre la tierra contra los "nobles", los "poderosos", los "amos", la "autoridad", no tiene importancia si se compara con lo que han hecho *los judíos;* los judíos, este pueblo sacerdotal, que ha terminado por no poder hallar satisfacción contra sus enemigos y sus dominadores, más que por medio de una radical transmutación de todos los valores, es decir, por un acto de *venganza esencialmente espiritual.* Sólo un pueblo de sacerdotes podía proceder así, un pueblo, que vengaba de una manera sacerdotal su odio reconcentrado. Son los judíos los que, con formidable lógica, se han atrevido a des-

Digitized by Google

tronar la ecuación aristocrática de los valores (bueno, noble, poderoso, bello, dichoso, amado de Dios) y han mantenido este destronamiento con el encarnizamiento de su odio sin límites (el odio de la impotencia). Y ellos han afirmado: "Unicamente los miserables son los buenos; los pobres, los impotentes, los pequeños solamente son los buenos; los que sufren, los necesitados, los enfermos, los deformes son también los únicos benditos de Dios; a éstos pertenece únicamente la felicidad eterna. ¡Por el contrario, vosotros, vosotros que sois nobles y poderosos, vosotros sois desde la eternidad los malos, los crueles, los ávidos, los insaciables, los impíos y, eternamente también, seréis los réprobos, los malditos, los condenados!..." Sabido es quien recogió la herencia de esta imprecación judaica... Yo recuerdo, a este propósito, la iniciativa monstruosa y nefasta, más allá de toda expresión, que tomaron los judíos para esta declaración de guerra, la más radical entre todas, acerca de la cual llegué a una conclusión en otro lugar. *(Más allá del bien y del mal;* afor. 195) Quiero decir que con los judíos comienza el *levantamiento de los esclavos en la moral;* este levantamiento que arrastra tras de sí

Digitized by Google

una larga historia de veinte siglos y que no perdemos hoy día de vista porque ha sido victorioso...

Digitized by Google

8

Pero, ¿no comprendéis? ¿No tenéis ojos para ver una cosa que ha necesitado de dos mil años para triunfar?... No hay motivo para asombrarse: todo lo que es *largo* es difícil de ver, de abarcar de un golpe de vista. Ahora bien, *he aquí* lo que ha sucedido: sobre el tronco de este árbol de la venganza y del odio, del odio judáico, el más profundo y el más sublime que el mundo ha conocido nunca, odio creador del ideal, odio que transmuta los valores, odio como no ha existido semejante sobre la tierra; de este odio surge algo no menos incomprensible, un *amor nuevo*, la más profunda y la más sublime de todas las formas del amor; por otra parte, ¿sobre qué otro tronco hubiera podido florecer este amor? Pero, ¡que nadie imagine que se desarrolló bajo la forma de una negación de aquella sed de venganza, como antítesis del odio judáico! No, todo lo contrario. El amor surgió de este odio, floreciendo como su co-

Digitized by Google

rona, una corona triunfante; dilatándose bajo los cálidos rayos de un sol de pureza, pero persiguiendo siempre—en este nuevo dominio, bajo el reino de la luz y de lo sublime—los mismos fines que el odio: la victoria, la conquista, la seducción y sumergiendo sus raíces, tenaz y ávidamente en el subterráneo dominio de las tinieblas y del mal. Este Jesús de Nazareth, este encarnado evangelio del amor, este "Salvador", que traía a los pobres, a los enfermos, a los pecadores, la vida eterna y la victoria, ¿no constituía él, precisamente, la seducción en su forma más siniestra y más irresistible, la seducción que debía conducir, dando un rodeo, a estos valores *judáicos,* a estas renovaciones del ideal? ¿No llegó el pueblo de Israel a alcanzar el objeto final de su sublime rencor, utilizando el camino indirecto de este Salvador, de este aparente adversario que parecía querer dispersar a Israel? ¿No ha sido por la oculta magia negra de una política de la venganza, verdaderamente grandiosa, lenta en dirigir y en calcular sus golpes, por lo que el mismo Israel ha debido renegar y crucificar, a la faz del mundo, al verdadero instrumento de su venganza, como si este instrumento fuera su mortal enemigo, con el fin de que el "mundo

Digitized by Google

entero", es decir, todos los enemigos de Israel, sintieran menos escrúpulos en morder el cebo? ¿Podría, por otra parte, concebirse, con la ayuda de todos los refinamientos del espíritu, un cebo más *peligroso* que éste, alguna cosa que igualara por su poder de seducción, por su fuerza de mistificación y de adormecimiento, a este símbolo de la "santa cruz", a esta horrible paradoja de un "Dios crucificado", a este misterio de una inimaginable y última crueldad, la loca crueldad de un Dios crucificándose a sí mismo, *para la salvación de la humanidad?...* Por lo menos es indiscutible que Israel, con su venganza y su transmutación de todos los valores, ha triunfado constantemente, *sub hoc signo,* de todo otro ideal, de cualquier otro ideal más noble.

Digitized by Google

9

..."Pero, ¡a qué nos venís hablando todavía de un ideal más noble! Inclinémonos ante la realidad de los hechos: ha sido el pueblo quien lo ha traído, o "los esclavos", o "el populacho", o "el rebaño"—llamadlo como queráis—. Si es a los judíos a quien se lo debemos, ¡pues bien!: jamás pueblo alguno tuvo una misión histórica más importante. Los "amos" han sido depuestos; la moral del hombre de la plebe ha triunfado. Libres sois de comparar esta victoria a un envenenamiento de la sangre (ella ha realizado la mezcla de las razas). Yo no me opongo a ello; pero lo cierto es que esta intoxicación ha triunfado. La "redención" o "la liberación" del género humano (quiero decir la liberación del yugo de los "amos") está en buen camino; todo se judaiza, o se cristianiza, o se plebeyiza a la vista (¡qué nos importan las palabras!) El progreso de este envenenamiento de la humanidad, en todas sus partes parece irresistible. Podrán, su caminar,

Digitized by Google

su marcha, ser, desde hoy, cada vez más lentos; hacerse cada vez más delicados, más imperceptibles, más meditados... tienen el tiempo por delante. ¿Tiene, todavía, la Iglesia, una tarea que cumplir en esto? ¿Tiene, todavía, hablando de una manera general, derecho a la existencia?; o, bien, ¿se podría pasar sin ella? *Quæritur*. Parece que ella entorpece y retarda esta marcha más bien que la acelera. ¡Pues, bien! He aquí en lo que podría precisamente consistir su utilidad. Sin duda tiene algo de grosero y de rústico que repugna a una inteligencia un poco delicada y a un gusto verdaderamente moderno. ¿No debería, cuando menos, ganar un poco en refinamiento?... Hoy día repele más que atrae... ¿Quién de nosotros querría ser libre-pensador si no existiese la Iglesia? La Iglesia nos repugna pero *no* nos sucede otro tanto con su veneno... Suprimid la Iglesia y seguiremos amando su veneno..." Tal fué el epílogo que hizo a mi discurso un "libre-pensador", un honrado animal, según ha probado superabundantemente, y, por añadidura, un demócrata; me había escuchado hasta aquí pero no pudo soportar mi silencio. Ahora bien, en este punto tengo muchas cosas que callar...

Digitized by Google

10

La rebelión de los esclavos en la moral empieza cuando el *rencor,* por sí mismo, se hace el creador y el productor de los valores: el rencor de estos seres, para quien la verdadera reacción — la de la acción— está vedada, sólo encuentra compensación en una venganza imaginaria. Mientras que toda moral aristocrática procede de una afirmación triunfal de sí misma, la moral de los esclavos opone desde el primer momento un "no" a cuanto no forme parte de ella misma, a cuanto sea diferente de ella, a todo lo que sea su "no-yo": *este* no, es su acto creador. Este trastrocamiento de la mirada observadora, este punto de vista *necesariamente* inspirado en el mundo exterior— en lugar de reposar sobre sí mismo—pertenece, en propiedad, al rencor. La moral de los esclavos tiene necesidad siempre y ante todo, de tomar nacimiento en un mundo que le sea opuesto y externo: le hacen falta—pa-

Digitized by Google

ra hablar en un lenguaje fisiológico—los estimulantes exteriores para impulsarla a actuar; su acción es fundamentalmente una reacción. Lo contrario tiene lugar cuando la apreciación de los valores procede de los "amos": obra y crece espontáneamente; no busca a su antípoda más que para afirmarse ella misma, con aun mayor gozo y agradecimiento; su concepto negativo "bajo, "común", "malo", no es más que un pálido contraste, nacido tardiamente, en comparación con su concepto fundamental, enteramente impregnado de vida y de pasión, concepto que afirma: "nosotros los aristócratas, nosotros los buenos, los bellos, los dichosos". Cuando el sistema de apreciación aristocrática se equivoca y peca contra la realidad, lo hace en una esfera que *no* le es suficientemente conocida, una esfera que, desdeñosamente, alardea de no conocerla tal cual es; llegando con ello a desconocer en efecto la esfera que menosprecia, es decir, la del hombre de la plebe, de la gente baja, del pueblo bajo. Aun teniendo presente que la costumbre del desprecio, la mirada desde arriba, la mirada de superioridad *falseen* la imagen del despreciado, queda esto bien distante de la violenta desfiguración que el odio

Digitized by Google

reconcentrado y el rencor del impotente realizarán—claro está que en efigie—sobre la persona del adversario. Hay, en efecto, en el desprecio demasiada negligencia e indiferencia, demasiada alegría íntima y personal, para que su objeto se transforme en una verdadera caricatura, en un monstruo. Es preciso no perder de vista los *matices* casi benévolos con que la aristocracia griega, por ejemplo, adorna todas las palabras que le sirven para establecer la distinción entre ella y el pueblo bajo; en ellas se mezcla, constantemente, la miel de una especie de piedad, de miramiento, de indulgencia, hasta el punto de que casi todas las palabras que designan al hombre de la plebe, han acabado por hacerse sinónimas de "desgraciado", "digno de piedad" (compárense: δειλός, δείλαιος, πονηρός, μοχθηρός, las dos últimas queriendo caracterizar al hombre de la pleble en tanto que esclavo de su trabajo y acémila). Es necesario, por otra parte, pensar que los términos "malo", "bajo", "desgraciado", producían siempre sobre el oído griego una sensación en la que dominaba el matiz "desdichado". Todo esto no es sino la herencia del antiguo sistema de evaluación aristocrática más distinguido, que no se desmiente a sí

Digitized by Google

mismo ni aun dentro del arte del desprecio (recordemos a los filólogos el sentido en que son empleadas las palabras: οἴγυρός, ἄνολβος, τλήμων, δυστυχεῖν, ξυμφορά). Los "hombres de elevado nacimiento" poseían el *sentimiento* de ser los "dichosos"; no tenían necesidad de construir su felicidad artificialmente, comparándose a sus enemigos y *dominándose* a sí mismos (como hacen todos los hombres del rencor); e igualmente, en su calidad de hombres completos, plenos de vigor y, por consecuencia, *necesariamente* activos, no sabrán separar la felicidad de la acción; entre ellos la actividad era necesariamente puesta a cuenta de la felicidad (de aquí el origen de la expresión: εὖ πράττειν).

Todo esto está en profunda contradicción con la "felicidad", tal cual la imaginaban los impotentes, los oprimidos, agobiados bajo el peso de sus sentimientos hostiles y venenosos, en quien la felicidad aparecía sobre todo bajo la forma de estupefaciente, de somnífero, de reposo, de paz, de *schabat*, de descanso para el espíritu y para el cuerpo, bajo su forma *pasiva*. Mientras el hombre noble vive lleno de confianza y de sinceridad en sí mismo (γενναῖος, "nacido noble", subraya el matiz de sinceridad y tal

Digitized by Google

vez el de ingenuidad) el hombre del rencor no es, ni franco, ni ingénuo, ni leal consigo mismo. Su alma *ambigua,* su espíritu, gusta de los recovecos, los rodeos y las salidas en falso; en todo lo que resta encanto halla él *su* mundo, *su* seguridad, *su* abandono; se dedica a guardar silencio, a no olvidar, a esperar, a empequeñecerse provisionalmente, a humillarse. Una raza tal, formada por los hombres del *rencor,* acabará necesariamente por ser más *prudente* que cualquier raza aristocrática, y dará a la prudencia otro valor muy distinto: hará de ella una condición de existencia de primer orden, mientras que entre los hombres distinguidos la prudencia fácilmente adquiere cierto barniz de lujo y de refinamiento; y es que entre estos últimos tiene una importancia bastante menor que la completa seguridad en el funcionamiento de los instintos reguladores *inconscientes* y aún menor que una cierta imprudencia, por ejemplo, la temeridad irreflexiva que se lanza encima del peligro, que se arroja sobre el enemigo, o, todavía, menor que esta espontaneidad entusiasta para la cólera, el amor, el aprecio, la gratitud y la venganza, que ha sido en todas las épocas la señal por la que se han reconocido las almas distinguidas. Y,

Digitized by Google

aun el mismo rencor, cuando se apodera del hombre noble, se acaba y se agota por reacción instantánea, razón por la que *no envenena;* además, en muchos casos, el rencor no se manifiesta, mientras que entre los débiles y los impotentes aparece inevitablemente. No poder tomar largo tiempo en serio a sus enemigos, sus desdichas y hasta sus *delitos,* es el signo característico de las naturalezas fuertes, que se encuentran en la plenitud de su desarrollo y que poseen una superabundancia de fuerza plástica, regeneradora y curatriz que conduce al olvido. (Un buen ejemplo de este género, tomado del mundo moderno, es el de Mirabeau, que no guardaba memoria de los insultos, de las infamias que a su consideración se cometían y que no podía perdonar, precisamente porque... olvidaba). Un hombre de esta clase se desembaraza, en una sola sacudida, de muchas miserias que en otros se instalan permanentemente; en un hombre así sería únicamente posible el "*amor* hacia sus enemigos", suponiendo que tal amor sea posible sobre la tierra. ¡Qué respeto por su enemigo tiene el hombre superior!... Y tal aprecio es la ruta, definitivamente orientada, hacia el amor... De otro modo no podría soportar a un enemigo

Digitized by Google

que le pertenece como una distinción; no admitiría más que a un enemigo en quien no haya nada que despreciar y sí *mucho* que venerar. Por el contrario, si se representa uno al enemigo tal como lo concibe el hombre de rencor, se comprobará que en ello está su hazaña, su creación propia: ha concebido al "enemigo perverso", "maligno", como concepto fundamental; y para este concepto ha imaginado una antítesis, "el bueno", que no es otro sino él mismo...

Digitized by Google

II

Por consiguiente, encontramos aquí procedimientos opuestos a los utilizados por el hombre noble, quien, después de haber concebido espontánea y anticipadamente—es decir, después de haber extraído de su propio "yo"—la idea fundamental de "bueno", parte de esta idea para llegar a crear la concepción de "malo". Estos dos términos, el "malo", de origen aristocrático, y el "perverso", destilado en el alambique del odio insaciable—el primero creación posterior, accesoria, matiz complementario; el segundo, por el contrario, idea original, principio, acto por excelencia en la concepción de una moral de esclavos—, ¡qué contraste ofrecen estos d o s términos "malo" y "perverso", opuestos ambos, en apariencia, al concepto único: "bueno". Pero el concepto "bueno" no es *tampoco* único; para convencerse de ello basta preguntarse cual es en realidad el sginificado del "perverso", en el sentido de

Digitized by Google

la moral del rencor. He aquí la respuesta rigurosamente exacta: este perverso es *precisamente* el "bueno" de la otra moral, el aristócrata, el poderoso, el dominador; pero calumniado, observado y tomado al revés. por la venenosa mirada del rencor. Y se observa aquí el siguiente hecho: quien haya conocido estos "buenos" solamente como enemigos, no ha concebido en realidad más que *enemigos perversos,* porque estos mismos hombres que, *inter pares,* se contienen tan severamente en los límites de su rango por las costumbres, la veneración, el uso, la gratitud y más todavía por la mutua vigilancia y por la mutua emulación—y que, por otra parte, en sus relaciones entre sí se muestran tan ingeniosos para todo lo que hace referencia a los miramientos, al imperio sobre sí mismo, a la delicadeza, al orgullo y a la amistad—estos mismos hombres, cuando salen fuera de su círculo, allí donde comienzan los extraños *(el extranjero),* valen poco más que fieras desencadenadas. Gozan entonces plenamente de la franquicia de toda violencia social, se resarcen en los países invadidos de la tensión que produce todo encierro prolongado, toda limitación en la paz de la comunidad; *retornan* a la simplicidad de conciencia de la fiera,

Digitized by Google

se transforman en monstruos triunfantes que emergen tal vez de una innoble serie de asesinatos, de incendios, de violencias, de ejecuciones, con tanto orgullo y tanta serenidad de alma como si no se tratase más que de una escapada de estudiantes, y persuadidos de que han proporcionado amplia materia qué cantar y qué celebrar a los poetas. En el fondo de todas estas razas aristocráticas es imposible no reconocer a la fiera, al soberbio *bruto rubio* vagabundeando en busca de presa y de matanza; este fondo de bestialidad oculto necesita, de tanto en tanto, un exutorio, es preciso que el bruto aparezca de nuevo, que retorne a su tierra inculta: aristocracia romana, árabe, germánica o japonesa, héroes homéricos, vikings escandinavos, todos se aprovechan de esta necesidad. Son las razas nobles las que han dejado la idea de "bárbaro" en todas las huellas de su paso; su mayor grado de cultura traiciona su conciencia y hasta su orgullo (por ejemplo: cuando Pericles dice a sus atenienses en su famosa Oración Fúnebre: "Nuestra audacia se ha abierto camino por tierra y por mar, elevando por todas partes imperecederos monumentos en *bien* y en *mal*". Esta "audacia" de las razas nobles, audacia loca,

Digitized by Google

absurda, espontánea; la naturaleza misma de sus empresas, imprevistas e inverosímiles—Pericles celebra sobre todo la ραθυμία de los atenienses—; su indiferencia y su desprecio para la protección del cuerpo, para la vida, el bienestar; la terrible alegría y el profundo goce de que disfrutan en toda destrucción, en todas las voluptuosidades de la victoria y de la crueldad—todo esto se resume para los que han sido las víctimas, en la imagen del "bárbaro", del "enemigo perverso", de algo, parecido al "vándalo". La profunda y glacial desconfianza que Alemania inspiró desde el momento en que apareció poderosa—y en nuestros días vuelve a inspirarla—es todavía el contragolpe de este horror insuperable que durante siglos ha experimentado Europa ante el furor del rubio bruto germánico (aunque apenas exista una relación de categorías y menos aun consanguinidad entre los antiguos germanos y los alemanes de hoy). He llamado ya la atención sobre los apuros de Hesiodo cuando imagina la sucesión de las edades de la civilización y ensaya representarlas por el oro, la plata y el bronce; no puede huir de la contradicción que le ofrece el mundo homérico, tan magnífico como horrible y brutal, más que dividiendo una

Digitized by Google

edad en dos partes que coloca una a continuación de la otra: primero, la edad de los héroes y de los semidioses de Troya y de Tebas, tal como se conservaba en la imaginación de las razas aristocráticas que veían en estos héroes sus propios antepasados; después, la edad de bronce, es decir, el mismo mundo tal como se lo representaban los descendientes de los oprimidos, de los despojados, de los sometidos a violencia, de los que habían sido conducidos y vendidos como esclavos; ciertamente, una edad de bronce, dura, fría y cruel, insensible, sin conciencia, aplastándolo todo y cubriéndolo todo de sangre. Si se admite como cierto, lo que hoy día se tiene por tal, que el *sentido de toda cultura* sea justamente *domesticar* la fiera humana, para hacerla, por la educación, un animal domesticado y civilizado, deberán sin duda alguna considerarse como *instrumentos de la cultura* todos estos instintos de reacción y de rencor por los cuales las razas aristocráticas, del mismo modo que su ideal, han sido en fin de cuentas humillados y dominados; claro está que esto no podría significar que los *representantes* de estos instintos lo fuesen al mismo tiempo de la cultura. Lo contrario me parece hoy día, no só-

Digitized by Google

lo verosímil, sino *evidente.* ¡Los héroes de estos instintos de humillación y de odio, herederos de todo cuanto en Europa y sus aledaños ha nacido para la esclavitud—en especial los residuos del elemento pre-ario—son precisamente los que representan el *retroceso* de la humanidad! Estos "instrumentos de la cultura", son la vergüenza del hombre, hacen sospechosa la cultura misma y proporcionan un argumento contra ella. Pueda ser que se tenga razón en no cesar de temer al bruto rubio que está en el fondo de todas las razas aristocráticas y en ponerse en guardia contra él; pero, ¿quién no preferirá cien veces más temblar de miedo si puede admirar al mismo tiempo, que no carecer de qué temer pero vomitar de asco ante el espectáculo de la degeneración, del achicamiento, de la decadencia, de la podredumbre, a las cuales no puede substraerse la mirada? ¿No es esto lo que nos espera fatalmente? ¿Qué es lo que hoy día produce nuestra aversión hacia "el hombre"? Porque el hombre es para nosotros un motivo de *sufrimiento,* esto es indudable. No es el temor sino más bien el hecho de que en el hombre no hay nada capaz de inspirar tal temor; el hecho de que el vil insecto "hom-

Digitized by Google

bre" se haya colocado en primer término, se haya dedicado a multiplicarse rápidamente; de que el "hombre domesticado", irremediablemente mezquino y débil, haya comenzado a considerarse como término y expresión definitiva, como sentido de la Historia, como "hombre superior"...; sí, ¡y que tenga todavía un cierto derecho a considerarse como tal—en presencia de la enorme degeneración, de la enfermedad, de la fatiga, de la senilidad que actúa gangrenando a Europa—a creerse un ser relativamente robusto o, cuando menos, apto todavía para vivir y para afirmar la vida!...

Digitized by Google

No puedo, al llegar aquí, contener un suspiro ni rechazar una última esperanza. ¿Qué es, por consiguiente, lo que resulta absolutamente insoportable, para mí especialmente? ¿Qué es lo que no podré, en absoluto, llevar a cabo? ¿Qué es lo que me ahoga y me deprime? ¡Aire viciado! ¡Aire viciado! Algún maleficio se me aproxima, ¿es necesario que respire las entrañas de un cadáver? ¿Qué no se tolera en materia de miserias, de privaciones, de intemperies, de inquietudes y de aislamientos? En el fondo, nosotros podemos llegar a dominar todo esto, tales como somos, nacidos para una existencia subterránea, para una vida de lucha; se acaba siempre por volver a la luz, se alcanza siempre la hora dorada de la victoria—y se levanta uno entonces, tal como se ha nacido, inquebrantable, el espíritu atento, dispuesto a alcanzar nuevos fines, tenso como un arco que el esfuerzo no hace sino tensar más—. Pero, de tiempo en tiempo, concedédme—ca-

Digitized by Google

so de que existáis, más allá del bien y del mal—¡oh, divinidades protectoras!, ¡concededme una mirada que yo pueda lanzar sobre cualquier ser absolutamente completo, vencedor hasta el fin, feliz, poderoso, triunfante, de parte del cual haya todavía algo que temer! ¡Una mirada sobre un hombre que justifique al hombre, sobre un golpe de fortuna que traiga al hombre su complemento y su salvación, gracias al cual pudiera conservar su fe en el hombre!! Pues, he aquí lo que se ve: La humillación y la nivelación del hombre europeo, ocultan nuestro mayor peligro, este espectáculo deja el alma fatigada... Hoy día no vemos nada que pueda llegar a ser algo más grande, presentimos que todo va achicándose, para reducirse cada vez más a algo más desnutrido, más inofensivo, más prudente, más mediocre y más indiferente hasta el *summus* de las filigranas chinas y de las virtudes cristianas—el hombre, no dudemos de ello, se va haciendo cada vez "mejor"... Sí el destino fatal de Europa está aquí—al cesar de temer al hombre, hemos cesado también de amarle, de venerarle, de esperar en él, de querer con él,. ¿Qué otra cosa es el nihilismo, sino esta fatiga?... Estamos cansados del *hombre*...

Digitized by Google

13

Pero volvamos a nuestro asunto: el problema del *otro* origen del concepto "bueno", del concepto "bueno" tal como el hombre del rencor lo ha forjado, aguarda una solución definitiva. A nadie admira que los corderos sientan horror por las grandes aves de rapiña; pero esto no sería, en modo alguno, una razón para tomar ojeriza a las aves de rapiña porque ellas se entusiasmen con los corderillos. Y si los corderos se dicen entre sí: Estas aves de rapiña son perversas; y aquel que menos se asemeje a una de ellas que sea todo lo contrario, un cordero... ¿no será este el "bueno"?—; nada habría que objetar a esta manera de erigir un ideal, sino fuera que las aves de rapiña responderían a él con una mirada burlona, diciéndose, tal vez: "*Nosotros* no tenemos la menor ojeriza contra estos buenos corderos, incluso los amamos: nada más sabroso que la tierna carne de un cordero".

Digitized by Google

Exigir de la fuerza que *no* se manifieste como tal, que no sea una voluntad de derribar y dominar, una sed de enemigos, de resistencia y de triunfos, sería tan insensato como exigir de la debilidad que se manifestara por actos de fuerza. Una cantidad determinada de fuerza, responde exactamente a la misma cantidad de instinto, de voluntad, de acción, mejor dicho, la resultante no puede ser otra cosa que este instinto, esta voluntad, esta acción y no puede aparecer de otro modo sino es gracias a las seducciones del lenguaje (y a los errores fundamentales de la razón que en él han cristalizado) que suponen a todo efecto como condicionado por una causa eficiente, por un "sujeto", y se engañan en esto. En efecto: de la misma manera que la gente distingue entre el rayo y el relámpago, considerando a éste como una *acción* particular, como una manifestación del primero, de la misma manera la moral popular separa también la fuerza de los efectos de la fuerza, como si detrás del hombre fuerte, hubiera un *substratum* neutro que *fuera libre* para manifestar o no la fuerza. Pero no hay en ello, absolutamente nada de un *substratum* de tal género, no hay nada de "ser" detrás del acto, el efecto y el de-

Digitized by Google

venir; el "actor" no ha sido más que en tanto que unido al acto—el acto lo es todo. La gente practica, en suma, el desdoblamiento del efecto de un efecto: considera primero al fenómeno como una causa e, inmediatamente, como al efecto de esta causa. No hacen otra cosa los físicos cuando dicen que "la fuerza acciona", que "la fuerza produce tal y tal efecto; y así sucesivamente. Toda nuestra ciencia, a pesar de su sangre fría y su ausencia de pasión se encuentra todavía bajo el encanto del lenguaje y no ha podido desembarazarse de esta especie de íncubos imaginarios que son los "sujetos": (el átomo es, por ejemplo, uno de estos íncubos, y otro tal vez "la cosa en sí", de Kant). Qué de extraño tiene que las pasiones reconcentradas, ocultas bajo las cenizas, que la sed de venganza y de odio, utilicen esta creencia para su medro, para sostener con un fervor particular el dogma que afirma que le está *permitido* al fuerte transformarse en débil, al ave de rapiña hacerse cordero; así se arroga el derecho de *pedir cuenta* al ave de presa de por qué lo es... Cuando los oprimidos, los aplastados, los siervos, se ponen a decir, bajo el imperio de la astucia vengadora de la impotencia: "Sea-

Digitized by Google

mos lo contrario de los "perversos"; es decir, "buenos". Es bueno cualquiera que no ejerza violencia sobre otro, que no ofenda, que no use de represalias y deje a Dios el cuidado de la venganza, cualquiera que se mantenga oculto como nosotros, que huya del mal y espere poca cosa de la vida, como nosotros los pacientes, los humildes y los justos". Todo esto quiere decir, en suma, pensándolo fría e imparcialmente: "Nosotros, los débiles, somos decididamente débiles; nos guardaremos, por tanto, de hacer *todo aquello para lo cual no somos suficientemente fuertes*". Pero esta amarga comprobación, esta prudencia de calidad muy inferior que posee incluso el insecto, (quien en casos de gran peligro, se hace el muerto para no hacer nada de más), gracias a esta falsedad, gracias a este impotente engaño de sí mismo, ha tomado las pomposas apariencias de la virtud que sabe esperar, que renuncia y que enmudece, como si la debilidad *misma* del débil—es decir, su *esencia,* su actividad, toda su realidad, única, inevitable e indeleble—fuera una realización libre, algo voluntariamente escogido, un acto de *mérito*. Esta especie de hombres tienen una *necesidad* de fe en el "sujeto"

Digitized by Google

neutro, dotado de libre arbitrio, y esto por un instinto de conservación personal, de afirmación de sí, en la que toda mentira busca de ordinario su justificación. El sujeto (o para hablar en el lenguaje popular, *el alma),* ha permanecido tal vez hasta aquí como el artículo de fe más inconmovible, por el motivo de que permite a la gran mayoría de los mortales, a los débiles y a los oprimidos de toda especie, emplear esta sublime mixtificación con uno mismo que consiste en tomar la debilidad por una libertad y tal o cual estado necesario como un mérito.

Digitized by Google

14

¿Quiere alguno lanzar su mirada hasta el fondo del misterio, donde se oculta la *fabricación del ideal* sobre la Tierra?

¿Quién tendrá valor para hacerlo? Pues, bien: ¡mirad! He aquí un evadido de esta tenebrosa fábrica. Pero, esperad todavía un instante. Señor temerario: es preciso que vuestra vista se habitúe de antemano a este falso día, a esta luz cambiante... ¿Estáis en ello? ¡Bien! ¡Hablemos ahora! ¿Qué sucede en esas profundidades? ¡Decidme lo que veis, oh hombre de malsana curiosidad! Soy *yo* ahora, quien os escucha.

—"No veo nada, pero no oígo mejor... Es un rumor circunspecto, un cuchicheo apenas perceptible, un murmullo disimulado que procede de todos los rincones y recovecos. Me parece que se miente; un dulzor melífero enliga cada sonido. Una mentira debe transformar la debilidad en *mérito,* es esto

Digitized by Google

indudable — ocurre como lo habéis indicado".

—¿Qué más?

—"... Y la impotencia que no usa de represalias, se transforma por una mentira en la "bondad"; la bajeza temerosa en "humildad"; la sumisión a quien se odia, en "obediencia", (es decir, la obediencia a alguien del cual ellos dicen que les ordena esta sumisión—ellos le llaman Dios). Lo que hay de inofensivo en el ser débil, su cobardía, esta cobardía que constituye su opulencia, que le hace antecámara y le espera inevitablemente a la puerta, esta cobardía se adorna aquí con un apelativo de agradable sonoridad: se llama "paciencia" y, algunas veces, "virtud" a secas; "no poder vengarse", se convierte en "no querer vengarse" y a veces en "perdonar las culpas ajenas" ("porque ellos no saben lo que hacen"..., ¡sólo nosotros sabemos lo que *ellos* hacen!) En este sentido se habla del "amor de sus enemigos"... Y se suda la gota gorda".

—¿Y qué más?

—"Son, sin duda, unos miserables todos estos murmuradores de plegarias, todos estos monederos falsos, que, ocultos en el fondo de sus recovecos, se mantienen ca-

Digitized by Google

lientes; pero ellos pretenden que Dios los ha distinguido y elegido gracias a su miseria; ¿no se suele maltratar a latigazos a los perros a quienes más se estima? Tal vez esta miseria sea también una preparación, un momento de prueba, una enseñanza, tal vez algo más—algo que encontrará un día su compensación, que será devuelto al ciento por uno, a una tasa enorme..., ¿en oro? ¡no!: en felicidad. Es lo que ellos llaman la "felicidad eterna".

—¿Y después?

—"Ahora me dan a entender que no solamente son mejores que los poderosos, que los amos del mundo, cuyos gargajos saben lamer *(no* por miedo, ¡no!; ¡nada de miedo!, sino porque Dios ordena honrar a todas las autoridades); que no solamente son mejores, sino que además su parte es mejor o por lo menos será mejor la que les está reservada para un día. Pero, ¡basta!, ¡basta! No puedo permanecer más tiempo aquí. ¡Aire! ¡Aire! Esta oficina, en *donde se fabrica el ideal,* apesta a mentira".

—¡Alto; un momento! Nada nos habéis dicho hasta ahora de estos virtuosos de la magia negra que saben reducir el negro más profundo a la blancura de la leche y de la

Digitized by Google

inocencia: ¿no habéis observado lo que constituye su perfección en el refinamiento, su expresión de artistas, la más osada, la más sútil, la más espiritual, la más engañosa. ¡Cuidado con ellos! Estos seres subterráneos, repletos de venganza y de odio, ¿qué hacen de esta venganza y de este odio? ¿Habéis escuchado jamás un lenguaje parecido? Si únicamente os fiaseis de sus palabras ¿sospecharíais que os hallábais en medio de todos estos hombres del rencor?...

—"Os comprendo y abro de nuevo mis orejas (¡ay de mí! tres veces ¡ay!; y heme otra vez obligado a taparme las narices!) Hasta este momento no he comprendido lo que ellos han repetido tantas veces: "Nosotros, los buenos—*nosotros somos los justos;* a sus exigencias no las denominan represalias sino "el triunfo de la *justicia*"; aquel a quien ellos odian no es su enemigo, ¡no!; a quien ellos odian es a "la injusticia", a "la impiedad". Ellos creen y esperan, no en la venganza—en la embriaguez de la dulce venganza—("más dulce que la miel", como ya dijo Homero) sino en "la victoria del *Dios de justicia* sobre los impíos"; su amor sobre la tierra no recae en su hermanos en odio, sino en los que ellos denominan "sus herma-

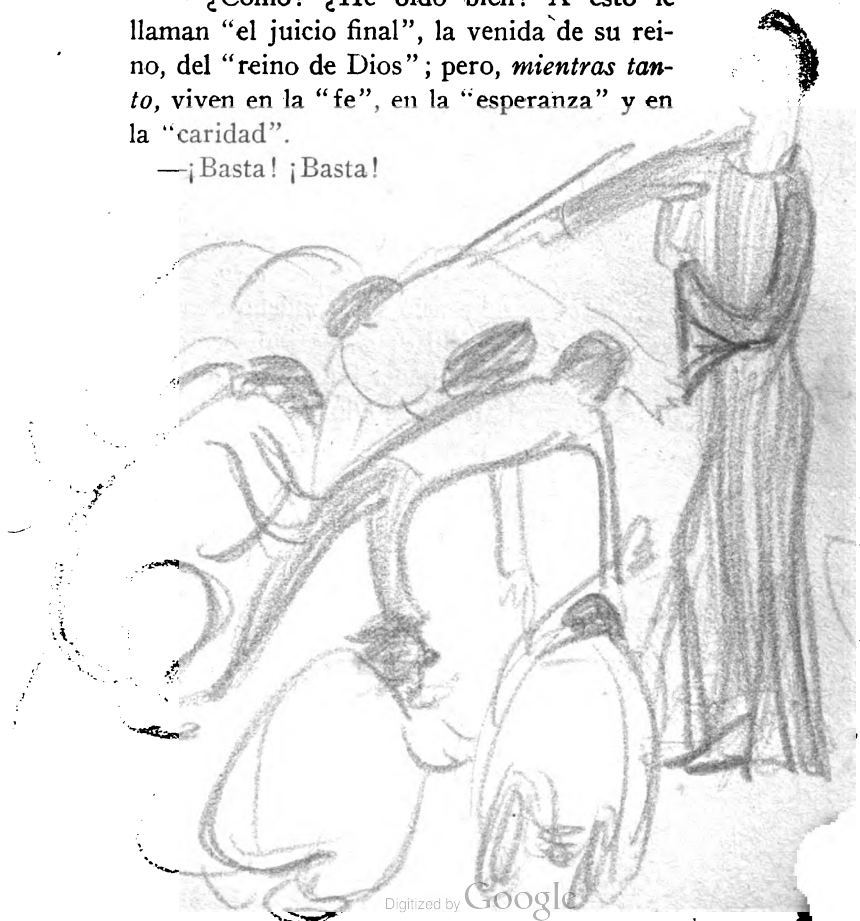
Digitized by Google

nos en amor", todos los buenos y los justos de la tierra".

—Y, ¿qué nombre dan a lo que les sirve de consuelo en todas las penas de la existencia, a aquello que es su fantasmagoría y su anticipación de la futura bienaventuranza?

—"¿Cómo? ¿He oído bien? A esto le llaman "el juicio final", la venida de su reino, del "reino de Dios"; pero, *mientras tanto,* viven en la "fe", en la "esperanza" y en la "caridad".

—¡Basta! ¡Basta!



Digitized by Google

15

¿En la fe, en qué? ¿En el amor, en la esperanza de qué? Estos débiles — también ellos, quieren llegar a ser los fuertes algún día, no hay en ello la menor duda; *su* reino debe también llegar algún día—el que entre ellos se llama, repitámoslo, simplemente, "el reino de Dios": ¡son tan humildes en todas sus cosas! Sólo que para ver *esto,* para vivir *esto,* es necesario vivir mucho tiempo, más allá de la muerte; sí, es indispensable la vida *eterna,* para poder indemnizarse eternamente, en el "reino de Dios", de esta existencia terrestre pasada en "la fe, la esperanza y la caridad". ¿Indemnizarse de qué y por qué? Según mi parecer, el Alighieri se ha equivocado toscamente cuando, con una ingenuidad que hace espeluznar, grabó encima de la puerta de su infierno, esta inscripción: "A mí también me creó el amor eterno". Encima de la puerta del paraíso cristiano y de su "eterna bienaventuranza", se

Digitized by Google

podría escribir en todo caso y con mejor derecho: "A mí también me creó el odio eterno", admitiendo que una verdad pueda brillar encima de la puerta que conduce a una mentira. Pues, ¿qué otra cosa es la bienaventuranza de este paraíso?... Pudiéramos ya, tal vez adivinarlo; pero mejor será dejar la palabra a una indiscutible autoridad en la materia, al gran maestro Santo Tomás de Aquino. *Beati in regno cœlesti,* dice con la dulzura de un cordero, *videbunt pœnas damnatorum, ut beatitudo illis magis complaceat".* O bien, ¿se quiere escuchar algo en un tono más violento, la palabra de un padre de la Iglesia, triunfante, que desaconsejaba a sus fieles las crueles voluptuosidades de los espectáculos públicos? Y, ¿por qué? La fe, dice *(De spectac. c. 29 ss.),* la fe nos ofrece en mayor medida algo mucho más fuerte; gracias a la salvación por Cristo, tenemos a nuestro alcance alegrías muy superiores; en lugar de los atletas, nosotros tenemos nuestros mártires; ¿necesitamos sangre?; pues bien, ¿y la de Cristo?... Pero, ¿qué es todo esto al lado de lo que nos espera el día de su vuelta, el día de su triunfo?" Y ved este extático visionario que sigue diciendo: *"At enint super-*

Digitized by Google

sunt alia spectacula ille ultimus et perpetuus judicii dies, ille nationibus inspiratus, ille derisus, cum tanta sæculi vetustas et tot ejus nativitates uno igne haurientur. Quæ tunc spectaculi latitudo! Quid admirater! Quid rideam! Ubi gaudeam! Ubi exultem, spectans tot et tantos reges, qui in cœlum recepti nuntiabantur, cum ipso Joce et ipsi suis testibus in imis tenebris congemescentes! Item præsides (los gobernadores de las provincias) *persecutoris dominici nominis sævioribus quam ipsi flammis sævierunt insultantibus contra Christianos liquescentes! Quos præterea sapientes illos philosophos coram discipulis suis una conflagrantibus erubescentes, quibus nihil at deum pertinere suadebant, quibus animas aut nullas aut non in pristina corpore redituras affirmabant! Etiam poetas non ad Rhadamanti nec ad Minois, sed ad inopitati Christi tribunal palpitantes! Tunc magis tragœdi audiendi, magis scilicet vocales* (mas puestos en voz, aun más terribles vocingleros) *in sua propia calamitate; tunc histriones cognoscendi, solutiores multo per ignem; tunc spectandus auriga in flammea rota totus rubens, tunc xystici contemplandi non in gymnasiis, sed in igne jaculati, nisi quod ne tunc qui-*

Digitized by Google

dem illos velim vivos ut qui malim ad eos potius conspectum insatiabilem conferre, qui in dominum desævierunt. "Hic est ille, dicam fabri aut quæstuariæ filius (a partir de este lugar, Tertuliano habla de los judíos, como lo prueba todo lo que sigue, particularmente esta designación de la madre de Jesús, conocida desde el Talmud), *sabbati destructor, Samarites et dæmonium habens. Hic est quem a Juda redemistis, hic est itlle arundine et colaphis diverberatus, spuntamentis dedecoratus, felle et aceto potatus. Hic est quem clam discentes subripuerunt, ut resurrexisse dicatur bel hortulanus detraxit, ne lactucæ suae frecuentia commeantium læderentur." Ut talia spectes, ut talibus exultes, quis tibi prætor aut consul aut quæstor, aut sacerdos de sua liberalitate præstabit? Et tamen haec jam habemus quodammodo per fidem spiritu imaginante representata. Ceterum quallia illa sunt, quæ nec oculus vidit nec auris audivit, nec in cor hominis ascenderunt?* (I. Cor. II, 9). *Credo circo et utraque cavea* (primera y segunda galería o, según otros, la escena cómica y la escena trágica), *et omni estadio gratiora". Per fidem:* porque así está escrito.

Digitized by Google

16

Lleguemos a nuestra conclusión. Los dos valores opuestos, "bueno y malo", "bien y mal" han librado en el mundo, durante millares de años, un terrible y prolongado combate; y, aunque, después de largo tiempo, el segundo valor haya vencido, no faltan hoy día lugares en donde la lucha prosigue con diversas alternativas. Se podría incluso decir que desde entonces ha sido trasladada la lucha a un terreno cada vez más elevado, y por ende, más espiritual; de suerte que quizá no haya hoy día un signo más distintivo para reconocer una *naturaleza superior,* una naturaleza de alta intelectualidad, que el hallazgo de esta autonomía en los cerebros que son para tales ideas un verdadero campo de batalla. El símbolo de esta lucha—señalado con caracteres permanentemente legibles por encima de toda la historia de la Humanidad—es: "Roma contra Judea; Judea contra Roma". No ha habido

Digitized by Google

hasta hoy un acontecimiento más trascendental que *esta* lucha, *este* planteamiento del problema, *este* mortal conflicto. Roma encontraba en el judío algo así como una naturaleza opuesta a la suya, un monstruo antípoda suyo; en Roma se consideraba al judío como "un ser *convicto de odio* contra el género humano": Con razón que se vea la salvación y el porvenir de la Humanidad en la dominación absoluta de los valores aristocráticos, de los valores romanos. ¿Qué sentimientos experimentaban los judíos, por su parte, con respecto a Roma? Mil indicios nos permiten adivinarlos, pero basta recordar el Apocalipsis de San Juan, el más salvaje de los atentados escritos, que la venganza tiene sobre la conciencia. (No será necesario, por otra parte, estimar demasiado abyecta la lógica profunda del instinto cristiano por haber asociado este libro de odio precisamente al nombre del discípulo del amor, del mismo discípulo a quien se ha atribuído la paternidad del evangelio de amorosa exaltación.

Hay en ello una parte de verdad, cualquiera que sea, por lo demás, la enormidad de la falsificación literaria puesta en práctica para alcanzar este objeto). Los romanos eran

Digitized by Google

los fuertes y los nobles; lo eran hasta un punto tal como nunca, hasta hoy, se ha visto sobre la tierra nada más fuerte y noble, ni aun en sueños. Cada vestigio de su dominación, hasta la inscripción más sencilla, provoca el entusiasmo, admitiendo que se sepa adivinar *la* mano que lo realizó. Los judíos, por el contrario, eran el pueblo sacerdotal del rencor *por excelencia,* un pueblo que poseía en la moral popular una genialidad que no ha tenido igual: bastará comparar a los judíos con los pueblos dotados de cualidades, parecidas, por ejemplo, los chinos y los alemanes, para discernir lo que es de primer orden y lo que es de quinto orden. ¿Cuál de los dos pueblos ha vencido provisionalmente, Roma o Judea? La respuesta no ofrece la más pequeña duda. Piénsese, más que en esta época, en la pasada, en Roma mismo; todo se doblega, como ante el substratum de todos los valores superiores, (y no solamente en Roma, sino sobre toda una mitad de la tierra, por doquiera el hombre haya sido domesticado o tienda a estarlo), *delante de tres judíos,* nadie lo ignora y *delante de una judía* (delante de Jesús de Nazareth, delante del pescador Pedro, delante de Pablo, que hacía tiendas de campaña, y delante de la

Digitized by Google

madre del arriba nombrado Jesús, llamada María.) He aquí un hecho bien notable: sin duda ninguna, Roma ha sido vencida. Cierto es que hubo, durante el Renacimiento, un despertar soberbio e inquietante del ideal clásico, de la evaluación noble de todas las cosas: La Roma antigua, también ella, comenzó a agitarse, como si despertara de un letargo al sentirse aplastada por una Roma nueva, esta Roma judaizada, edificada sobre ruinas, que presentaba el aspecto de una sinagoga ecuménica y que se llamaba "Iglesia". Pero, inmediatamente, Judea triunfó de nuevo, gracias a este movimiento del rencor (alemán e inglés), fundamentalmente plebeyo que se llama la Reforma, sin olvidar lo que debía salir de él, es decir, la restauración de la Iglesia y también el restablecimiento del silencio sepulcral sobre la Roma clásica. En un sentido más decisivo, más radical todavía, Judea se apuntó una nueva victoria sobre el ideal clásico, con la Revolución francesa: fué entonces cuando la última nobleza política que subsistía en toda Europa, la de los siglos XVII y XVIII *francés,* se derrumbó bajo el golpe de los instintos populares del rencor; ¡esto produjo una alegría inmensa, un entusiasmo estrepi-

Digitized by Google

toso, como jamás se había visto sobre la tierra! Cierto es que al mismo tiempo se produjo—en medio de esta batahola—la cosa más prodigiosa y más inesperada: el ideal antiguo se puso en pie *en persona* y con un esplendor insólito, delante de los ojos y de la conciencia de la Humanidad, una vez más, pero de una manera más fuerte, más sencilla, más penetrante que nunca, hizo sonar, enfrente del santo y seña, mentiroso, del rencor, que sostiene *la prerrogativa de los más,* enfrente de la voluntad de la humillación, del envilecimiento, de la nivelación, de la caducidad, enfrente del crepúsculo de los hombres, el terrible y encantador santo y seña contrario, de *la prerrogativa de los menos.* Como una última indicación del *otro* camino, apareció Napoleón, hombre único y tardío como nunca lo hubo, y con él el problema encarnado del *ideal noble por excelencia.* Reflexiónese bien en el problema que esto representa: ¡Napoleón, síntesis de lo *inhumano* y de lo *sobrehumano!...*

Digitized by Google

¿Ha sido esto hecho a partir de esta época? Esta antítesis en el ideal, grandiosa entre todas, ¿fué para siempre relegada *ad acta?* O bien, ¿fué diferida para una lejana época?... ¿No verá algún día reanimarse el viejo incendio con más violencia todavía por haber estado tanto tiempo contenido? Aún más, ¿no debemos nosotros desear *esto* con todas nuestras fuerzas, incluso quererlo? ¿No debemos contribuir a ello?... Quien en este momento se ponga a reflexionar—como hacen mis lectores—, quien se ponga a profundizar su pensamiento, tendrá trabajo para llevarlo a cabo; es esta una razón suficiente para que yo también termine, porque me gusta creer que, después de tanto tiempo, se ha adivinado lo que *quiero,* lo que yo entiendo por este santo y seña peligroso que he colocado como título de mi última obra: *Más allá del bien y del mal...* Lo que, al menos,

Digitized by Google

no quiere significar "Más allá del bueno y del malo".

OBSERVACIÓN: He escogido la ocasión que me ofrece esta primera disertación para expresar pública y formalmente un ruego que hasta el presente no he comunicado más que a algunos sabios, al correr de las conversaciones. Sería de desear que una Facultad de Filosofía, mediante una serie de concursos académicos, se dedicara a la propagación de los estudios de *Historia de la moral;* quizá este libro sirva para dar un impulso vigoroso en esa dirección. En previsión de que mi deseo se realice propongo la siguiente cuestión (la cual merece la atención de los filólogos y de los historiadores, no menos que la de los filósofos de profesión):

«¿Qué indicaciones nos son dadas por la lingüística, y especialmente por las investigaciones etimológicas, para la historia de la evolución de los conceptos morales?»

Por otra parte sería no menos necesario atraer a estos estudios a los fisiólogos y a los médicos (me refiero al problema del *valor* de las apreciaciones que han corrido hasta

Digitized by Google

aquí). En este caso particular, como en tantos otros, podía dejarse a los filósofos de oficio el papel de diplomáticos y de mediadores, después que han triunfado en su propósito de transformar las relaciones, llenas de desconfianza, que existían entre la Filosofía, la Fisiología y la Medicina, en un simpático y fructífero intercambio de ideas. En efecto, sería necesario, ante todo, que todas las tablas de valores, todos los imperativos, de que nos hablan la historia y los estudios etnológicos, fuesen aclarados y explicados en su faceta *fisiológica* antes de intentar interpretarlos por la psicología; se trataría, por lo demás, de someterlos a un examen de parte de la ciencia médica. El problema: ¿qué *vale* tal o cual tabla de valores, tal o cual "moral"?; exige ser observado bajo las más diversas perspectivas; nunca se pondrá suficiente discernimiento y suficiente cuidado en el estudio del *fin* de los valores. Una cosa que tendría, por ejemplo, un valor evidente en lo que respecta a la mayor capacidad de duración de una raza (o bien en relación con el aumento de su facultad de adaptación a un clima determinado, o con relación a la conservación del mayor número) no tendría tal

Digitized by Google

vez ninguno cuando se tratara de crear un tipo de fuerza superior. El bien del mayor número y el bien del pequeño número son dos puntos de vista de evaluación absolutamente opuestos: dejaremos para la candidez de los biólogos ingleses la libertad de considerar al primero como superior *en sí*...

En adelante, todas las ciencias deberán preparar la tarea del filósofo del porvenir: consiste esta tarea, para el filósofo, en resolver *el problema de la evaluación,* en determinar *la jerarquía de los valores.*

Digitized by Google

SEGUNDA DISERTACION

LA "FALTA", LA "MALA CONCIENCIA" Y LO QUE SE LES PARECE

I

Educar y disciplinar un animal que pueda *hacer promesas,* ¿no es ésta, acaso, la paradógica tarea que la naturaleza se ha propuesto con respecto al hombre? ¿No es éste el verdadero problema del hombre? La comprobación de que este problema está resuelto hasta un alto grado, será, ciertamente, motivo de asombro para quien sepa apreciar toda la potencia de la fuerza contraria, la facultad del *olvido.* El olvido no es simplemente una *vis inertiæ,* como creen los espíritus superficiales; es, más bien, un poder activo, una facultad de suspender la acción, en el verdadero sentido de la frase, facultad a la cual hay que atribuir el hecho de que

Digitized by Google

todo lo que nos sucede en la vida, todo cuanto absorbemos, se presenta tan poco a nuestra conciencia durante el período de "digestión" (pudiera llamársela una absorción psíquica), como el complicado proceso que se verifica en nuestro organismo en tanto que "asimilamos" nuestro alimento. Cerrar de tiempo en tiempo las puertas y las ventanas de la conciencia; permanecer insensibles al ruido y a la lucha que el mundo subterráneo de los órganos puestos a nuestro servicio entabla para mutuamente ayudarse o destruirse; hacer el silencio y hacer tabla rasa en nuestra conciencia para que nuevamente exista lugar para las cosas nuevas y, en particular, para las funciones y los funcionarios más nobles, para gobernar, para prever, para presentir (porque nuestro organismo es una verdadera oligarquía); he aquí, repito, el papel de la facultad activa del olvido, una especie de guardiana, de vigilante, encargada de mantener el orden psíquico, la tranquilidad, la etiqueta. Se sacará inmediatamente en conclusión que ninguna dicha, ninguna tranquilidad, ninguna esperanza, ningún orgullo, ninguna satisfacción del *instante presente* podrían existir sin facultad de olvido. El hombre en quien este

Digitized by Google

aparato amortiguador no se halle en buen estado ni sea capaz de seguir funcionando, es parecido a un dispépsico (y no solamente parecido) y no llegará nunca a "dar fin" de nada... ¡Pues bien!; este animal, necesariamente olvidadizo, para quien el olvido es una fuerza y la manifestación de una salud *robusta,* se ha creado una facultad contraria, la memoria, por la que, en ciertos casos, mantendrá en jaque al olvido—por ejemplo en los casos en que se deba prometer; no se trata, de ningún modo, de la imposibilidad puramente pasiva de sustraerse a la impresión una vez recibida o del malestar que causa una palabra una vez comprometida y de la cual no llega uno a desembarazarse; sino de la voluntad *activa* de guardar una impresión, de una continuidad en el querer, de una verdadera *memoria de la voluntad;* de suerte que, entre el primitivo "haré" y la descarga de voluntad propiamente dicha—la realización del acto—todo un mundo de cosas nuevas y extrañas, de circunstancias, e incluso de actos de voluntad, pueden situarse sin inconveniente y sin que se deba temer ver abatirse bajo el esfuerzo, esta larga cadena de voluntad. Pero ¡cuántas cosas supone esto! ¡De qué modo el hombre—para

Digitized by Google

poder así disponer del porvenir—, ha debido aprender a separar lo necesario de lo accidental, a penetrar la causa, a anticipar y a prever lo que oculta el futuro, a saber disponer con certeza sus cálculos para poder discernir el fin del medio!; y ¡hasta qué punto el mismo hombre ha debido comenzar por hacerse *apreciable, regular, necesario,* para los otros como para sí y sus propias representaciones; para poder, en fin, responder de su persona *en tanto que porvenir,* como lo hace el que se obliga por una promesa!

Digitized by Google

Esta es precisamente la larga historia del origen de la *responsabilidad*. Esta tarea de educar y disciplinar a un animal que pueda hacer promesas, tiene por condición previa, según hemos visto ya, otra tarea: la de *hacer* del hombre, antes de nada, un ser determinado y uniforme hasta cierto punto, semejante entre sus semejantes, regular; y, por consiguiente, estimable. El prodigioso trabajo de lo que yo he llamado la "moralización de las costumbres" (*Aurora:* afor. 9, 14 y 16) —el verdadero trabajo del hombre sobre sí mismo durante el más largo período de la especie humana, todo su trabajo *prehistórico*—, toma aquí su significación y recibe su gran justificación, cualquiera que sea, por otra parte, el grado de crueldad, de tiranía, de estupidez y de idiocia que le es propio: únicamente por la moralización de las costumbres y por la camisa de fuerza social ha podido el hombre *llegar a ser* realmente es-

Digitized by Google

timable. Por el contrario, coloquémonos al extremo del enorme *processus,* en el lugar en que el árbol madura sus frutos, donde la sociedad y su moralización de costumbres presenten a la luz del día el fin del cual no eran más que medios; y hallaremos que el fruto más maduro del árbol es el *individuo soberano,* el individuo que no es semejante más que de sí mismo, el individuo libertado de la moralización de las costumbres, el individuo autónomo y supermoral (porque "autónomo" y "moral" se excluyen); en una palabra, el hombre de voluntad propia, independiente y constante, el hombre que *puede prometer,* el que posee en sí mismo la conciencia orgullosa y vibrante de *lo* que ha conseguido con ello, de lo que a sí se ha incorporado, una verdadera conciencia de la libertad y del poder, en fin, el sentimiento de haber llegado a alcanzar la perfección del hombre. Este hombre libertado que *puede* verdaderamente prometer, este dueño del *libre* albedrío, este soberano, ¿cómo desconocería la superioridad que le ha sido asignada sobre todo aquello que no puede prometer ni responder de sí? ¿Cómo desconocerá la confianza, el temor y el respeto (él se *merece* todo esto) que inspira?

Digitized by Google

¿Cómo ignorará el poder que tiene entre sus manos con su poder sobre sí mismo, su poder sobre las circunstancias, su poder sobre la naturaleza y sobre todas las criaturas de voluntad más limitada y de relaciones menos seguras? El hombre "libre", el poseedor de una amplia e indomable voluntad, encuentra en esta posesión su *patrón del valor:* basándose sobre sí mismo para juzgar a los demás, aprecia o desprecia; y, de la misma manera que, inevitablemente, honra a los que se le parecen, a los fuertes con los cuales se puede contar (los que *pueden* prometer)—con los que prometen en soberano, difícil, raramente después de madura reflexión, con los que se siente avaros de su confianza, con los que *honran* cuando se confían, que dan su palabra como cualquier cosa sobre la cual se pueda basar para un cálculo, porque se sienten suficientemente fuertes para poder cumplirla a despecho de todo, incluso de los accidentes, incluso del "destino"—del mismo modo estará inevitablemente dispuesto a dar un puntapié a los miserables gozquecillos que prometen sin que la promesa esté bajo su dominio, a dar de vergajazos al mentiroso, ya perjuro en el instante en que la palabra atraviesa sus la-

Digitized by Google

bios. El orgulloso conocimiento del extraordinario privilegio de la *responsabilidad,* la conciencia de esta rara libertad, de este poder sobre sí mismo y sobre el destino, ha penetrado en él hasta sus profundidades más íntimas, para transformarse en instinto, en instinto dominante. ¿Cómo apellidará él a este instinto dominante, en el supuesto que experimente la necesidad de darle una denominación? Esto no ofrece ni sombra de duda: el hombre soberano lo llamará su *conciencia...*

Digitized by Google

3

¿Su conciencia?... Desde el primer momento se habrá adivinado que la idea de "conciencia" que encontramos hoy día desarrollada hasta lo asombroso tiene tras sí una larga historia, la evolución de sus formas. Poder responder de uno mismo y responder con orgullo—y, por consiguiente, también *poder aprobarse a uno mismo*—, es, digo, un fruto maduro, pero también un fruto *tardío;* ¡durante cuánto tiempo ha permanecido este fruto, áspero y ácido, colgado del árbol! ¡Y durante un tiempo mayor aún no se vería nada de este fruto, nadie hubiera podido presagiar su advenimiento, aunque todo el árbol estuviera dispuesto, aunque la única razón de crecer del árbol hubiera sido este fruto! "¿De qué modo el hombre-animal ha formado una memoria? ¿De qué modo sobre esta inteligencia del momento—obtusa y desordenada a la par—, sobre esta encarnación del ol-

Digitized by Google

vido, pudo imprimirse algo tan netamente para que la idea permanezca presente?..." Este antiquísimo problema, como puede suponerse, no ha sido resuelto por medios precisamente suaves; tal vez no hay nada más terrible y más inquietante en la prehistoria del hombre que su *mnemotécnica*. "Para que una cosa quede en la memoria se graba con un hierro candente; únicamente permanece en ella lo que no cesa de *hacer sufrir*." Es este uno de los principales axiomas de la más antigua psicología que haya existido sobre la tierra (y, desgraciadamente, también de la psicología que más ha durado). Podría asimismo confirmarse que dondequiera haya hoy día sobre la tierra—en la vida de los hombres y de los pueblos—solemnidad, gravedad, misterio, colores sombríos, queda algo del espanto, que antaño presidía por doquier a las transacciones, a los compromisos, a las promesas: el pasado—el lejano, oscuro y cruel pasado—nos anima y hierve en nosotros cuando nos ponemos "serios". No consiguió el hombre crearse la memoria que juzgaba necesaria, sin suplicios, sin martirios y sangrientos sacrificios; los más espantables holocaustos y los compromisos más repugnantes (por ejemplo, el sacrificio del primogé-

Digitized by Google

nito), las mutilaciones más horrendas (entre otras la castración), los rituales más crueles de todos los cultos religiosos (porque todas las religiones son, en último análisis, sistemas de crueldad)— todo esto tiene su origen en este instinto que ha sabido adivinar en el dolor el coadyuvante más poderoso de la mnemotécnica. En un cierto sentido todo el ascetismo cae bajo este dominio: algunas ideas deben hacerse imborrables, inolvidables, deben estar siempre presentes en la memoria, "estereotipadas", con el fin de hipnotizar totalmente al sistema nervioso e intelectual por medio de esta "idea fija"; los procedimientos y las manifestaciones del ascetismo suprimen, en provecho de estas ideas, haciéndolas inolvidables, la concurrencia de cualesquiera otras. Cuanto peor memoria ha tenido la humanidad, más espantoso ha sido el aspecto ofrecido por sus costumbres; particularmente, la severidad de las leyes penales permite apreciar las dificultades que ha debido sufrir para hacerse dueña del olvido y para mantener presentes en la memoria de estos esclavos del momento, sometidos a las pasiones y a los deseos, algunas exigencias primitivas de la vida social. Nosotros, los alemanes, no podemos, en verdad, conside-

Digitized by Google

rarnos particularmente crueles y despiadados y todavía menos como de un carácter esencialmente ligero e indiferente por la víspera y el mañana; ¡pues bien!: considérese nuestra antigua organización penal y se caerá en cuenta de las dificultades que han existido sobre la tierra para formar un "pueblo de pensadores" (quiero decir: el pueblo de Europa donde todavía se encuentra el máximun de confianza, de severidad, del mal gusto y del sentido de la realidad; el pueblo que—por estas cualidades—se ha asegurado el derecho a ejercer en la educación de toda Europa una suerte de mandarinato). Estos alemanes recurrieron a los medios más atroces para hacerse una memoria que les hiciera dueños de sus instintos fundamentales, instintos plebeyos y de una pesada brutalidad: recuérdense los antiguos castigos en Alemania, entre otros la lapidación (ya la leyenda hacía caer la piedra de molino sobre la cabeza del culpable), la rueda (¡particularísima invención del genio germánico en el terreno del castigo!), el suplicio del poste, el aplastamiento bajo los cascos de los caballos (el descuartizamiento), el empleo del aceite o el vino en cuyo seno se hacía hervir al condenado (todavía en los siglos XIV y XV) y

Digitized by Google

todas las diferentes variedades de torturas (el suplicio del "desgarramiento", el descortezamiento del pecho); en ocasiones se embadurnaba al culpable con miel y, bajo un sol ardiente, se le dejaba expuesto a las picaduras de las moscas. Gracias a semejantes espectáculos, a semejantes dramas, se llega al fin a fijar en la memoria cinco o seis "no quiero" —con relación a los cuales se establece una *promesa,* a fin de disfrutar de las ventajas de la sociedad. ¡Y, verdaderamente, con la ayuda de este género de memoria se llega por fin "a la razón"! ¡Ay! La razón, la seriedad, el imperio sobre las pasiones, toda la maquinaria tenebrosa que se denomina la reflexión, todos estos pomposos privilegios del hombre; ¡qué caramente se han hecho pagar! ¡Cuánta sangre y cuánta honra se encuentran en el fondo de todas las "cosas buenas"!...

Digitized by Google

4

¿De qué manera, pues, esta "cosa tenebrosa", la conciencia de la falta, de qué manera todo este aparato que se llama la "mala conciencia", ha venido al mundo? He aquí que retornamos a nuestros genealogistas de la moral. Repito—¿o, no lo he dicho todavía?—que no realizan una gran labor. Una experiencia personal, escasamente de cinco varas de larga y "moderna", exclusivamente moderna; ningún conocimiento del pasado, ningún deseo de conocerlo; todavía menos instinto histórico, lo que constituye aquí una "segunda vista" indispensable; y, sin embargo, quieren acometer la historia de la moral; forzosamente llegarán a resultados que no tendrán con la verdad más que relaciones excesivamente lejanas. Estos genealogistas de la moral, ¿han pensado, ni aun en sueños, que, por ejemplo, el concepto moral esencial "falta", (1) procede en su origen de la idea

(1) En el original alemán «Schuld», que significa al mismo tiempo culpabilidad y obligación.—N. DEL T.

Digitized by Google

absolutamente material de "deuda", o bien que el castigo, en tanto que *represalia,* se ha *desarrollado* independientemente de toda hipótesis relacionada con el libre albedrío o con la obligación? Al punto esto de que es preciso, siempre, alcanzar antes un *alto* grado de humanización para que el animal "hombre" comience a establecer distinciones entre nociones mucho más primitivas, tales como "de propósito", "por negligencia", "por casualidad", "capaz de dicernimiento" y sus contrarias, para ponerlas en relación con la severidad del castigo. Esta idea, tan general hoy día, y tan natural en apariencia, tan inevitable; esta idea que se ha tenido que poner delante para explicar cómo el sentimiento de justicia se ha formado sobre la tierra—me refiero a la idea de que "el criminal merece el castigo *porque* pudo obrar de otro modo"—es, en realidad, una forma muy tardía y refinada del juicio y de la inducción en el hombre; quien la coloque en los orígenes, se engaña groseramente sobre la psicología de la humanidad primitiva. Durante el más largo período de la historia humana, no se castigaba al delicuente *porque* se le considerase responsable de un acto; *no* se admitía que sólo el culpable debiera ser castigado; se cas-

Digitized by Google

tigaba, más bien, al modo que, aun hoy día, castigan los padres a sus hijos, impulsados por la cólera que hace nacer un perjuicio causado y que cae sobre el autor del daño; pero esta cólera es mantenida dentro de ciertos límites y modificada por la idea de que todo perjuicio encuentra en todas partes su *equivalente,* que es susceptible de ser compensado, incluso por medio de un dolor que alcance al autor del daño. ¿De dónde ha extraído su fuerza esta idea primordial, tan profundamente arraigada, esta idea tal vez indestructible, hoy día que el daño y el dolor son equivalentes? Ya lo he dicho más arriba: De las relaciones de los contratos entre *acreedores* y *deudores* que aparecen tan pronto como existen "sujetos de derecho", relaciones que, a su vez, conducen a las formas primitivas de la venta, la compra, el cambio; del tráfico, en una palabra.

Digitized by Google

5

Cuando nosotros imaginamos estas relaciones de los contratos, nos vemos asaltados —como ya lo hacían presumir las consideraciones precedentes—por sospechas y por antipatías de todo género hacia esta humanidad primitiva que imaginó o toleró tales relaciones. Allí en donde se *promete,* allí en donde se trata de *hacer* una memoria al que promete, es en donde—podía sospecharse—hallarán libre camino la severidad, la crueldad y la violencia.

El deudor, para inspirar confianza en su promesa de restitución, para dar una garantía de su seriedad, de la santidad de su promesa, para grabar en su propia conciencia la necesidad de la devolución bajo la forma de deber, de obligación, se compromete en virtud de un contrato a indemnizar con cualquier otra cosa que "posea", que tenga todavía bajo su poder, por ejemplo: su cuerpo, su mujer, su libertad, hasta su misma vida

Digitized by Google

(o bien, bajo el imperio de ciertas influencias religiosas, su salud eterna, la salud de su alma y hasta su reposo en la tumba: tal en Egipto, donde el cadáver del deudor no hallaba gracia delante del acreedor; cierto es que entre los egipcios una idea particular se unía a este reposo). Pero el acreedor podía especialmente degradar y torturar de todas las maneras el cuerpo del deudor: por ejemplo, cortando de él tal porción que pareciera en proporción con la importancia de la deuda; basándose en esta manera de apreciar las cosas hubo muy pronto en todas partes evaluaciones precisas, con frecuencia atroces en su meticulosidad, evaluaciones que tenían fuerza de *derecho* sobre los diversos miembros y partes del cuerpo. Yo considero ya como un progreso, como la prueba de una concepción jurídica más libre, más elevada, más *romana,* el decreto de la ley de las *Doce Tablas,* estableciendo que era indiferente en estos casos, que el acreedor tomara más o menos, "*si plus minusve secuerunt, ne fraude esto*". Démonos cuenta de la lógica que hay en esta forma de compensación: es bastante extraña. He aquí en lo que consiste la equivalencia: en lugar de una ventaja que compense directamente el perjuicio causado (es

Digitized by Google

decir, en lugar de una compensación en dinero, en bienes inmuebles, en la entrega de una cosa cualquiera) se concede al acreedor una especie de *satisfacción* a manera de devolución y de compensación, la satisfacción de ejercer, con toda seguridad, un poder sobre un ser reducido a la impotencia, la voluptuosidad de "hacer el mal por el placer de hacerlo", la alegría de tiranizar: y esta alegría es tanto más viva, cuanto más bajo sea el rango que en la escala social ocupe el acreedor, cuanto más humilde sea su condición, porque entonces el trozo le parecerá más sabroso y le dará como el anticipo de saborear un rango social más elevado. Gracias al castigo inflingido al deudor, el acreedor toma parte *en el derecho de los amos;* termina, él también, por gustar del sentimiento ennoblecedor de poder despreciar y maltratar a otro ser, como a una cosa situada "por debajo de él" o, cuando menos—en el caso en que el verdadero poder ejecutivo y la aplicación de la pena estén ya delegados en la autoridad—, de *ver* despreciar y maltratar a este ser. La compensación, por tanto, consiste en una denuncia y un derecho a la crueldad.

Digitized by Google

6

El mundo de los conceptos morales, "falta", "conciencia", "deber", "santidad del deber", tiene su punto de partida en *esta* esfera del derecho de obligación. En sus principios — al igual que todo cuanto hay de grande sobre la tierra—ha sido larga y abundantemente regado con sangre. Y, ¿no sería preciso añadir que el mundo no ha perdido nunca del todo cierto olor de sangre y de tortura? (Incluso en el viejo Kant: el imperativo categórico tiene cierto sabor a crueldad...) Aquí es donde también ha comenzado a formarse este extraño encadenamiento de ideas, hoy día tal vez inseparable, el encadenamiento entre "la falta y el sufrimiento". Repitámoslo una vez más, ¿cómo puede ser el sufrimiento una compensación para las deudas? *Hacer* sufrir causaba un placer infinito, procuraba a la parte lesionada—en compensación del daño y del enojo por este daño producido—una contra-alegría

Digitized by Google

extraordinaria: *¡hacer* sufrir!... ¡Una verdadera *fiesta!;* tanto más apetitosa—repito—cuanto mayor fuera el contraste entre el rango y la posición social del acreedor y del deudor. Esto presentado como probabilidad: porque es difícil ver en el fondo de estas cosas subterráneas, aparte de que su examen resulta doloroso; y quien introduzca aquí, burdamente, la idea de "venganza" no hará más que hacer aún más espesas las tinieblas en lugar de disiparlas (la venganza se reduce al mismo problema: "¿cómo puede ser una reparación el hacer sufrir?"). A mi parecer, repugna a la delicadeza o más bien a la hipocresía de los animales domesticados (léase: los hombres modernos; léase: nosotros mismos) representarse con toda la energía apetecida, hasta qué punto la *crueldad* era el regocijo preferido de la humanidad primitiva y el que entraba como ingrediente en casi todos sus placeres. Por otra parte, cuán ingenua, cuán inocente aparecía su necesidad de crueldad, cuán justamente la "perversidad desinteresada" (o, para emplear la expresión de Spinoza: la *sympathia malevolens)* aparece en ella, por principio, como un atributo *normal* del hombre, por consiguiente, como algo a lo que la conciencia puede

Digitized by Google

osadamente responder, "sí": Una mirada penetrante, tal vez reconocería hoy día en el hombre los residuos de esta alegría de fiesta, primordial e innata en él; en *Más allá del Bien y del Mal,* afor. 188 (y antes en *Aurora,* afor. 18, 77 y 113), indiqué, de una manera circunspecta, la espiritualización y la "deificación", siempre crecientes, de la crueldad, de la cual se hallan huellas en toda la historia de la cultura superior (podría hasta decirse, de una manera general, que toda cultura superior está hecha de ella). En todo caso —no hace tanto tiempo de esto—, no se hubiera concebido ni boda principesca, ni fiesta popular de gran estilo, sin ejecuciones capitales, sin suplicios, sin algunos autos de fe; y, del mismo modo, toda casa de algunas pretensiones de nobleza era inconcebible si no contaba con algunos seres sobre los cuales pudiera dar libre curso a su perversidad y a su burlona crueldad (piénsese en Don Quijote cuando se hallaba en la corte de la Duquesa; leyendo hoy día todo *El Quijote,* nos viene a la lengua un cierto sabor amargo, nuestro espíritu sufre, lo cual parecería chocante y hasta incomprensible al autor y a sus contemporáneos porque ellos leían este libro con la conciencia más tranquila, como

Digitized by Google

si no hubiera habido cosa más divertida, como si fuera para morir de risa). Ver sufrir sienta bien; hacer sufrir, mejor todavía; he aquí una verdad, pero una antigua y poderosa verdad capital, humana, demasiado humana, verdad que, por lo demás, suscribirían tal vez los monos: se dice, en efecto, que con la invención de extravagantes crueldades, anuncian ya plenamente al hombre, "preludian", por así decirlo, su llegada. Sin crueldad no hay posibilidad de regocijo; he aquí lo que nos enseña la más antigua y la más larga historia del hombre... Y... ¡tiene el castigo tales *apariencias de fiesta!*

Digitized by Google

Digamos de pasada que estas reflexiones no tienen, en modo alguno, por objeto, llevar aguas nuevas al molino rechinante y discordante del tedio de la vida, para mayor satisfacción de nuestros pesimistas; por el contrario, yo atestiguo aquí expresamente que en los tiempos en que la humanidad no experimentaba todavía la vergüenza de su crueldad, la vida sobre la tierra se deslizaba con más serenidad que en nuestra época de pesimismo. El oscurecimiento de la bóveda celeste por encima del hombre ha aumentado siempre en proporción con la vergüenza que el hombre experimentaba *a la vista* del hombre. La mirada pesimista y fatigada, la desconfianza frente a frente del enigma, la glacial negación, dictada por el tedio de la vida, no son estos los signos característicos de las épocas más perversas del género humano; ¡al contrario!; los vegetales propios de las aguas estancadas no aparecen hasta el día

Digitized by Google

que se forma el pantano, que es su adecuado terreno; quiero decir el enfermizo reconocimiento de sus faltas y la moralización, que acaban por enseñar al animal "hombre" a sonrojarse de todos sus instintos. En sus esfuerzos por transformarse en ángel—por no emplear una palabra más dura—, el hombre ha adquirido este estómago melindroso y esta lengua saburral que no solamente le han inspirado el asco por la vida y por la inocencia del animal, sino que le han transformado la misma vida en una cosa insípida. De suerte que, de cuando en cuando, se inclina sobre sí mismo, tapándose las narices y, como el Papa Inocencio III, redacta con un aire lúgubre el catálogo de las imperfecciones de su naturaleza ("procreación impura, nutrición repugnante en el seno de la madre, mala cualidad de la substancia de donde el hombre alcanza su desarrollo, mal olor, secreción de saliva, de orina y de excrementos"). Hoy día que siempre se antepone el dolor como primer argumento contra la existencia, como el problema más fatal de la vida, se procederá cuerdamente, recordando el tiempo en que se sostenía un juicio contrario porque no podía abstenerse de hacer sufrir, hallando en ello un atractivo de primer orden, un

Digitized by Google

verdadero cebo para la vida. Tal vez en esta época—digámoslo para que sirva de consuelo a las gentes sensibles—, el dolor no hiciera tanto daño como al presente; al menos esta es la conclusión que ha sacado un médico que ha curado a negros (considerando a los negros como representantes del hombre prehistórico); porque, habiéndolos tratado con motivo de inflamaciones internas de extrema gravedad, de una gravedad tal que llevaría a la desesperación a los europeos mejor constituídos orgánicamente, ha observado que las toleraban perfectamente. (La curva de aptitud para el dolor en el hombre parece, en efecto, descender extraordinariamente y caer de un modo brusco en cuanto se sobrepasan los primeros diez mil o diez millones de nuestra hipercivilización; por mi parte no dudo que—comparados con una única noche de sufrimiento de una sola de nuestras mujercitas minadas por la cultura y por la histeria—los dolores de todas las bestias, a cuyas palpitantes carnes se ha interrogado con fines científicos hasta el presente, representa una cantidad despreciable). Pudiera, incluso, admitirse la posibilidad de que la delectación que proporciona la crueldad no ha desaparecido realmente; sería necesario sola-

Digitized by Google

mente que la acompañase una sutilidad en consonancia con el mayor mal que hoy día causa el dolor; debería, sobre todo, presentarse adornada con los colores de la imaginación y del alma, revestida con los nombres más tranquilizadores que la conciencia más delicada y más hipócrita haya podido concebir (la "compasión trágica" es uno de estos nombres; "*las nostalgias de la cruz*", es otro). Lo que, a decir verdad, subleva contra el dolor no es el dolor en sí, sino el sinsentido del dolor; sin embargo, ni para el cristiano que había hecho entrar en el dolor todo un mecanismo secreto de salvación, ni para el hombre ingenuo de los antiguos tiempos, que sabía interpretar todo dolor por relación al espectador o al verdugo, no existía tal *falta de significación*. Para poder apartar del mundo el dolor oculto, irrevelado y sin testigos, para poder negarlo de buena fe, fué casi necesario inventar los dioses y las criaturas intermedias de todos los grados de las alturas y las profundidades; en una palabra: algo que vague entre las cosas ocultas, que mire en las tinieblas y que no falte apenas a ningún espectáculo interesante y doloroso. Con ayuda de semejantes invenciones, la vida llega a

Digitized by Google

realizar el supremo esfuerzo que de siempre acostumbró a hacer, el supremo esfuerzo de justificar su propio "mal". En nuestros días sería tal vez necesario utilizar, para esto, otras invenciones (por ejemplo, hacer de la vida un enigma, un problema de conocimiento). "Todo mal está justificado desde el momento en que un dios se complace en contemplarlo"; así habla la antigua lógica del sentimiento. Y, en general, ¿no estaba en lo cierto la antigua lógica? Los dioses considerados como aficionados a los espectáculos *crueles*... ¡En cuántos lugares esta noción primitiva aparece todavía en medio de nuestra humanización europea! Informémonos a este respecto, por ejemplo, en Calvino y en Lutero.

En todo caso, es cierto que los *griegos* no hallaban un condimento más picante que añadir a la felicidad de sus dioses, que los placeres de la crueldad. ¿Con qué ojos creéis, pues, que los dioses de Homero—en la idea del poeta—contemplaban el destino de los hombres? ¿Qué sentido tenían en último análisis la guerra de Troya y otros horrores trágicos? En esto no cabe ninguna duda: no eran sino *juegos para regocijar* las miradas de los dioses; y como el

Digitized by Google

poeta es de una especie más "divina" que el resto de la humanidad, eran igualmente juegos regocijantes para los poetas... Más tarde, los filósofos moralistas de Grecia pensaban del mismo modo, que la atención de los dioses permanecía fija sobre las luchas morales, sobre el heroísmo y sobre las torturas que se imponían los virtuosos: El "Hércules del deber" actuaba como en la escena y él lo sabía; la virtud sin testigos era para este pueblo de comediantes algo absolutamente inimaginable. La invención de los filósofos, tan temeraria y tan nefasta, que Europa conoció entonces por vez primera—la invención del "libre albedrío", de la absoluta espontaneidad del hombre en el bien y en el mal—, ¿no debe, sobre todo, su origen a la necesidad de crearse una especie de derecho a imaginar el interés que conceden los dioses a los hombres, a la virtud humana, un interés *inagotable?* Sobre tal escena del mundo no debía haber jamás escasez de verdaderas novedades, de interés verdaderamente sostenido, de peripecias, de catástrofes: un mundo concebido según un determinismo perfecto podría ser fácilmente adivinado por los dioses; sin embargo, en breve tiempo hubiera resultado fastidioso a

Digitized by Google

sus ojos; ¿no era este un motivo suficiente para que los *amigos de los dioses,* los filósofos, no impusieran a sus dioses el espectáculo de un mundo tan determinista? Toda la humanidad antigua está llena de ternura y de atenciones para "el espectador", porque el suyo era un mundo verdaderamente hecho para los ojos, que no podía concebir la felicidad sin espectáculos y sin fiestas. Y, repito, ¡tiene el *castigo* también, tales apariencias de fiestas!

Digitized by Google

8

Volvamos a nuestra encuesta donde la hemos abandonado. El sentimiento del deber, de la obligación personal, ha derivado su origen, ya lo hemos visto, de las más antiguas y de las más primitivas relaciones entre comprador y vendedor, entre acreedor y deudor: aquí la persona se opone por vez primera a la persona, *midiéndose* de igual a igual. No se ha hallado un grado de civilización, por rudimentario que sea, donde no se apreciara ya algo de la naturaleza de estas relaciones: Fijar los precios, estimar los valores, imaginar los equivalentes, canjear; todo esto ha preocupado, a tal punto, el primitivo pensamiento del hombre que, en cierto sentido, se hizo el pensamiento *mismo:* aquí fué donde aprendió a ejercitarse la más vieja especie de sagacidad y aquí es donde podría sospecharse que se formó el primer germen del humano orgullo, un sentimiento de superioridad sobre el resto de los ani-

Digitized by Google

males. Tal vez la palabra alemana "Mensch" *(manas)*, expresa todavía algo de este sentimiento de dignidad: el hombre se designa como el ser que estima los valores, que evalúa y aprecia, como "el animal determinador de valores por excelencia". La compra y la venta con sus corolarios psicológicos, son anteriores, incluso a los orígenes de no importa qué organización social: de la forma más rudimentaria del derecho personal, el sentimiento naciente del canje, del contrato, de la deuda, del derecho, de la obligación, de la compensación, se ha *transportado*, sin perder momento, sobre las organizaciones sociales más primitivas y más groseras (en sus relaciones con organizaciones semejantes), al mismo tiempo que el hábito de compararlas de poder a poder, de medirlas y de calcularlas. El ojo se había acomodado desde el primer momento a esta perspectiva; y con el tenaz espíritu de consecuencia propio del cerebro del hombre primitivo —que es difícil hacer salir de su inercia, pero que persigue despiadadamente su dirección, una vez decidida—se llega bien pronto a la gran generalización: "Toda cosa tiene su precio, *todo* puede ser pagado." Este fué el cánon moral de la *justicia* más antiguo

Digitized by Google

e ingenuo, el comienzo de toda "bondad", de toda "equidad", de toda "buena voluntad", de toda "objetividad" sobre la tierra. La justicia en este primer grado es la buena voluntad entre gentes de poder poco más o menos igual, para conciliarse unos con otros, para reducir el "acuerdo" a un compromiso. En cuanto a las gentes menos poderosas, se las *obligaba* a aceptar entre ellas este compromiso.

Digitized by Google

9

Sirviéndonos siempre de las medidas de los antiguos tiempos (tiempos que por otra parte han existido en todo tiempo y son siempre posibles de nuevo), las relaciones de la comunidad con sus miembros son, a grandes rasgos, las mismas que existen entre el acreedor y sus deudores. Se vive en una comunidad, se disfruta de las ventajas de la comunidad (¡y qué ventajas!; no sabemos hoy día apreciarlas en lo que valen); viéndose protegido y a salvo de disgustos en su morada, gozando de la paz y de la confianza, al abrigo de ciertos daños y de ciertos actos de hostilidad, a los cuales el hombre *de fuera,* que no vive "en paz", está expuesto —(un alemán sabe lo que "Elend" significaba primitivamente)—conforme al compromiso contraído con la comunidad quien acuerda su protección contra estas depredaciones y violencias. ¿Qué sucederá en el *caso contrario?* La comunidad, el acreedor enga-

Digitized by Google

ñados, se harán pagar lo mejor que puedan; de esto no cabe la menor duda. No se trata aquí, principalmente, del daño inmediato causado por el autor del perjuicio; el culpable lo es, además, de una ruptura, es un violador de tratados que falta a la palabra dada a *la comunidad* que le aseguraba las ventajas y placeres en los que hasta entonces tenía parte. El culpable es un deudor que no solamente no reembolsa los adelantos que se le hicieron sino que, encima, ataca a su acreedor; según toda justicia es, desde entonces, privado, no únicamente de todos estos bienes y de todas estas ventajas, sino que se le recuerda toda la importancia que tenía la *posesión de estas ventajas*. La cólera de los acreedores lesionados y de la comunidad le devuelve el estado salvaje, le coloca fuera de la ley, le niega su protección; y todo género de acto hostil podrá ser cometido contra él. El "castigo", en este nivel de las costumbres, es simplemente la imagen, la *mímica* de la conducta normal con respecto al enemigo detestado, desarmado, vencido, que ha perdido todo derecho no solamente a la protección sino a la piedad; es el derecho de guerra, el triunfo del *væ victis!*, en toda su inexorable crueldad. Lo cual ex-

Digitized by Google

plica por qué la guerra (comprendiendo en ella el culto de los sacrificios guerreros), ha revestido todas las *formas* bajo las cuales aparece el castigo en la historia.

Digitized by Google

A medida que una comunidad crece en poderío concede menos importancia a las faltas de sus miembros, porque estos miembros no le parecen ni peligrosos para la existencia del conjunto, ni subversivos en gran medida; el transgresor no es separado y "privado de la paz"; la cólera general no puede, como antaño, ejercerse libremente contra él; por el contrario, se le defiende cuidadosamente contra esta cólera y se le protege sobre todo contra los que hayan sufrido el perjuicio inmediato. El arbitraje con la cólera de los que en primer término hayan sufrido los efectos de la mala acción; el esfuerzo intentado para localizar el caso y evitar con ello la producción de una efervescencia o de un trastorno mayores o quizá generales; la busca de equivalentes para arreglar totalmente el asunto (la *compositio)*; y, antes de todo, esto, la voluntad cada vez más decidida de considerar toda infracción como susceptible

Digitized by Google

de ser *expiada* y, por consecuencia *aislar,* al menos en cierta medida, al delincuente de su delito—tales son los rasgos que caracterizan cada vez más claramente, el derecho penal en las subsecuentes fases de su desarrollo. Si el poder y la conciencia individual crecen en una comunidad, el derecho penal se dulcificará; pero, en cuanto una debilitación o un peligro profundo se manifiesten, reaparecerán en seguida las formas más rigurosas de la penalidad.

El "acreedor" se humaniza siempre en la misma proporción que se enriquece; en fin de cuentas, mide su riqueza por el número de perjuicios que puede soportar sin grave daño. No es imposible de concebir una sociedad *tan consciente de su poder* que pudiera permitirse el supremo lujo de dejar impune al que la hubiera lesionado. "Después de todo, ¿qué me importan mis parásitos, —podría ella decir—. ¡Que vivan y que prosperen: soy bastante fuerte para no inquietarme por ellos!..."

La justicia que ha comenzado por decir: "todo puede ser pagado, todo debe ser pagado", es una justicia que acaba por cerrar los ojos y por dejar escapar al insolvente; acaba, como toda cosa excelente en este mun-

Digitized by Google

do, por *destruirse a sí misma.* Esta autodestrucción de la justicia se adorna con un nombre: *la gracia,* y constituye, como puede pensarse, el privilegio de los más poderosos; mejor dicho, su "más allá" de la justicia.

Digitized by Google

II

Digamos en este lugar una palabras contra las recientes tentativas hechas para buscar sobre otro terreno—el del rencor—, el origen de la justicia. Yo diría, de antemano, al oído de los psicólogos, en el supuesto que se les ocurra estudiar un día, de cerca, el rencor: Esta flor florece hoy día en toda su belleza entre los anarquistas y los antisemitas, en las sombras, como siempre ha florecido, parecida a la violeta, aunque su aroma sea bien diferente. Y, como de lo semejante nace siempre lo semejante, a nadie asombrará que, precisamente en estos medios, se hagan tentativas—y no es la vez primera (véase más arriba, § 3)—para santificar la *venganza* bajo el nombre de *justicia*—como si la justicia no fuera en el fondo otra cosa que una transformación del sentimiento de la ofensa recibida—y para honrar con la venganza el conjunto de todas las emociones *reactivas*. Esta última particularidad me

Digitized by Google

extraña menos que cualquier otra: incluso la considero un *mérito* por relación al problema biológico en su totalidad (con relación al cual el valor de estas emociones ha sido, hasta ahora, cotizado muy por lo bajo). Unicamente debo llamar la atención sobre el hecho de que es precisamente del espíritu del rencor de donde ha surgido este nuevo matiz de equidad científica (en provecho del odio, de la envidia, del despecho, de la desconfianza, de la animosidad, de la venganza). Porque esta equidad científica desaparece para dejar sitio a acentos de enemistad mortal y a temerosas prevenciones, tan pronto como tratemos de otro grupo de emociones cuyo valor biológico—tal me parece—es mucho más elevado que el de las emociones reactivas y que, por consecuencia, merecen ser examinadas en primer término y ser tratadas muy en consideración por la ciencia: me refiero a las verdaderas emociones *activas,* tales como la ambición, la avaricia y otras semejantes. (Eugene Duhring, *Valor de la vida; Curso de filosofía).* Esto en cuanto a la tendencia general; por lo que se refiere al axioma de Duhring, del que se deduce que el origen de la justicia debe ser buscado en las regiones del rencor, del sen-

Digitized by Google

timiento reactivo, es preciso, por amor a la verdad, oponerle esta otra tesis, o sea, invertirlo brutalmente: el *último* reducto conquistado por el espíritu de justicia es el del rencor, el del sentimiento reactivo. Cuando se alcance realmente a que el hombre justo permanezca siéndolo incluso para quien le haya ofendido (justo; no solamente frío, mesurado, desdeñoso, indiferente: ser justo implica siempre una condición *positiva);* cuando, incluso bajo la presión de las ofensas personales, de los insultos, de las sospechas, conserve inalterable la objetividad elevada, clara, profunda y sensible a la vez de su mirada justa y juzgadora, ¡pues bien!; entonces, nos veremos obligados a reconocer algo como la perfección encarnada, como la más elevada magistratura sobre la tierra; algo con lo que mejor será no contar ni *creerlo* muy a la ligera. En tesis general es cierto que, incluso en las personas más íntegras, bastará una pequeña dosis de perfidia, de perversidad y de insinuación para hacer que se suba la sangre a la cabeza y quede malparada la equidad. El hombre "activo", agresivo, incluso violentamente agresivo, se halla cien veces más cerca de la justicia que el hombre "reactivo"; además,

Digitized by Google

no le hace ninguna falta, como sí se la hace al hombre reactivo, el juzgar su objeto falsamente y de una manera preconcebida. En efecto, esto obedece a que, en todas las épocas el hombre agresivo, siendo más fuerte, más valiente, más noble, ha tenido como suyo un ojo *menos prevenido* y una mejor conciencia; por otra parte, se adivina ya quien tiene sobre la conciencia la intervención de la "mala conciencia"—el hombre del rencor. En fin, diríjase una mirada sobre la historia. ¿Sobre qué esfera se ha ejercido hasta el presente la acción del derecho? ¿Sobre qué esfera la necesidad del derecho se ha dejado sentir?; ¿sobre la del hombre reactivo? De ningún modo, sino sobre la del ser activo, fuerte, espontáneo, agresivo. Aun a riesgo de lastimar al agitador de que he hecho mención—(quien se sorprende al hacer esta singular confesión: "la doctrina de la venganza atraviesa todos mis escritos, todas mis aspiraciones, como el hilo rojo de la justicia")—diré que, desde el punto de vista histórico, el derecho sobre la tierra es precisamente el emblema de la lucha *contra* los sentimientos reactivos, de la guerra que entablan contra estos sentimientos las potencias activas y agresivas, que consagran una par-

Digitized by Google

te de sus fuerzas a detener o a estorbar el desbordamiento de la pasión reactiva, reduciéndola a ciertos límites. Doquiera se ejerza la justicia, doquiera se mantenga su poder, se ve una potencia fuerte—frente a frente de otras potencias más débiles y dependientes (trátese de grupos o de individuos)—buscar poner término a los insensatos furores del rencor, sea arrancando el objeto del rencor de manos de la venganza, sea declarando la guerra por su parte, en lugar de la venganza, a los enemigos de la paz y del orden; sea inventando compromisos que propone e incluso impone en determinadas circunstancias; sea, en fin, dando fuerza de ley a ciertos equivalentes de los perjuicios, a los que desde entonces retornarán los resentimientos contrarios y reactivos; y estas medidas las toma siempre que sea bastante fuerte para ello. Esta es la intervención de la ley, la traducción bajo forma de orden de lo que a sus ojos es justo y está permitido y de lo que es injusto y está prohibido. Al calificar, después de la institución de la ley, los actos arbitrarios y las violaciones de los individuos y de los grupos como violaciones de la ley, como negativas de obediencia al poder supremo, el poder supremo desvía su aten-

Digitized by Google

ción de lo subordinado a los perjuicios (productos inmediatos de estas violaciones) y llega a la larga a un fin absolutamente opuesto al que se propone la venganza, quien se coloca únicamente en el punto de vista del individuo lesionado, no preocupándose más que de su interés. Desde este momento la mirada es llevada a una apreciación cada vez más *impersonal* del hecho incriminado, incluso la mirada del individuo lesionado (bien que en último término, como ya lo he señalado). Consecuentemente, hasta después de la institución de la ley no pudo haber cuestión de "justicia" y de "injusticia" (y no, como quiere Duhring, desde el momento en que el acto de violación es realizado). Hablar de justicia y de injusticia ***en sí,*** no tiene ningún sentido; una infracción, una violación, un despojo, una destrucción en sí no pueden ser, evidentemente, una cosa "injusta", puesto que la vida procede ***esencialmente***—es decir, en sus funciones elementales—, por infracción, violación, despojo, destrucción y no es posible imaginarla de otro modo. Necesario es, del mismo modo, confesar algo más grave todavía; y es que, desde un elevado punto de vista biológico, las condiciones de vida por las cuales se ejerce la protección

Digitized by Google

legal no pueden nunca ser más que excepcionales, ya que no son sino restricciones parciales de la voluntad de vivir propiamente dicha, que tiende al dominio, y ya que están subordinadas a su tendencia general bajo la forma de medios particulares; es decir, medios de crear unidades de dominación cada vez *mayores*. Imaginad una organización jurídica soberana y general, no como arma en la lucha de las organizaciones de potencias, sino como arma *contra* toda lucha general; algo, en fin, que fuera conforme al esquema comunista de Duhring, una regla que hiciera mantener todas las voluntades al mismo nivel; tendríais con ello un principio *enemigo de la vida,* un agente de disolución y de destrucción para la humanidad, un atentado contra el porvenir del hombre, un síntoma de cansancio, una ruta desviada hacia la nada.

Digitized by Google

Dos palabras todavía sobre el origen y el fin del castigo (dos problemas distintos o que, cuando menos, debieran serlo; pero que, por desgracia, se confunden frecuentemente). ¿De qué manera han procedido en este caso, hasta el momento presente, los genealogistas de la moral? Como siempre, han sido unos ingénuos: ellos descubren en el castigo un "fin" cualquiera, por ejemplo, la venganza o la intimidación, y colocan entonces con ingenuidad este fin al principio, como *causa fiendi* del castigo y, ¡ya está! Ahora bien, es necesario guardarse, por encima de todo, de aplicar a la historia de los orígenes del derecho el "fin en el derecho" (1); y, en todo género de historia, nada es más importante que este principio del cual se ha penetrado tan difícilmente, pero que debía de ser acep-

(1) Alusión a un célebre trabajo de Jehering: «Der Zweck in Recht». (N. DEL T.).

Digitized by Google

tado como una verdad inatacable—quiero decir que la causa original de una cosa y su utilidad final, su empleo efectivo, su clasificación en el conjunto de un sistema de causas finales, son dos puntos separados *todo cœlo;* que cualquier cosa existente, que cualquier cosa que haya sido producida de una manera cualquiera, es siempre conducida por una potencia que es superior a ella, hacia nuevos designios, está siempre sometida a requisición, preparada y transformada para un nuevo empleo; que todo hecho que acontece en el mundo orgánico está íntimamente ligado a las ideas de *subyugar,* de *dominar* y, además, que toda subyugación, toda dominación, equivale a una interpretación nueva, a un arreglo, en que necesariamente el "sentido" y el "fin" que hasta aquí subsistían serán oscurecidos e incluso borrados por completo. Cuando se ha comprendido en todos sus detalles la utilidad de algún órgano fisiológico (o de una institución jurídica, de una costumbre social, de un uso político, de una forma artística o de un culto religioso) no se puede todavía afirmar que se haya comprendido algo relativo a su origen: esto podría parecer fastidioso y desagradable a los oídos viejos—porque en todo tiempo se ha

Digitized by Google

creído hallar en las causas finales, en la utilidad de una cosa, de una forma, de una institución, su razón de ser propia; con arreglo a esto, el ojo estará hecho para ver, la mano para agarrar. Del mismo modo se ha representado al castigo como una invención creada en vista del delito. Pero el fin, la utilidad no es más que el *indicio* de que una voluntad de potencia ha dominado algo menos potente que ella y le ha imprimido, por su propia iniciativa, el sentido de una función; toda la historia de una "cosa", de un uso, puede ser una ininterrumpida cadena de interpretaciones y de aplicaciones siempre nuevas, cuyas causas no han de estar asociadas necesariamente, pero que, en ciertas circunstancias, no hacen más que sucederse y reemplazarse a la ventura. La "evolución" de una cosa, de un uso, de un órgano, más que una progresión hacia un fin, más que una progresión lógica y directa, alcanzada con un mínimum de fuerzas y de gastos, es una sucesión constante de fenómenos de dominación más o menos violenta, más o menos independientes unos de otros, no debiendo olvidarse de las resistencias que se ofrecen sin cesar, las tentativas de metamorfosis que se ejecutan para contribuir a la defensa y a la

Digitized by Google

reacción; y, en fin, los felices resultados de las acciones en sentido contrario. Si la forma es flúida, el "sentido" lo es todavía bastante más... Y en todo organismo, tomado separadamente, sucede exactamente igual; cada vez que el conjunto crece de una manera esencial, el "sentido" de cada órgano se desplaza—en ciertas circunstancias su debilitamiento parcial, su disminución (por ejemplo, por la destrucción de los términos medios) puede ser el indicio de un aumento de fuerza y de una polarización hacia la perfección. Quiero decir, que incluso el estado de *inutilización* parcial, el debilitamiento y la degeneración, la pérdida del sentido y de la finalidad, en una palabra, la muerte, pertenece a las condiciones de un verdadero avance: el cual aparece siempre bajo la forma de voluntad y de dirección hacia *la potencia más considerable* y se ejecuta siempre en detrimento de numerosas potencias inferiores. La importancia de un progreso se mide por la importancia de los sacrificios que deben serle hechos; la humanidad, considerada como masa sacrificada a la prosperidad de una sola especie de hombres *más fuertes...*, he aquí lo que *sería* un progreso... Yo hago resaltar de nuevo este punto capital del método

Digitized by Google

histórico porque se opone a los instintos dominantes y al gusto del día que preferirían mejor acomodarse a la casualidad absoluta e incluso a la absurdidez mecánica de todos los acontecimientos, que no a la teoría de una *voluntad de potencia* que interviniera en todos los casos. La aversión por todo lo que manda y quiere mandar, esta idiosincrasia de los demócratas, el moderno "misarquismo" (1) (a fea cosa, fea palabra), ha adquirido, poco a poco, los procedimientos del más refinado intelectualismo, de suerte que se infiltra hoy día, gota a gota, en las ciencias más exactas y las más objetivas aparentemente; incluso me parece que ya se ha adueñado por completo de la fisiología y de la biología, para su perjuicio, ni que decir tiene, en el sentido de que les ha escamoteado un concepto fundamental, el de la *actividad* propiamente dicha. Bajo la presión de esta idiosincrasia se coloca por delante la "facultad de adaptación"; es decir, una actividad de segundo orden, una simple "reactividad"; aún más; se ha definido así la misma vida: una adaptación interior a las

(1) De «misein», odiar y «arkhein», mandar.— N. DEL T.

Digitized by Google

circunstancias exteriores, cada vez más perfecta (Herbert Spencer). Pero con esto se desconoce la esencia de la vida, *la voluntad de Potencia;* se cierra los ojos ante la preeminencia fundamental de las fuerzas de orden espontáneo, agresivo, conquistador, usurpador y transformador, originadoras, sin cesar, de nuevas exégesis y de nuevas direcciones, estando de antemano "la adaptación" sometida a su influencia; así se llega a negar la soberanía de las más nobles funciones del organismo, funciones en las que la voluntad de vida se manifiesta activa y formatriz. Viene a la memoria el recuerdo del reproche dirigido por Huxley a Spencer, a propósito de su "nihilismo administrativo"; pero aquí tratamos de algo bien distinto a la "administración"...

Digitized by Google

13

Volvámos a nuestro asunto; es decir, al *castigo;* es preciso distinguir en él dos cosas: por una parte lo que tiene de relativamente *permanente,* el uso, el acto, el "drama", cierta sucesión de procedimientos estrictamente determinados; por otra parte, la fluidez, el sentido, el fin, la expectación, todas las cosas que se relacionan con la práctica de estos procedimientos. Es necesario admitir aquí, sin más, por analogía, de acuerdo con los puntos de vista principales del método histórico desarrollados hace un momento, que el procedimiento en sí mismo es algo muy antiguo y anterior a su utilización para el castigo; que el castigo ha sido *introducido,* por interpretación, en el procedimiento, el cual existía desde mucho antes pero cuyo empleo tenía sentido diferente; en resumen, que *no* sucede como lo han imaginado todos los ingenuos genealogistas del derecho y de la moral, para quie-

Digitized by Google

nes el procedimiento había sido *inventado* con vistas al castigo como fin, del mismo modo que otras veces se ha imaginado que la mano había sido creada para asir. En lo que se refiere al otro elemento del *castigo,* al elemento variable, "al sentido", en un estado de civilización muy avanzada (el de la Europa contemporánea, por ejemplo), el concepto castigo no tiene un único "sentido", sino que viene a ser una síntesis de varios: todo el pasado histórico del castigo, la historia de su utilización con diversos fines, cristaliza finalmente en una especie de unidad, difícil de resolver, difícil de analizar y —dejemos esto bien sentado—absolutamente *imposible de definir.* (Hoy día resulta imposible decir por qué se castiga; todos los conceptos en que se resume una prolongada evolución de una manera semeiótica escapan a una definición; sólo es definible lo que carece de historial). Por el contrario, en un estado social más rudimentario, esta síntesis de "sentidos" parece más fácil de resolver y al mismo tiempo más trasmutable; además, puede uno darse cuenta de cómo, en cada caso particular, los elementos de la síntesis modifican su valor y su orden, de suerte que ora este elemento, ora

Digitized by Google

estotro predomina a expensas de los restantes; y que, en ciertas circunstancias, un elemento (por ejemplo, la finalidad de inspirar terror) parece eclipsar a todos los demás. Para que pueda hacerse una idea de cuán incierto, sobreañadido y accidental es el "sentido" del castigo, y de cómo un mismo procedimiento puede ser utilizado, interpretado, considerado con miras esencialmente diferentes, he aquí la exposición que he podido dar, utilizando materiales relativamente escasos y fortuitos:

Castigo: Medio de impedir al culpable perjudicar y continuar dañando.

Castigo: Medio de redimirse para con la persona lesionada, bajo una forma cualquiera (incluso una compensación bajo la forma de sufrimiento).

Castigo: Medio de compensar las ventajas hasta entonces obtenidas por el culpable (por ejemplo, cuando se le utiliza como esclavo en una mina).

Castigo: Medio de eliminar un elemento degenerado (en ciertas circunstancias toda la rama, como lo prescribe la legislación china; por consiguiente, medio de depurar la raza o de mantener un tipo social).

Castigo: Motivo de fiesta para celebrar la

Digitized by Google

derrota de un enemigo, agobiándole con burlas.

Castigo: Manera de crear una memoria, sea en quien sufre el castigo—esto es lo que se llama la corrección—, sea en los testigos de la ejecución.

Castigo: Pago de los honorarios estipulados por el poder que protege al malhechor contra los excesos de la venganza.

Castigo: Compromiso con el estado primitivo de la venganza en tanto que este estado primitivo es mantenido en vigor por razas poderosas que lo reivindican como un privilegio.

Castigo: Declaración de guerra y medida de policía contra un enemigo de la paz, de la ley, del orden, de la autoridad, a quien se considera como peligroso para la comunidad, violador de los tratados que garantizan la existencia de esta comunidad, rebelde, traidor y perturbador, y a quien se combate por todos los medios que la guerra permite disponer.

Digitized by Google

Esta lista no es, seguramente, completa; porque es evidente que el castigo encuentra su utilidad en todas las circunstancias. Por ello me será permitido, tanto más fácilmente, retirar de él una utilidad *supuesta,* que para la conciencia del vulgo es su utilidad esencial; la fe en el castigo, quebrantada hoy día por múltiples razones, encuentra todavía en ella su sostén más firme. El castigo tendría la propiedad de despertar en el culpable el *sentimiento de la falta;* se quiere ver en él el verdadero instrumento de esta reacción psíquica que se llama "mala conciencia", "remordimientos". Sostener esto es atentar a la realidad y a la psicología, incluso para lo que atañe a nuestra época; ¡cuánto más todavía, cuando se considera la larga historia del hombre, toda su historia primitiva! El verdadero remordimiento es extraordinariamente raro, en particular entre malhechores y criminales; las prisiones *no* son los lugares

Digitized by Google

más propicios para la producción de este gusano roedor. Sobre esto están de acuerdo todos los observadores concienzudos; aunque, por otra parte, experimenten cierta repugnancia en hacer semejante confesión. En tesis general, el castigo enfría y endurece; concentra y agudiza los sentimientos de aversión; aumenta la fuerza de resistencia. Y si acontece que quebranta la energía y produce una lastimosa postración y una humillación voluntaria, tal resultado es, en verdad, todavía menos edificante que el efecto ordinario del castigo: generalmente consiste en una seriedad seca y melancólica. Si ahora nos trasladamos a estos millares de años que *preceden* a la historia del hombre, afirmaremos con energía que el castigo es precisamente lo que más *retardó* el desarrollo del sentimiento de culpabilidad—por lo menos entre las víctimas de las autoridades represivas. Y no olvidemos el darnos cuenta de que el aspecto mismo de los procedimientos judiciales y, ejecutivos, impide al culpable condenar *en sí* su delito y la naturaleza de su acción; porque ve cometer en servicio de la justicia, cometer con tranquila conciencia —y, por último, aprobar—la misma clase de acciones; a saber: el espionaje, el engaño, la

Digitized by Google

corrupción, las trampas disimuladas, todo el arte lleno de astucias y de artificios del policía y del acusador y encima, las mismas acciones criminales que no tienen ni la excusa de la pasión; el rapto, la violencia, el ultraje, la prisión, el tormento y el homicidio, tal como son señalados en las diferentes clases de castigos; por consiguiente, todo esto no lo condena ni reprueba *en sí,* el juez, sino solamente en ciertas circunstancias y bajo determinadas condiciones. La "mala conciencia", planta la más extraña e interesante de la flora terrestre, no alimenta sus raíces en este suelo. Durante mucho tiempo, en efecto, en el espíritu del que juzga y castiga no se deslizó la idea de que tuviera que tratar con un "culpable". El malhechor era para él, el autor de un daño, una partícula irresponsable del destino. Y este malhechor sobre quien recaía el castigo—como tal partícula del destino—no experimentaba otra "pena interior", que si hubiera sido víctima de una catástrofe imprevista, de un terrorífico fenómeno de la naturaleza, un bloque de piedra que rueda y lo aplasta todo a su paso, sin que haya posibilidad de lucha contra él.

Digitized by Google

No sin que experimentara cierta emoción, se presentó un día este hecho a la conciencia de Spinoza (con gran disgusto de sus intérpretes, Kuno Fischer entre otros, que se han esforzado metódicamente por comprender mal este pasaje). Rozando no sé qué recuerdo se puso a reflexionar sobre la cuestión de saber qué había quedado en él del famoso *morsus conscientiæ,* en él, que había catalogado al bien y al mal entre las fantasías del hombre y había defendido con cólera su Dios "libre" contra estos blasfemos que pretendían que Dios no obra sino *sub ratione boni* (lo que equivaldría a ligar Dios al destino, y sería el más extraño de los absurdos). El mundo para Spinoza había vuelto al estado de inocencia en que se hallaba antes de la invención de la mala conciencia: ¿qué se hacía entonces del *morsus conscientiæ?* "La antítesis del *gaudium*—dice al fin—, una tristeza acompañada de la

Digitized by Google

imagen de una cosa pasada, cuyo acontecimiento surgió cuando la atención menos lo esperaba". *(Eth., III, propos. XVIII, schol. I. II.)*. Durante millares de años los malhechores no tuvieron acerca de su "delito" otra impresión que esta de que habla Spinoza, *como de una impresión personal*: "aquí ha habido un accidente imprevisto", y *no:* yo no debí de hacer esto." Los malhechores se sometían al castigo como se resigna uno a la enfermedad, a una calamidad o bien a la muerte, sin protesta, con este fatalismo valeroso, por el que, aún hoy día, los rusos nos vencen a los occidentales en las cosas de la vida. Si de algo se culpaba a sí mismo el autor del delito era de falta de penetración; no cabe duda que debemos, antes de nada, buscar el *efecto* del castigo en el aumento de la perspicacia, en un desarrollo de la memoria, en la voluntad de obrar en lo sucesivo con mayor prudencia, con más precaución, con más misterio; en la comprobación de la excesiva debilidad que uno emplea en muchos asuntos, en una especie de reforma del juicio acerca de uno mismo. En resumen, lo que se consigue por el castigo sobre el hombre y sobre el animal, es el aumento del temor, la finura de la perspicacia, el

Digitized by Google

dominio de los apetitos: en este sentido el castigo *doma* al hombre pero no le hace "mejor"; se podría, con mayor razón, afirmar lo contrario. ("Hambre y palo hacen al hombre astuto y malo", dice el pueblo. Por fortuna, sucede bastante a menudo que lo vuelven estúpido.)

Digitized by Google

16

Llegado a este punto, no puedo sustraerme a la necesidad de dar a mi propia hipótesis sobre el origen de la "mala conciencia", una primera expresión completamente provisional; como no es fácil llegar a su comprensión, necesita ser largamente meditada, pensada, rumiada. Yo considero la mala conciencia como el profundo estado morboso en que debió caer el hombre, bajo la influencia de la transformación más radical por él jamás experimentada—transformación que se produjo cuando se halló definitivamente encadenado en la argolla de la sociedad y de la paz. Del mismo modo que los animales acuáticos forzados a adaptarse a la vida terrestre o perecer, estos semi-animales, tan acostumbrados a la vida salvaje, a la guerra, al vagabundaje y a las aventuras, cambian bruscamente todos sus envilecidos instintos y "se hacen inútiles". Desde entonces se les obliga a marchar sobre sus pies

Digitized by Google

y a "sostenerse por sí mismos", ya que hasta entonces los había soportado el agua. Un peso enorme los aplastaba. Se sentían ineptos para las funciones más sencillas; en este mundo nuevo y desconocido carecían de los guías de antaño, de los instintos reguladores, inconscientemente infalibles; veíanse obligados a pensar, a deducir, a calcular, a cambiar las causas y los efectos; ¡desgraciados!; ¡veíanse reducidos a su "conciencia", a su órgano más débil y torpe! ¡Creo que nunca hubo sobre la tierra parecido sentimiento de angustia, jamás existió un malestar tan agobiante! ¡Añádase a esto que los antiguos instintos no habían renunciado de golpe a sus exigencias! Pero resultaba difícil, imposible a veces, satisfacerlos: en suma, se vieron obligados a buscar satisfacciones nuevas y subterráneas. Todos los instintos que no tienen salida, que alguna fuerza depresiva impide estallar hacia afuera, *retornan adentro:* Esto es lo que yo llamo la *interiorización del hombre:* de este modo se desarrolla en él lo que más tarde se llamará su "alma".

Todo el mundo interior, insignificante en su origen y situado a flor de piel se va desarrollando y amplificando, ganando en pro-

Digitized by Google

fundidad, en longitud, en altura, cuando la expansión del hombre hacia el exterior se ve *estorbada*. Las formidables murallas que la organización social ha edificado para protegerse contra los viejos instintos de la libertad—y preciso es colocar al castigo en la primera fila de estos medios de defensa—han logrado hacer retornar todos los instintos del hombre salvaje, libre y vagabundo, *contra el hombre mismo*. La ira, la crueldad, la necesidad de perseguir, todo esto dirigiéndose contra el poseedor de tales instintos; *he aquí* el origen de la "mala conciencia". El hombre que como consecuencia de la falta de resistencias y de enemigos exteriores, quedaba amarrado al torno de la regularidad de las costumbres, se desgarraba impacientemente, se perseguía, se roía, se amedrentaba y se maltrataba a sí mismo; este animal a quien se quiere "domesticar" y que se golpea hasta herirse contra los barrotes de su jaula, este ser a quien sus privaciones hacen languidecer en la nostalgia del desierto y que fatalmente debe hallar en sí mismo un campo de aventuras, un jardín de suplicios, una comarca peligrosa e incierta; este loco, este cautivo de aspiraciones desesperadas, se hizo el inventor de la "ma-

Digitized by Google

la conciencia". Entonces se introdujo en el mundo la mayor y la más inquietante de todas las enfermedades, de la cual la humanidad no está curada todavía: el hombre, *enfermedad del hombre;* el hombre, *enfermo de sí mismo*: consecuencia de un violento divorcio con el pasado animal, de un brinco y una caída simultáneas a las nuevas situaciones, a las nuevas condiciones de existencia; de una declaración de guerra contra los antiguos instintos que, hasta aquí, constituían su fuerza, su alegría, su temible carácter.

Añadamos que, de otra parte, el hecho de un alma animal volviéndose contra ella misma proporcionó al mundo un elemento tan nuevo, tan profundo, tan inaudito, tan enigmático, tan rico en contradicciones y en *promesas de porvenir,* que el aspecto del mundo fué realmente cambiado. En verdad, hubieran hecho falta espectadores divinos para apreciar el drama que entonces comenzaba, y cuyo fin no se puede prever todavía; drama demasiado delicado, demasiado maravilloso, demasiado paradójico para ser tomado a broma sobre no importa qué miserable planeta en que pasara desapercibido.

Desde entonces el hombre *cuenta* entre

Digitized by Google

los golpes felices, entre los más inesperados y apasionantes con que se divierte, el "gran niño", de Heráclito, a quien se llama Zeus, o bien la Casualidad; despierta en su favor el interés, la ansiosa expectación, la esperanza, casi la certidumbre, como si algo se anunciase o se preparara por él, como si el hombre no fuera un fin, sino solamente una etapa, un incidente, un tránsito, una gran promesa...

Digitized by Google

Como condición de esta hipótesis acerca del origen de la mala conciencia, es preciso admitir, primeramente, que esta modificación no fué insensible o voluntaria, ni se presentó como la adaptación orgánica a un nuevo estado de cosas, sino como una ruptura, un salto, una obligación, una fatalidad ineluctable, contra la cual no había posibilidad de lucha ni oposición. En segundo lugar, que la sumisión a una norma fija de una población hasta entonces sin normas y sin frenos, ya que había comenzado por un acto de violencia, no podía ser llevada a efecto más que por otros actos de violencia; que, por consiguiente, el "Estado" primitivo ha debido entrar en escena con todos los caracteres de una espantable tiranía, de un engranaje homicida y despiadado y ha debido continuar manifestándose así hasta que, al fin, la materia bruta de un pueblo todavía sumido en la animalidad fué, no solamente

Digitized by Google

amasada y hecha manejable, sino, además, *modelada.*

He empleado la palabra "Estado"; fácil es de concebir lo que entiendo por tal; una horda cualquiera de rubias bestias de presa, una raza de conquistadores y de amos que, con su organización guerrera, sobreañadida de la fuerza organizadora, deja caer, sin escrúpulos, sus formidables garras sobre una población, tal vez infinitamente superior en número, pero todavía desorganizada y errante. Tal es, sin duda, el origen del "Estado" sobre la tierra; supongo que se ha abandonado ya aquel ensueño que hacía remotar su origen a un "contrato". Al que sabe mandar, a aquel a quien la naturaleza hizo un "amo", al que se muestra poderoso en su obra y en su actitud, ¡qué le importan los tratados! Con tales elementos no se puede contar; llegan, como el destino, sin causa, sin razón, sin miramiento, sin excusa; aparecen con la rapidez del relámpago: son demasiado terribles, demasiado inesperados, demasiado contundentes, demasiado "extraños", para que puedan constituir objeto de odio. Su obra consiste en crear instintivamente formas, en impresionar huellas; son los artistas más invo-

Digitized by Google

luntarios e inconscientes que existen. Allí donde aparezcan, al poco tiempo hay algo nuevo, un engranaje soberano *vivo,* en el que cada parte y cada función está delimitada y determinada, y en donde todo tiene una "significación" respecto al conjunto.

Estos organizadores innatos no saben lo que es la falta, la responsabilidad, el respeto; reina en ellos el espantoso egoísmo del artista de mirada de bronce, que se siente justificado de antemano en su "obra" para toda la eternidad, como la madre en su hijo. Se adivinará que no ha sido en *ellos* donde germinó la mala conciencia; pero *sin ellos* no habría brotado esta planta horrible, nunca hubiera existido si, bajo el golpe de sus martillazos, de su tiranía de artistas, no hubiese desaparecido, o cuando menos ocultádose a los ojos de todo el mundo, una prodigiosa cantidad de libertad, forzada a pasar a un estado *de latencia.* Este *instinto de libertad,* hecho latente por la fuerza, estrujado, rechazado, reingresado al interior, no encontrando desde entonces nada sobre qué actuar y con qué encariñarse, excepto él mismo; este instinto, nada más que este instinto—se habrá comprendido ya—, fué el origen de la *mala conciencia.*

Digitized by Google

Es preciso no menospreciar este fenómeno porque se nos presente al principio feo y doloroso. Se trata, en el fondo, de la misma fuerza activa que hemos visto hace un momento, operando de una manera grandiosa en estos artistas de la violencia, en estos organizadores, creadores de Estados; la misma fuerza que—ahora empequeñecida y mezquina—crea la mala conciencia obrando hacia el interior de una manera retrógrada, "en el laberinto del corazón" (para hablar con Goethe), edificándose así un ideal negativo de este *instinto de libertad* (o, hablando en mi lenguaje, de la voluntad de poder), con la única diferencia de que aquí la materia sobre la cual actúa la naturaleza formadora y dominadora de esta fuerza, es el mismo hombre, su antiguo yo animal, y *no* como en el primer fenómeno, más grandioso e impresionante, *otro* hombre, *los otros* hombres.

Digitized by Google

Esta secreta violación de sí mismo, esta crueldad de artista, esta voluptuosidad en modelarse, como si se tratara de una materia resistente y sensible; en marcarse con el sello de una voluntad, de una crítica, de una contradicción, de un desprecio, de una negación; este inquietante trabajo, lleno de una alegría espantosa, el trabajo de un alma voluntariamente desarticulada que sufre por el placer de sufrir; toda esta "mala conciencia", obrando como verdadera generadora de acontecimientos espirituales e imaginarios, ha terminado por dar a luz—se habrá adivinado ya—una gran abundancia de afirmaciones, de nuevas y extrañas bellezas; y tal vez a ella se deba el nacimiento de la misma belleza... ¿Qué habría de bello si la contradicción no hubiera llegado a hacerse consciente de sí misma, si la "fealdad" no se hubiere dicho a sí misma: "soy fea"?

Esta indicación servirá, cuando menos, para no hacer tan enigmática la cuestión de saber en qué medida las nociones contradictorias, tales como *el desinterés, la abnegación* y *el sacrificio de sí propio,* pueden encerrar un ideal, una belleza; y hay aquí algo que se reconocerá en este momento, estoy seguro de ello; la calidad de la *voluptuosidad*

Digitized by Google

que experimenta en todo momento el que practica el desinterés, la abnegación, el sacrificio de sí mismo, esta voluptuosidad, es de la misma esencia que la crueldad. Por el momento, nada añadiremos ni sobre el origen del "desinterés", en cuanto valor *moral,* ni sobre la delimitación del campo en que este valor ha nacido: la mala conciencia, la voluntad de torturarse a uno mismo dan solamente la condición primera para establecer el *valor* del desinterés.

Digitized by Google

19

La mala conciencia es, indudablemente, una enfermedad; pero una enfermedad del género de la preñez. Investiguemos las condiciones que han llevado a esta enfermedad a su grado de intensidad más terrible y sublime; veamos lo que hizo a su entrada en el mundo por vez primera. Pero para esto no hay que ser corto de arrestos (y, de antemano, tendremos que volver a uno de nuestros precedentes puntos de vista). La relación de derecho privado entre el deudor y el acreedor, de la cual hemos ya tratado largamente, ha sido introducida una vez más—y de un modo extraordinario y contestable desde el punto de vista histórico—en la interpretación de ciertas relaciones, tal vez las más incomprensibles para nosotros, hombres modernos: se trata de la relación entre las generaciones *actuales* y las que las han *precedido*.

En el seno de la primera asociación entre

Digitized by Google

hombres de una misma raza—hablamos de los tiempos primitivos—, la generación viva se reconocía en obligación jurídica hacia las generaciones precedentes y, sobre todo, hacia la más remota, es decir, la fundadora de la raza (no era un simple deber sentimental, del cual podría incluso negarse la existencia para el más largo período de la especie humana). Reina en tal momento la convicción de que la especie ha *persistido* gracias a los sacrificios y a los inventos de los antepasados, y que debe *pagárseles* en sacrificios y en inventos; se reconoce, por consiguiente, una *deuda* cuya importancia aumenta constantemente, porque los antepasados, que sobreviven como espíritus poderosos, no cesan de interesarse por la raza y de proporcionarla, con su fuerza, nuevas ventajas y nuevos progresos; ¿gratuitamente sin duda? No hay nada "gratuito" para estas épocas bárbaras y "pobres de espíritu". ¿Qué se les dará en cambio? Sacrificios (primero, bajo la forma de alimentos, en el más grosero sentido), fiestas, santuarios, testimonios de veneración y, sobre todo, de obediencia, porque todas las costumbres son la obra de los antepasados, la expresión de sus preceptos y sus órdenes. ¿Se les dará

Digitized by Google

nunca bastante? Este temor de no darles bastante subsiste y va aumentando; de tiempo en tiempo exige un rescate considerable, alguna monstruosa devolución otorgada al "acreedor" (por ejemplo, el famoso sacrificio del primogénito, de sangre humana).

El *temor* al antepasado y a su poder, la conciencia de una deuda hacia él, aumenta necesariamente—según esta lógica especial—en la misma medida que el poder de la raza, y toma más consistencia cuanto que la raza se hace más victoriosa, más independiente, más temida y venerada. ¡No hace falta pensar mucho para ver lo que podrá ser lo contrario! Cada paso hacia la decadencia de la raza, todos los accidentes desastrosos, todos los indicios de degeneración, todos los signos precursores de la ruina, *disminuyen* siempre el temor que inspira el espíritu fundador de la raza, y dan una idea menos elevada de su inteligencia, de su previsión y de la eficacia persistente de su poder.

Imaginemos ahora esta lógica rudimentaria, llevada a un extremo límite: los antepasados de las razas *más poderosas* deberán tomar—gracias a la hipertrofia del pensamiento temeroso—formas monstruosas y se perderán en la tenebrosa lejanía de lo extraño y

Digitized by Google

lo indefinible: el antepasado toma, al fin, fatalmente, la figura de *un dios*. ¡Tal vez sea necesario buscar aquí todo el origen de los dioses, en el *temor!* Y quien creyere necesario añadir: "¡pero también en la piedad!", podría difícilmente sostener su tesis para este período de la raza humana, el más largo de todos: el período prehistórico. Pero, sin duda, tanto más fácilmente para el período *intermediario* en que se formaron las razas nobles; estas razas, en efecto, han atribuído con largueza a sus autores, a sus antepasados (héroes y dioses) todas las cualidades que el tiempo había hecho nacer en ellas, las cualidades *nobles*. Más adelante dirigiremos una mirada sobre el ennoblecimiento y la exaltación de los dioses (lo que no debe confundirse con su santificación); por el momento, limitémonos a seguir hasta el fin el desarrollo de esta conciencia de la deuda.

Digitized by Google

La conciencia de tener una deuda para con la divinidad—la historia da fe de ello—no terminó definitivamente con la organización de la "comunidad", basada sobre los lazos de sangre.

Del mismo modo que la humanidad ha heredado los conceptos "bueno y malo" de la nobleza de raza (del mismo modo que su tendencia psicológica fundamental a establecer distinción de rangos), de la misma manera, por esta vía de la herencia, le ha sido transmitida la divinidad de los fundadores de la raza y del tronco, y la angustia de la deuda impagada, unida al deseo de liquidarla. (La transición está señalada por estas grandes capas de poblaciones, esclavas y dependientes, que se han amoldado al culto de los dioses de sus amos, ora por la violencia, ora por servilismo e *imitación;* estos dones hereditarios desbordan en todas direcciones).

El sentimiento de la deuda para con la di-

Digitized by Google

vinidad no ha cesado de crecer durante millares de años, paralelamente al crecimiento y desarrollo de la idea de Dios y del sentimiento de la divinidad sobre la tierra. (Toda la historia de las luchas, de las victorias, de las reconciliaciones, de las fusiones étnicas, todo lo que precede a la clasificación definitiva de los elementos populares en cada gran síntesis de razas, se refleja en el caos de las genealogías de sus dioses, en las leyendas de los combates, de las victorias, de las reconciliaciones de estos dioses; el camino hacia un imperio universal es siempre, también, el camino hacia la universalidad de lo divino; el despotismo, con su dominación de la nobleza independiente, allana siempre la ruta a cualquier monoteísmo.) El advenimiento del Dios cristiano, la más alta expresión de lo divino alcanzada hasta hoy, ha producido igualmente sobre la tierra el máximum del sentimiento de obligación. Suponiendo que hayamos comenzado a entrar en el movimiento *contrario,* será lícito deducir—con cierta verosimilitud—de la decadencia irresistible de la fe en el Dios cristiano una decadencia de la "conciencia de la deuda" (falta), la cual se manifiesta hoy día muy rápidamente en el hombre. Y has-

Digitized by Google

ta puede preverse que el triunfo completo y definitivo del ateísmo libertará a la humanidad de todo sentimiento de obligación para con su origen, su *causa prima*. El ateísmo viene a ser una especie de *segunda inocencia*.

Esto es todo lo que tengo que decir, provisionalmente, sobre la relación entre las nociones de "deuda" y "deber" con las hipótesis religiosas. No me he ocupado, a propósito, hasta ahora, de la moralización propiamente dicha de estas nociones (su interiorización en la conciencia, o, más exactamente todavía, la complicación de la *mala* conciencia por la idea de Dios), y, al terminar el párrafo precedente, habré dado la sensación de ignorar tal moralización, lo que necesariamente pondría fin a la existencia de estas nociones, desde el momento que desaparecía su primera condición: la fe en nuestro "acreedor", en Dios.

En realidad, no hay nada de esto. Por la moralización de las nociones de "deuda" y "deber", por su interiorización en la *mala* conciencia, se ha intentado dar una dirección *inversa* al desarrollo que acaba de ser descrito, o, por lo menos, detener este

Digitized by Google

desarrollo. Desde entonces, la perspectiva de una liberación definitiva *tuvo* que desaparecer, de una vez para siempre, en la bruma pesimista; desde entonces, la mirada *tuvo* que detenerse desesperada ante una imposibilidad de hierro; desde entonces, estas nociones de "deuda" y "deber" *tuvieron* que revolverse... ¿contra quién? Está claro: en primer lugar, contra el "deudor", en quien la mala conciencia se adhiere, se introduce, se extiende, avanzando en anchura y en profundidad, a la manera de los pólipos, hasta que, al fin, la idea de la imposibilidad de liberarse de la deuda engendra la de la imposibilidad de expiarla (idea del castigo *eterno*). En segundo lugar, contra el "acreedor", ya se piense en la *causa prima* del hombre, en el origen de la especie humana, en el antepasado, sobre el cual se hace caer una maldición ("Adán", "el pecado original", la privación del "libre albedrío"), o bien en la Naturaleza, del seno de la cual salió el hombre, y a la cual se traslada ahora el principio del mal ("diabolización" de la naturaleza), o bien, en fin, en la existencia en general, que *no vale la pena de ser vivida* (alejamiento pesimista de la vida, deseo de la nada, deseo de un algo contrario, deseo

Digitized by Google

de "algo distinto", budismo y doctrinas análogas), y así sucesivamente hasta que nos encontramos ante el espantable y paradójico expediente que procuró a la angustiada humanidad un consuelo temporal, el consuelo que fué el golpe de genio del *cristianismo*. ¡Dios mismo ofreciéndose, en sacrificio, para pagar las deudas del hombre, Dios pagándose a sí mismo, Dios redimiendo al hombre de lo irredimible, el acreedor ofreciéndose por su deudor, por *amor* (¿quién lo creería?), por amor a su deudor!...

Digitized by Google

Ya se habrá adivinado *lo que* sucedió con todo esto y bajo el velo de todo esto: esta tendencia a torturarse a sí mismo, esta crueldad del animal-hombre rechazada hacia su vida interior, encerrándose con espanto dentro de su individualidad, sujeto por el "Estado", para ser domesticado, inventor de la mala conciencia, para hacerse daño, después de que la vía *natural* de satisfacción de este deseo de hacer daño le fué prohibida—este hombre de la mala conciencia se aprovechó de la hipótesis religiosa para llevar su propio suplicio a un espantoso grado de dureza y de intensidad—.

Una obligación para con *Dios*: este pensamiento llegó a ser para él un instrumento de tortura; halló en Dios los mayores contrastes con sus irremisibles instintos animales; transmutó estos instintos en faltas para con Dios (hostilidad, rebelión, levantamiento contra el "señor", el "padre", el antepa-

Digitized by Google

sado y el principio del mundo); se plantó bonitamente entre "Dios" y el "diablo", y comenzó a negarlo todo, a negarse a sí mismo, a negar la naturaleza, lo natural, la realidad de su ser, pasando en seguida a afirmar lo real, lo vivo, lo verdadero: Dios, Dios santo, Dios justo, Dios verdugo, el Más Allá, el suplicio infinito, el infierno, lo inmenso del castigo y de la falta. Hay una especie de demencia de la voluntad en esta crueldad psíquica, para la cual no es posible hallar equivalente: esta *voluntad* del hombre de hallarse culpable y réprobo, hasta el punto de hacer imposible la expiación; esta *voluntad* de ser castigado, sin que el castigo pueda jamás compensar la falta; esta *voluntad* de infectar y de envenenar el sentido íntimo de las cosas con el problema del castigo y de la falta y de cerrarse la salida de este laberinto de "ideas fijas"; esta *voluntad* de erigir un ideal—el ideal "del Dios santísimo"—para, a la vista de este ideal, darse cuenta exacta de su absoluta indignidad. ¡Oh, triste y loca bestia humana! ¡A qué fantasías absurdas y *contra natura*, a qué paroxismo de demencia, a qué *bestialidad de pensamiento* se deja arrastrar en cuanto se le impide ser *bestia de acción!*...

Digitized by Google

Todo esto es en extremo interesante; pero si se mira demasiado en este abismo se siente uno invadido por una enervante y desgarradora tristeza que obliga a huir con prisa de este espectáculo. No hay duda de que nos hallamos ante una *enfermedad,* la más terrible que jamás haya existido entre los hombres; y el que todavía sea capaz de oír (en nuestros días no hay oídos en donde harían falta), de oír resonar—en esta noche de tortura y de absurdo—el grito de *amor,* el grito de éxtasis inflamado de deseo, el grito de la redención por el *amor,* éste, volverá la cabeza embargado por un horror invencible... ¡Hay en el hombre tantas cosas espantosas! ¡Fué la tierra, durante tanto tiempo, una casa de locos!...

Digitized by Google

Con esto bastará, de una vez para siempre, sobre el origen del "Dios santo". Pero, *por sí misma,* la concepción de los dioses, no implica necesariamente esta humillación de la imaginación que no hemos tenido más remedio que reconstituir por un momento; hay modos más *nobles* de utilizar la ficción de los dioses, que esta autocrucifixión y este envilecimiento del hombre, que han sido la obra maestra de la humanidad en estos mil y pico años últimos; para convencerse de ello basta poner la mirada en los *dioses de Grecia,* en estas imagenes de hombres más nobles y más orgullosos, en quienes el *animal* se sentía divinizado en el hombre y *no* se despedazaba a sí mismo, lleno de furor.

Muy al contrario, estos griegos se sirvieron durante mucho tiempo de sus dioses para inmunizarse contra toda veleidad de "mala conciencia", para tener el derecho de gozar en paz de su libertad de alma: por con-

Digitized by Google

siguiente, en sentido opuesto al concepto que de un Dios ha formado el cristianismo. Estos soberbios niños terribles de corazón de león, fueron muy lejos en este camino; incluso la autoridad de un Zeus homérico les da a entender a menudo que van demasiado lejos. "Es extraño"...—dice en una ocasión—se trata del caso de Egisto (1), un caso muy espinoso:

¡Es extraño ver de qué modo los mortales
se quejan de los dioses!
¡Sólo de nosotros procede el mal, *a hacerles*
[caso!
Sin embargo, también ellos
crean con sus locuras, a pesar del destino,
sus propias desdichas, su fracaso.

Pero se observa y se nota que este espectador, este juez olímpico, está muy lejos de desearles mal, ni de guardarles ningún rencor por esto: "¡Están *locos!*"; así piensa a la vista de las faltas de los mortales: la "locura", lo "irrazonable", un poco de "trastorno en el cerebro"; he aquí lo que igualmente

(1) Egisto fué uno de los Atridas, hijo de Tiestes y de Pelopea.—N. DEL T.

Digitized by Google

admitían los griegos de la época más vigorosa y esforzada, para explicar el origen de muchas cosas enojosas y fatales: ¡Locura, y *no* pecado! ¿Comprendéis?... Y aún este trastorno cerebral es para ellos un problema: "¿Cómo es posible esta perturbación? ¿Cómo puede producirse en cabezas como las de nosotros, hombres de origen noble, nosotros hombres dichosos, bien nacidos, distinguidos, elegantes, virtuosos?" Tal fué la cuestión que, durante siglos, se planteaba el griego noble ante todo crimen o delito incomprensible a sus ojos, pero con el cual se había manchado un hombre de su casta. "Es preciso que un dios le haya cegado", decía finalmente levantando la cabeza... Este subterfugio es *típico* entre los griegos...

He aquí cómo los dioses servían entonces para justificar hasta cierto punto a los hombres; incluso en sus malas acciones servían para interpretar la causa del mal; en aquellos tiempos no tomaban sobre sí el castigo, sino, *lo que es más noble:* la falta...

Digitized by Google

Termino planteando tres problemas: "¿Se eleva o se derrumba aquí un ideal?", se me preguntará tal vez... Pero, ¿os habéis preguntado alguna vez a vosotros mismos a qué precio es posible en este mundo la construcción de *un* ideal?; ¿de qué modo la realidad ha sido para ello calumniada y desconocida, de qué modo ha sido necesario santificar la mentira, perturbar las conciencias y sacrificar las divinidades? Para que pueda edificarse un santuario, *es preciso que otro sea destruído:* esta es la ley; ¡preséntesemе un caso en que se haya conculcado!

Nosotros, hombres modernos, somos los herederos de una vivisección de conciencias, de un mal tratamiento ejercido sobre nosotros mismos, a través de millares de años. Es a esto a lo que estamos acostumbrados, es en ello donde ejercemos una especie de dominio y en ello ponemos siempre nuestro

Digitized by Google

refinamiento, la perversión de nuestro gusto. El hombre ha mirado demasiado tiempo "con prevención", sus inclinaciones naturales, de suerte que estas inclinaciones han acabado por ser del mismo género que la "mala conciencia".

Una tentativa contraria no sería *en sí* nada imposible; pero, ¿quién sería lo bastante fuerte para acometerla? Se trataría en este caso de identificar con la mala conciencia todas las inclinaciones *antinaturales,* todas las aspiraciones hacia el más allá, contrarias a los sentidos, a los instintos, a la naturaleza, al animal, en una palabra, todo lo que hasta el presente ha sido considerado como ideal, todo ideal enemigo de la vida, todo ideal que calumnia al mundo. ¿A quién dirigirse hoy día con tales esperanzas y tales pretensiones?... Tendría contra sí, precisamente, a los hombres de bien; y por añadidura, como es lógico, a los indolentes, conciliadores, vanidosos, exaltados o deprimidos... ¿Hay cosa que hiera más, que separe más profundamente, que el dejar adivinar algo de la altanera severidad que usa uno consigo mismo? Y, por el contrario, ¡qué benevolencia, qué afecto nos testimonia todo el mundo, desde el momento en que ha-

Digitized by Google

cemos lo que todo el mundo y nos dejamos llevar como todo el mundo!...

Para alcanzar este objeto se necesitaría *otro* género de espíritus que los de nuestra época; espíritus robustecidos para la guerra y para la victoria, para quien la conquista, la aventura, el peligro, incluso el dolor se han transformado en verdaderas necesidades; se necesitaría la costumbre del aire vivo de las alturas, la costumbre de las marchas invernales, la costumbre de los hielos y de las montañas, en la más amplia acepción de la palabra; se necesitaría igualmente una especie de perversidad sublime, una malicia suprema y consciente del saber, que pertenece a la plena salud; se necesitaría, en una palabra—y es triste decirlo— esto: una *gran salud*. ¿Pero es posible esto hoy día?... En una época cualquiera, en un tiempo más vigoroso que el débil y pusilánime actual, será necesaria la llegada a nosotros del hombre *redentor* del gran amor y del gran desprecio, el espíritu creador cuya fuerza de impulsión le llevará cada vez más lejos de todos los "junto a" y de todos los "más allá", el hombre cuya soledad será ignorada por los pueblos, como si fuera una *huída* ante la realidad: cuando lo que ha-

Digitized by Google

rá, será enterrarse, abismarse *dentro* de la realidad, para volver a traer un día—cuando retorne para la redención de esta realidad—el rescate de la maldición que el ideal actual ha hecho caer sobre ella. Este hombre del porvenir que nos libertará al mismo tiempo del ideal actual y *de lo que forzosamente debía surgir de este ideal,* del gran tedio, de la voluntad de la nada y del nihilismo, esta campanada del mediodía y del juicio final, este libertador de la voluntad que devolverá al mundo su finalidad y al hombre su esperanza, este anticristo y antinihilista, este vencedor de Dios y de la nada, *es preciso* que venga un día...

Digitized by Google

25

Pero ¿qué tenía que decir ahora? ¡Basta! ¡Basta! En este punto ya sólo me queda hacer una cosa: guardar silencio; si no, invadiría un terreno al que únicamente tiene acceso alguien más joven que yo, alguien de más "porvenir", alguien más fuerte que yo; me refiero a *Zaratustra, Zaratustra el impío...*

Digitized by Google

TERCERA DISERTACION

¿CUÁL ES EL SENTIDO DE TODO IDEAL ASCÉTICO?

> Despreocupados, burlones, violentos—así nos quiere la sabiduría—. Es mujer y nunca amará sino al guerrero.
>
> (Así hablaba Zaratustra).

I

¿Cuál es el sentido de todo ideal ascético? Entre los artistas unas veces no significa nada y otras significa muchas cosas; entre los filósofos y los sabios, significa algo como un olfato y un instinto para las condiciones favorables a una espiritualidad elevada; entre las mujeres, todo lo más, un encanto, una seducción *más*, un poco de *morbidezza* sobre sus bellas carnes, lo que un

Digitized by Google

bonito animal un poco gordo tiene de ángel; entre los desventurados y los desequilibrados desde el punto de vista fisiológico (es decir, entre la *mayoría* de los mortales), el intento de llegar a encontrarse "demasiado buenos" para este mundo, una forma sagrada del libertinaje, su arma capital en la lucha contra el dolor lento y el fastidio; entre los sacerdotes la verdadera fe sacerdotal, su mejor instrumento de poder, y también su "supremo" derecho al poder; entre los santos, en fin, un pretexto para el letargo invernal, su *novissima gloriæ cupido,* su reposo en la nada ("Dios"), una manifestación de su demencia: En resumen: lo que resalta de toda esta diversidad de tendencias del ideal ascético en el hombre, es el carácter esencial de la voluntad humana, su *horror vacui; le hace falta una finalidad* y prefiere mejor querer la *nada* antes que *no querer*. ¿Se me comprende?... ¿Se me ha comprendido?... "*¡Decididamente, no, señor!*" Comencemos, pues, por el principio.

Digitized by Google

2

¿Cuál es el sentido de todo ideal ascético?; o, para tomar un caso particular sobre el cual se me ha consultado con frecuencia, ¿qué interpretación debe darse, por ejemplo, al hecho de que un artista como Ricardo Wagner, haya rendido homenaje a la castidad, en su vejez? Verdad es que, en un cierto sentido, nunca hizo otra cosa; pero sólo al final tomó este homenaje un sentido ascético. ¿Qué significa este cambio de "sentido", esta radical conversión de tendencia?; porque debido a ella Wagner pasó de un salto a su antítesis. ¿Qué es lo que significa este paso de un artista a su antítesis? Si nos detenemos en esta cuestión un momento, nos viene en seguida el recuerdo de la que quizá fué la mejor época de Wagner, la época más fuerte, más alegre y más *valiente:* era cuando le preocupaba la profunda idea de las "Bodas de Lutero". ¡Quién sabe el azar que nos ha proporcionado, en lugar de esta mú-

Digitized by Google

sica nupcial, la de los *Maestros Cantores!;* y en ésta, ¿cuántos ecos no hay de aquélla? De lo que no cabe duda es de que en las "Bodas de Lutero" no se hacía un elogio de la castidad ni tampoco—es cierto—un elogio de la sensualidad. Esto me parece justo y lo es igualmente desde un punto "wagneriano"; porque entre la castidad y la sensualidad no existe, necesariamente, una oposición; todo buen matrimonio, toda pasión discreta del corazón se halla por encima de esta oposición.

A mi entender, Wagner hubiera hecho bien en presentar al espíritu de sus alemanes esta *agradable* verdad, con ayuda de una comedia audaz y graciosa que hubiera representado la historia de Lutero, porque entre los alemanes ha habido siempre muchos calumniadores de la sensualidad, y quizá el mayor mérito de Lutero fué el haber tenido el valor de su *sensualidad* (entonces se decía —no sin dulzura—"la libertad evangélica")... Sin embargo, aun en el caso en que exista realmente esta oposición entre la castidad y la sensualidad, le falta mucho—afortunadamente—para ser una oposición trágica. Parece, efectivamente, que todos los mortales sanos y equilibrados distan de admitir,

Digitized by Google

sin más discusión, este equilibrio inestable entre "el ángel y la bestia", a título de principio contradictorio de la existencia; los más agudos y los más diáfanos, como Hafiz, como Goethe, han llegado a ver en ello un atractivo *más*. Estas oposiciones son precisamente las que hacen amar la vida... Por otra parte, no hay que decir que cuando los infortunados animales de Circe (1) (¡y hay tales animales!) son conducidos a adorar la castidad, no ven ni adoran más que lo opuesto... ¡Oh!, ¡con qué trágico gruñir y con qué ardor—puede uno figurárselo—adoran este contraste doloroso y absolutamente superfluo que Ricardo Wagner, en el fin de su vida, quiso musicalizar y sacar a escena! *¿Con qué objeto?,* se preguntará, como es natural; porque, ¿qué le importaban a él y qué nos importan a nosotros los animales de Circe?

(1) Hechicera, que aparece en la «Odisea», de Homero, y que transformó en cerdos a los compañeros de Ulises ofreciéndoles una bebida encantada.—N. DEL T.

Digitized by Google

Sin embargo, no debemos rehuir esta otra cuestión: en realidad, ¿qué le importaba esta viril (¡ay!, tan escasamente viril) "simplicidad campestre", este pobre diablo, este hijo de la naturaleza llamado Parsifal, a quien acaba haciéndole católico por medios tan insidiosos? ¡Cómo!: este Parsifal, ¿lo tomaba Wagner en *serio?* A decir verdad se siente uno tentado de suponer y aun de desear lo contrario, es decir, que el *Parsifal* de Wagner hubiera sido concebido en broma, como una especie de epílogo divertido y como drama satírico, con el cual hubiera querido Wagner el trágico, de una manera conveniente y digna de él, despedirse de nosotros, de sí mismo y—ante todo—de la *tragedia,* y esto por medio de una maliciosa parodia de lo trágico, de toda esta terrible seriedad terrestre y de las antiguas miserias mundanas; parodia de una forma vencida, *la más*

Digitized by Google

tosca de cuanto hay de antinatural en el ideal ascético. Esto hubiera sido—repito—un digno desenlace para un gran trágico que, como todo artista, no alcanza la cúspide más elevada de su grandeza hasta que aprende a contemplar *a sus pies* su propia personalidad y su propio arte, es decir, cuando aprende a *reírse* de sí mismo.

El *Parsifal,* de Wagner, ¿es la oculta sonrisa del maestro, la sonrisa de superioridad que se burla de sí misma, el triunfo de su última, de su suprema libertad de artista, de su "más allá" de artista? Podríamos, vuelvo a repetir, desear que así fuese; porque, ¿qué sería *Parsifal tomado en serio?* ¿Es necesario ver en él (para usar de una expresión empleada en mi presencia), el producto de un odio feroz contra la ciencia, el espíritu y la sensualidad? ¿Un anatema contra los sentidos y contra el espíritu concentrado en un mismo aliento de odio? ¿Una apostasía y un cambio de frente hacia el ideal de un cristianismo enfermizo y oscurantista? En fin, ¿una negación de sí mismo, una destrucción de sí mismo, por parte de un artista que hasta entonces—con toda la potencia de su voluntad—había trabajado en la tarea contraria, es decir, en *la espiritua-*

Digitized by Google

lización y la sensualización supremas, no sólo de su arte, sino también de su vida?

Recuérdese el entusiasmo con que antaño siguió Wagner las huellas del filósofo Feuerbach. La frase de Feuerbach "la sana sensualidad" resonó como la palabra redentora—por excelencia—durante los años treinta y cuarenta de este siglo, para Wagner como para muchos alemanes (se llamaban a sí mismos "la *joven* Alemania"). ¿Terminó por *cambiar de opinión,* a este respecto? Parece que, cuando menos, quiso *cambiar su doctrina...* Y no sólo desde lo alto del escenario, con las trompetas de Parsifal: en las vacilantes lucubraciones, tan poco libres como poco consecuentes, de sus últimos años, hay cien lugares en que se traiciona un deseo secreto, una voluntad fatigada, incierta, inconfesada, de predicar un verdadero retorno atrás, de predicar la conversión, la negación, el cristianismo y la edad media, y de decir a sus discípulos: "¡Todo esto no es nada!; ¡buscad la salvación en otro lugar!" Y llega en un pasaje hasta invocar "la sangre del Redentor"...

Digitized by Google

4

Es preciso que diga cuál es mi manera de pensar en lo que a este caso se refiere; por lastimoso que sea es muy típico: se procederá correctamente, separando a tal extremo el artista de su obra que sólo a ésta se tome en serio. En definitiva, él no es más que la condición primera de su obra, el seno maternal, el humus, y—en ciertas circunstancias—el abono del estercolero sobre el cual, fuera del cual, brota; por consiguiente, es algo que en la mayoría de los casos debe darse al olvido, si se quiere gozar de la obra.

El estudio del *origen* de una obra concierne al fisiólogo y al vivisector de espíritus; pero nunca, ¡nunca jamás!, a los estetas, a los artistas. Al poeta y al creador de *Parsifal* no le podrá ser perdonado un ahondamiento profundo y terrible, una identificación con los contrastes psíquicos de la edad media, un aislamiento hostil, lejano de todo cuanto se asemeje a elevación, a severidad y

Digitized by Google

a disciplina del espíritu, una especie de *perversidad intelectual* (valga la palabra), del mismo modo que no se perdonan a una mujer encinta los caprichos y las rarezas de su embarazo más que en consideración al regocijo del futuro niño. Es preciso guardarse de la confusión en que cae el artista con demasiada facilidad, por *contigüidad* psicológica—para hablar como los ingleses—, como si él *fuera* aquello que representa, imagina y expresa. En realidad, si así estuviera conformado, no sabría representarse, imaginarse ni expresarse; Homero no hubiera creado un Aquiles, ni Goethe hubiera creado un Fausto, si Homero hubiera sido Aquiles y Goethe hubiera sido Fausto.

Un artista perfecto y completo está, para siempre, separado de la "realidad"; se comprende, por otra parte, que a menudo se sienta llevado a la desesperación por la eterna "irrealidad" de la eterna falsedad de su existencia íntima y que entonces intente pasar a un mundo que le está vedado, el mundo real; que quiera *ser* realmente. ¿Tendrá alguna posibilidad de éxito el intento? Fácilmente se adivina... Tal es la *veleidad típica* del artista; esta veleidad que sedujo a Wagner anciano y que tan duramente debió

Digitized by Google

expiar (perdió sus más preciosas amistades). En fin; abstracción hecha de esta veleidad, ¿quién no desearía de un modo general, por Wagner mismo, que se hubiera despedido de nosotros *de otro modo,* que se hubiera despedido de su arte, no con *Parsifal,* sino de una manera más victoriosa, más firme, más wagneriana, de una manera menos engañosa, menos ambigua en relación al conjunto de sus tendencias, menos schopenhaueriana, menos nihilista?...

Digitized by Google

5

¿Cuál es, pues, el sentido de todo ideal ascético? Para el caso del artista, comenzamos a comprenderlo: *¡ninguno!*... O, quizá sea tan múltiple que para el caso es como si no existiese... Eliminemos por lo pronto a los artistas; su independencia dentro del mundo y con respecto al mundo, no es tan grande para que sus opiniones y los cambios sufridos por estas opiniones, merezcan por sí mismas interés. Fueron en todo tiempo los humildes lacayos de una moral, de una filosofía o de una religión; sin contar que demasiado a menudo, ¡ay!, han sido dóciles cortesanos de sus admiradores y de sus adeptos, y desvergonzados aduladores de los poderosos antiguos y modernos. Necesitan, cuando menos, un muro, un apoyo, una autoridad sobre qué cimentarse.

Los artistas jamás van solos, la independencia es contraria a sus instintos esenciales. Así, Wagner, por ejemplo, escogió al filó-

Digitized by Google

sofo Schopenhauer cuando "llegó el momento" de elegir un jefe, una base. ¿Cómo se puede ni siquiera imaginar que tuviera el valor de escoger un ideal ascético, sin estar cubierto por la filosofía de Schopenhauer, sin la autoridad de Schopenhauer, llegada a su apogeo en el año setenta? (sin contar que en la *nueva* Alemania un artista que no hubiera estado lleno de sentimientos de piedad, respecto del Imperio, naturalmente (1), hubiera sido imposible. Y henos aquí frente a la cuestión más grave: ¿qué significación hay que dar al hecho de que un *verdadero* filósofo rinda homenaje al ideal ascético, un espíritu que reposa sobre su propia base, como Schopenhauer, un hombre y un caballero de mirada de bronce, que tiene el valor de su personalidad, que sabe ir solo, que no tiene necesidad ni de un jefe, ni de mandatos emanados de algo más alto?

Examinemos aquí, inmediatamente, la posición de Schopenhauer frente a frente de *el arte,* posición singular y hasta fascinante para ciertos hombres; porque fué visiblemente esto lo que hizo pasar *desde el pri-*

(1) Nietzsche alude aquí al célebre tropo que Schiller presenta en el monólogo del «Guillermo Tell: Die Milch der frommen Denkungsart».—N. DEL T.

Digitized by Google

mer momento a Wagner al lado de Schopenhauer (siguiendo el consejo de un poeta, Herwegh), y esto con tal convicción que existe una violenta y completa oposición entre su fe estética de los primeros tiempos y la que adoptó más tarde; aquélla encuentra su expresión en *Opera y Drama,* por ejemplo; ésta en las obras publicadas después de 1870. Es de señalar que ¡cosa extraña!, Wagner cambió desde el primer momento, sin escrúpulo, su opinión sobre el valor y la situación de la misma *música;* ¡qué le importaba que hasta entonces hubiera hecho de ella un recurso, un médium, una "mujer" que para fructificar tenía absoluta necesidad de un objeto—de un hombre—, es decir, del drama! De un vistazo comprendió que, con la teoría y la innovación de Schopenhauer, podía hacerse más, *in majorem musicæ gloriam*—me refiero a la *soberanía* de la música tal como Schopenhauer lo entendía: la música colocada aparte, enfrente de las demás artes—, *y no* como las otras artes simple reflejo del mundo de los fenómenos, sino lenguaje de la misma voluntad, hablando directamente desde el fondo del "abismo", como su revelación más personal, más fundamental, más inmediata.

Digitized by Google

Con este extraordinario aumento en la estimación de la música, tal como resurgía de la filosofía de Schopenhauer, se elevaba al mismo tiempo de manera colosal el aprecio en que se tenía al *músico*: se le transformaba en un oráculo, en un sacerdote, más aún, en una especie de porta-estandarte de la esencia de las cosas, un teléfono del más allá; desde entonces no hablaba solamente en música, este ventrílocuo de Dios; hablaba en metafísica; ¿qué de extraño si un día acaba hablando por medio del *ideal ascético?*

Digitized by Google

6

Schopenhauer sacó ventajas de la concepción kantiana del problema estético, aunque no lo considerase con ojos kantianos. Kant pensó rendir homenaje al arte cuando entre los predicados de la belleza, hizo destacar y puso en evidencia los que constituyen el honor del conocimiento: la impersonalidad y la universalidad. No es este el lugar adecuado para discernir si fué esto o no un error capital; quiero solamente subrayar aquí que Kant, como todos los filósofos, en lugar de estudiar el problema estético, tomando como base la experiencia del artista (del creador), no ha meditado acerca del arte y de la belleza más que como "espectador", e insensiblemente ha introducido el "espectador" en el concepto "bello". ¡Y si al menos este "espectador" hubiera sido suficientemente conocido por los filósofos de la belleza! ¡Si hubiera sido en ellos un gran hecho *personal*, una experiencia, el resultado de una mul-

Digitized by Google

titud de experiencias originales y sólidas, de deseos, de sorpresas, de entusiasmo sobre la belleza!

Pero temo mucho que siempre ocurrió todo lo contrario. De manera que desde el primer momento nos dan definiciones en las que—como en la célebre definición que de lo bello da Kant—hay una falta de experiencia personal delicada, que se parece mucho al gusano del error fundamental.

"Bello—dice Kant—es lo que nos agrada sin que el *interés* se mezcle en ello". ¡Sin interés! Comparad con tal definición esta otra, que procede de un verdadero "espectador" y de un artista, Stendhal, quien llama a la belleza *una promesa de felicidad.* En todo caso, vemos aquí *recusado* y eliminado lo que Kant hacía resaltar especialmente en el sentimiento estético: *el desinterés.* ¿Quién de ambos tiene razón? ¿Kant o Stendhal? Verdad es que si nuestros estetas echan en la balanza, en favor de Kant, la afirmación de que bajo el encanto de la belleza es posible mirar "de una manera desinteresada", incluso un desnudo femenino, nos será permitido reírnos un poco a sus expensas. Las experiencias de los *artistas* acerca de este delicado extremo son por lo me-

Digitized by Google

nos "más interesantes" y Pigmalión no era *necesariamente* un hombre "inestético".

La inocencia de nuestros estetas se refleja en parecidos argumentos; ¡recordemos, por ejemplo, lo que Kant dice, con la ingenuidad de un pastorcillo, acerca de las particularidades del sentido tactil, en honra suya! Pero volvamos a Schopenhauer que— a pesar de relacionarse con el arte en muy otra medida que Kant lo hizo—sin embargo, no pudo librarse de la influencia de la definición kantiana. ¿Cómo explicar esto? La cosa es bastante extraña: la expresión "sin interés", él la interpretó de la manera más personal, guiado por una experiencia que en él debió ser de las más ordenadas.

Sobre pocas cosas habla Schopenhauer con tanta seguridad como sobre los efectos de la contemplación estética: pretende que reacciona precisamente contra "el interés" *sexual,* poco más o menos como lo harían la lupulina y el alcanfor; nunca cesó de glorificar *esta* manera de libertarse de la "voluntad", esta gran ventaja y utilidad de la condición estética. Se siente uno tentado a preguntar si la condición fundamental de "voluntad y representación", si la idea de que no se puede liberar de la "voluntad" más

Digitized by Google

que por medio de la "representación", no ha surgido simplemente de una generalización de esta experiencia sexual. (En todas las cuestiones que se relacionan con la filosofía de Schopenhauer no hay que olvidar—digámoslo de pasada—que se trata de la concepción de un joven de veintiséis años, de suerte que es propia no sólo de Schopenhauer, sino de este período juvenil de la existencia.)

Fijémonos, por ejemplo, en uno de los pasajes más expresivos, entre otros muchos, que escribió en honor de la condición estética *(El Mundo como voluntad y como representación,* I, 231); escuchemos el acento de dolor, de felicidad, de gratitud que pone en sus palabras: "Esta es la ataraxia que Epicuro proclamaba como soberano bien, del cual hacía partícipes a los dioses; mientras esta condición dura, nos vemos libres de la odiosa necesidad del querer, celebramos la fiesta sabbática del baño de la voluntad, la rueda de Ixion se detiene"... ¡Cuánta vehemencia en estas palabras! ¡Qué imágenes de sufrimiento y de inmenso tedio! ¡Qué oposición, de una intensidad casi enfermiza, entre aquel único "momento" y el resto de la vida!: ¡"la rueda de Ixion", "el baño de la

Digitized by Google

voluntad", "la odiosa necesidad de querer"!... Pero aun suponiendo que Schopenhauer, en lo que a sí mismo se refiere, tuviera cien veces razón, ¿qué habríamos adelantado para comprender la esencia de lo bello? Schopenhauer ha descrito un efecto de lo bello, el efecto calmante sobre la voluntad, pero tal efecto, ¿es acaso normal? Stendhal, naturaleza no menos sensual, pero más equilibrada que Schopenhauer, hace resaltar, ya lo hemos visto, otro efecto de lo bello: "la belleza es una *promesa* de felicidad." Para él es precisamente *la excitación de la voluntad* (del interés) por la belleza, lo que constituye el punto más importante.

En fin, ¿no podría objetarse a Schopenhauer que se apoya indebidamente sobre Kant, que no ha comprendido enteramente de una manera kantiana, la definición kantiana de lo bello, que a *él* también le agrada lo bello a causa de un "interés" y de un interés muy grande y muy personal: el del atormentado liberado de su suplicio?... Y, volviendo a nuestra primera cuestión: "¿Qué *sentido* hay que atribuir al hecho de que un filósofo rinda homenaje al ideal ascético?": Henos aquí llegados a una prime indicación: quiere *ser libertado de una tortura.*

Digitized by Google

7

Guardémonos de dar a la palabra "tortura" un aire lúgubre: precisamente en este caso hay mucho que decir en contrario, mucho que rebajar y hay también mucho de qué reír. No olvidemos, sobre todo, que Schopenhauer, que ha tratado a la sexualidad como a enemiga personal (a la sexualidad y también a su instrumento, a la mujer, este *"instrumentum diaboli"*), tenía necesidad de enemigos para permanecer de buen humor; no olvidemos la predilección que mostraba por las palabras coléricas, por las palabras provocativas, por las palabras llenas de odio y de bilis; que se enfadaba por enfadarse: por pasión; que hubiera caído enfermo, que se hubiera hecho *pesimista* (porque, no lo era, por mucho que lo deseaba), sin sus enemigos, sin Hegel, sin la mujer, sin la sensualidad, sin la voluntad de vivir, de permanecer en este mundo. Podría apostarse mucho a que sin todo esto, Scho-

Digitized by Google

penhauer *no* hubiera permanecido: hubiera huído; pero sus enemigos le sujetaban, sus enemigos le ofrecían siempre nuevas seducciones en la existencia, su cólera era—igual que para los cínicos de la antigüedad—un bálsamo, un descanso, su rescate y su remedio contra el tedio, su *felicidad*.

Esto basta para explicar el lado más personal del caso de Schopenhauer; pero hay otra cosa en él que le es típica y esto nos trae a nuestro problema. Incontestablemente, desde que hay filósofos sobre la tierra y donde quiera que los hay (desde la India hasta Inglaterra, para abarcar los polos opuestos en las capacidades filosóficas), se da una verdadera animosidad, un rencor filosófico hacia la sensualidad: Schopenhauer representa la explosión más elocuente y—para quien sepa apreciarlo—la más subyugadora y encantadora. Y, al mismo tiempo, se observa en los filósofos una ternura muy particular hacia el ideal ascético: esto sin ningún género de duda. Una y otra particularidad pertenecen al tipo: Estad ciertos de que un filósofo que carezca de ambas no es más que un "pretendido" filósofo.

¿Qué *significa* esto? Porque es necesario interpretar desde el primer momento este es-

Digitized by Google

tado de cosas: *en sí* es un hecho que permanecerá estúpido para la eternidad, como es caso para toda "cosa en sí". Todo animal, el *animal filosófico* como los demás, tiende instintivamente hacia un *optimum* de condiciones favorables en medio de las cuales pueda desplegar su fuerza y alcanzar la plenitud del sentimiento de su poder; todo animal tiene, además, un horror instintivo y una especie de olfato sutil "superior a toda razón" para toda clase de perturbaciones y obstáculos que aparezcan o puedan aparecer en la ruta hacia *el optimum (no* hablo de su ruta hacia la felicidad, sino de su ruta hacia el poder, hacia la acción, hacia la mayor actividad, lo que en la mayoría de los casos es una ruta hacia la desgracia).

Por esta razón, el filósofo tiene horror al *matrimonio* y a todo lo que a él conduce, porque en él ve un obstáculo fatal en su camino hacia *el optimum*. ¿Quién estaba casado entre los grandes filósofos? No lo estaban Heráclito, Platón, Descartes, Spinoza, Leibnitz, Kant, Schopenhauer; aún más: no podríamos *imaginarlos* casados. Un filósofo casado toma parte en *la comedia,* tal es mi tesis: la única excepción es Sócrates, el malicioso Sócrates, y más bien parece haberse

Digitized by Google

casado por ironía, precisamente para demostrar la verdad de *esta* tesis. Todo filósofo debiera decir, como antaño Buda, cuando le anunciaron el nacimiento de un hijo: "Un pequeño demonio me ha nacido; un nuevo estorbo se ha forjado para mí." Para todo "espíritu libre", debería llegar una hora de reflexión en el supuesto de que antes hubiera tenido otra irreflexiva; una hora tal como tuvo el mismo Buda: "Estrechamente limitada—se dijo—es la vida en casa, mansión de impureza; la libertad consiste en abandonarla"; "y, penetrado de esta idea abandonó su casa."

En el ideal ascético son tantas las puertas abiertas hacia la *independencia,* que un filósofo no puede escuchar, sin una viva alegría y sin aprobación interior, la historia de estos hombres resueltos que un día se negaron a toda servidumbre, y se marcharon a un desierto: fueron, por lo menos almas fuertes, ya que no espíritus fuertes. ¿Qué sentido, pues, se debe incorporar al ideal ascético de un filósofo? He aquí mi respuesta (que por otra parte se habrá adivinado hace mucho tiempo): el filósofo se sonríe a la vista de este *optimum* de las condiciones necesarias para la espiritualización más audaz y

Digitized by Google

elevada; pero *no* por ello niega "la existencia"; afirma, por el contrario, *su* propia existencia y *solamente* su existencia, hasta el extremo de no estar tal vez muy lejos de este deseo criminal: *pereat Mundus, fiat philosophia, fiat philosophus fiam!...*

Digitized by Google

¡Bien se ve que estos filósofos no son, en modo alguno, testigos y jueces incorruptibles en el examen del *valor* del ideal ascético! Ellos piensan en sí mismos, ¡qué les importa "la santidad"! Piensan en lo que les es más indispensable: verse libres de la necesidad, del desorden, del ruido, de los negocios, de los deberes, de las inquietudes; en tener lúcido el espíritu; en que haya juego, movilidad, vuelo en sus ideas; en tener un aire puro, ligero, claro, libre, seco, como el que se respira en las alturas en donde toda animalidad adquiere alas y se hace más espiritual; piensan en que el silencio reine en todas las cosas subterráneas; en que los perros estén bien sujetos a sus cadenas: ni ladridos hostiles ni rencores de pesadas zarpas; en que no exista el gusano roedor del orgullo herido; quieren entrañas modestas y sumisas, obedientes como ruedas de molino, sin que les ocasionen preocupaciones; en te-

Digitized by Google

ner el corazón aparte, alejado, futuro, póstumo; en resumen: ellos entienden por ideal ascético el alegre ascetismo de un animal que se ha divinizado, que ha volado de su nido y va revoloteando por encima de la vida sin posarse sobre ella. Sabidos son los tres carteles de muestra del ideal ascético: pobreza, humildad y castidad; ahora examínense de cerca las vidas de todos los grandes espíritus fecundos e inventivos y se hallarán siempre, en cierto grado, estas tres palabras; ¡pero *en manera alguna,* entiéndase bien, como si se tratase de sus "virtudes"!—tal especie de hombres no se preocupa de las virtudes—, sino como condiciones propias y naturales al *florecimiento* de su existencia, a su *mayor* fecundidad.

Con todo esto es muy posible que su espiritualidad dominante hubiera tenido de antemano que poner freno al orgullo desenfrenado e irritable, a la sensualidad petulante que, por naturaleza, poseyeran; o que tuvieran un dolor infinito en mantener su voluntad del "desierto" contra una inclinación a lo delicado y a lo raro, así como contra una magnífica liberalidad que prodiga los dones del corazón y de la mano. Pero su espiritualidad ha actuado precisamente por ser el ins-

Digitized by Google

tinto *dominante* que impone su ley a los demás instintos; y continúa actuando del mismo modo todavía; de otra manera no dominaría. No es, por consiguiente, cuestión de "virtudes".

Por lo demás, el *desierto* de que he hablado hace un momento, el desierto en el que se retiran y se aislan los espíritus fuertes de naturaleza independiente, ¡qué distinto es de como lo suponen las gentes cultas! Con frecuencia son ellos mismos, estos civilizados, este desierto. ¡Cierto es que los comediantes del espíritu no sabrían acomodarse a él; para ellos sería poco romántico, poco siriaco, poco desierto de ópera cómica! No carece de camellos, pero a esto se limita la semejanza.

Una oscuridad voluntaria; una huída de sí mismo; una profunda aversión por el ruido, por la admiración, por el periódico, por la influencia; un pequeño empleo, algo cotidiano que oculte más bien que ponga en evidencia; muchas veces la sociedad de los animales domésticos, de los pájaros alegres e inofensivos, cuya contemplación conforte; montañas que acompañen, no montañas muertas, sino con *ojos* (es decir, con lagos); a menudo un simple cuarto en un hotel cual-

Digitized by Google

quiera lleno de gente, en donde se esté seguro de perderse entre la multitud y de poder impunemente charlar con todo el mundo; he aquí el "desierto"! Me podéis creer: es bastante solitario. El "desierto" a que se retiró Heráclito—los pórticos y los peristilos del inmenso templo de Diana—fué más digno de él; estoy de acuerdo: ¿por qué *carecemos* nosotros de templos semejantes? (pero tal vez no carezcamos de ellos; pienso en este instante en mi mejor cuarto de trabajo de la *piazza di San Marco,* a condición que sea en primavera y entre diez y doce de la mañana).

Pero lo que Heráclito quería evitar es lo que nosotros, *también nosotros,* queremos evitar igualmente: el ruido y la charlatanería democrática de los efesios, su política, las noticias que traen del "Imperio" (ya se comprende que me refiero a Persia), su pacotilla de "hoy día"; porque, nosotros, los filósofos, tenemos necesidad, sobre todo, de una clase de reposo: el reposo de las cosas de "hoy día". Nosotros veneramos lo que es tranquilo, frío, noble, lejano, pasado, todo aquello, en fin, cuyo aspecto no obligue al alma a defenderse y a guarecerse; toda cosa de la que se pueda hablar sin *levantar* la

Digitized by Google

voz. Escúchese simplemente el timbre que toma la voz de un espíritu cuando habla: cada espíritu tiene su timbre especial. Escuchad, por ejemplo, a éste: debe ser un agitador, es decir, una cabeza hueca, un puchero vacío (1); todo lo que aquí entra resurge inflado, trastornado, atolondrado por el eco del gran vacío. Este otro habla siempre con voz ronca: ¿se le habrá constipado el cerebro a fuerza de *pensar?* Es posible: interróguese a los filósofos; pero el que piensa por medio de *palabras,* piensa en orador y no en pensador (demuestra que en el fondo no imagina los objetos, no piensa objetivamente, sino sólo en las relaciones que tiene con los objetos, consigo mismo; no se imagina más que a sí mismo y a sus oyentes). Ved este otro: su lenguaje es insinuante, se nos echa encima, su aliento nos roza; involuntariamente cerramos la boca aunque nos hable por intermedio de un libro; el timbre de su estilo nos da la explicación que buscamos; le falta el tiempo, apenas tiene fe en sí mismo, y si no habla hoy no hablará nunca.

(1) Aquí Nietzsche hace un juego de palabras con «Hohlkopf» y «Hohltopf», sin traducción posible.— N. DEL T.

Digitized by Google

Pero un espíritu que está cierto de sí mismo, habla dulcemente, busca la oscuridad, se hace esperar. Al filósofo se le reconoce porque evita tres cosas brillantes y ruidosas: la gloria, los príncipes y las mujeres; lo cual no quiere decir que no vengan a él. Huye de la luz demasiado viva: igualmente huye de su tiempo y del "día" que esparce. En esto procede como una sombra: cuanto más desciende el sol, más larga se hace la sombra. En cuanto a su "humildad", también se adapta, como se adapta a la oscuridad, a una cierta dependencia y a un cierto incógnito. Más aún: teme al rayo, se espanta de la inseguridad de un árbol demasiado aislado y demasiado expuesto, sobre el que todo mal tiempo descarga su humor, todo mal humor, su tempestad. Su instinto "maternal", el secreto amor que en él anida, le aconseja prescindir del deber de cuidar de *sí mismo,* del mismo modo que el instinto de la *madre* en la mujer, ha mantenido siempre la situación dependiente de la mujer. Piden bien poco estos filósofos: su divisa es: "el que posee es poseído"; y esto—no me cansaré de repetirlo—no por virtud, no por una voluntad de frugalidad y de sencillez que tendría su mérito, sino porque su soberano

Digitized by Google

dueño lo exige con sabiduría, imperiosamente, este dueño que no tiene en su pensamiento más que una sola cosa, y que no reune ni economiza más que para esto, tiempo, fuerza, amor e interés.

A esta especie de hombres no les agrada verse perturbados ni por las amistades ni por las enemistades; olvidan y desprecian con facilidad. Les parece de mal gusto hacer el papel de mártir, "*sufrir* por la verdad"; dejan esto para los ambiciosos y los comediantes del espíritu, para todos los que andan sobrados de tiempo; (ellos, los filósofos, *obran* para la verdad). Se muestran parcos en palabras retumbantes: incluso la palabra "verdad" diríase que les disgusta; les parece algo ampulosa... En lo que se refiere a la castidad de los filósofos, es evidente que la fecundidad de este género de espíritus se manifiesta de otro modo que por la progenitura; y de otro modo también la continuación de su nombre después de su muerte, su pequeña inmortalidad (en la India antigua—entre los filósofos—se expresaban con menos modestia todavía: "¿para qué quiere descendientes aquel cuya alma es el mundo?") No hay aquí nada que se asemeje a la castidad por escrúpulo ascético u odio de

Digitized by Google

los sentidos, como tampoco hay castidad cuando un *jockey* o un atleta se abstiene de mujeres; es que así se lo exige—por lo menos en la época de la gran incubación—su instinto dominante.

Todo artista sabe cuán nocivo es, en los días de gran tensión de espíritu y de preocupación intelectual, el comercio con las mujeres; para los más poderosos y los más instintivos de entre ellos, la experiencia, la dura experiencia, no es necesaria; es el instinto "maternal" el que dispone aquí, en beneficio de la obra en formación, de todas las otras provisiones, de todos los aflujos de fuerza, de vigor de la vida animal: la fuerza más grande *absorbe* a la más pequeña.

Utilizando esta interpretación puede explicarse el caso de Schopenhauer, del que he hablado precedentemente: la contemplación de la belleza obraba evidentemente en él como un estimulante sobre la *fuerza principal* de su naturaleza (la fuerza de reflexión y la penetrante observación); esta fuerza, haciendo explosión, se constituía en dueña de la conciencia Esto de ningún modo excluye la posibilidad de que esta dulzura particular y esta plenitud que son características de la condición estética, tomen su origen en el in-

Digitized by Google

grediente "sensualidad", (fuente de origen, también, del idealismo de las jovencitas en la edad de casarse). Así, la sensualidad no quedaría suprimida desde el momento en que se manifiesta la condición estética, como era la opinión de Schopenhauer, sino solamente transfigurada de manera que no volvería a aparecer en la conciencia como excitación sexual. (Volveré a insistir otra vez sobre este punto al tratar de problemas aun más delicados, que pertenecen al inexplorado y oscuro dominio de la *Fisiología de la Estética).*

Digitized by Google

9

Ya hemos visto cómo cierto ascetismo, un renunciamiento de buen grado, enérgico y sereno, forma parte de las condiciones favorables a una espiritualidad superior y es, al mismo tiempo, una de las más naturales consecuencias de esta espiritualidad. No hay, por consiguiente, que asombrarse de que los filósofos hayan siempre tratado con una prevención favorable al ideal ascético. Un detenido exámen histórico demuestra que todavía es más estrecho y más fuerte el lazo que une a la filosofía con el ideal ascético; hasta podría decirse que la filosofía aprendió a dar sus primeros pasos, sus primeros vacilantes pasos sobre la tierra, sostenida por los *andadores* del ascetismo; ¡ay!, ¡con qué torpeza, con qué gruñón semblante se movía este chiquitín, débil y tímido, de torcidas piernas, este pobre chiquitín, ay, siempre en peligro de caer al suelo!

Al principio sucedió con la filosofía lo que con todas las cosas buenas: en mucho tiempo

Digitized by Google

no tienen el valor de sí mismas y miran continuamente a su alrededor buscando quien les preste ayuda, y, además, tienen miedo de cuantos las contemplan. Pasemos revista, unos a continuación de otros, a los instintos y a las virtudes del filósofo: su instinto de duda, su instinto de negación, su instinto de expectación, su instinto analítico, su instinto aventurero de investigación y de experiencia, su necesidad de comparación y de compensación, su deseo de neutralidad y de objetividad, su deseo de todo *sine ira et studio;* ¿no se sabe que durante mucho tiempo todo esto era considerado contrario a todas las exigencias de la moral y de la conciencia?; (para no hablar de la *razón,* que Lutero gustaba de llamar "Doña Razón", *la astuta);* ¿que un filósofo que *hubiera* adquirido la conciencia de sí mismo, debió sentirse en seguida el *nitimur invetitum* encarnado y que, en consecuencia, se *guardaría* mucho de "percibirse", de tener conciencia de sí?...

Repito que otro tanto ha sucedido con todas las cosas buenas de las cuales nos enorgullecemos al presente; incluso juzgando de toda nuestra moderna manera de ser, con las normas de los antiguos griegos (no sien-

Digitized by Google

do ella debilidad sino poder) aparece como algo híbrido e impío; porque son precisamente las cosas opuestas a las que hoy día honramos, las que durante mucho tiempo han tenido a la conciencia de su parte y a Dios por guardián. Híbrida es hoy día nuestra actitud enfrente de la naturaleza, la violencia que ejercemos sobre la naturaleza con ayuda de nuestras máquinas y del espíritu inventivo y sin escrúpulos de nuestros ingenieros y nuestros técnicos; híbrida nuestra posición frente a frente de Dios, de esta especie de araña de imperativo y de finalidad que se oculta detrás de la gran tela, la gran red de la causalidad; podríamos decir como Carlos el Temerario en lucha con Luis XI: *Je combats l'universelle araignée* (1); híbrida nuestra posición con respecto a *nosotros mismos,* porque hacemos sobre nosotros experiencias que no osaríamos hacer sobre ningún animal y seccionamos nuestra alma viva con curiosidad y satisfacción. ¡Qué nos importa la "salud" del alma! Además, ya nos curaremos nosotros mismos.

Estamos persuadidos de que la enfermedad es más instructiva que la salud; los *ino-*

(1) En francés en el orgínal.—N. DEL T.

Digitized by Google

culadores de enfermedades parecen hoy día más útiles que los médicos o "salvadores", de la clase que sean. Ejercemos violencia sobre nosotros mismos, nosotros—cascanueces del alma—que planteamos problemas, siendo problemas nosotros mismos, como si la vida no consistiera en más que en cascar avellanas; debemos necesariamente hacernos cada día más dignos de ser interrogados, más *dignos* de interrogar y tal vez, al mismo tiempo, más dignos, ¿de vivir...? Todas las cosas buenas fueron antaño cosas malas; todo pecado original se ha transformado en virtud original. El matrimonio fué considerado, por ejemplo, por mucho tiempo, como un atentado a los derechos de la comunidad; se pagaba una multa por haber cometido la imprudencia de querer apropiarse una mujer (con esto se relaciona el *jus primæ noctis,* que, aun hoy día, es en Cambodge, el privilegio del sacerdote, guardián de "las buenas costumbres viejas"). Los sentimientos dulces, benevolentes, conciliadores, compasivos—que más tarde alcanzaron un valor tan alto que han llegado casi a ser "los valores por excelencia"—por mucho tiempo se atrajeron el desprecio: se sonrojaba uno de la dulzura como hoy día de la dureza

Digitized by Google

(comparad en *Más allá del Bien y del Mal.* afor 260). La sumisión al *derecho.* ¡Ah! ¡Qué revolución de conciencia, en todas las razas nobles del mundo, cuando les fué necesario renunciar a la *vendetta* para someterse al poder del derecho!

El "derecho" fué durante mucho tiempo un *vetitum,* un crimen, una innovación. Se instituyó con violencia, *como* un poder que no se acepta más que avergonzándose de uno mismo. Cada uno de nuestros pasos sobre la tierra ha sido pagado en otro tiempo a costa de suplicios corporales e intelectuales; la idea de que "no solamente la marcha hacia adelante ¡no!, sino un solo paso, un movimiento, un cambio, han necesitado innumerables mártires", esta idea tiene, hoy día sobre todo, algo de muy extraño para nosotros. Lo aclaré en *Aurora,* afor. 18: "Nada se compró tan caro—se afirma en este pasaje—como este poco de razón humana y de sentimiento de libertad de que nos enorgullecemos hoy día". Pero, debido precisamente a este orgullo nos vemos casi imposibilitados para considerar los inmensos períodos de la "moralización de las costumbres" que precedieron a la "historia universal" como la única historia capital, impor-

Digitized by Google

tante y decisiva que fijó el carácter de la humanidad. ¡Entonces que en todas partes el dolor se tomaba por virtud, el disimulo por virtud, la sed de venganza por virtud, el renegar de la razón por virtud; el bienestar era mirado como un peligro, el deseo de saber como un peligro, la paz como un peligro, la compasión como un peligro, la misericordia como un oprobio, el trabajo como una vergüenza, la demencia como cosa divina, la *conversión* como la inmoralidad y la corrupción por excelencia!"

Digitized by Google

10

En la misma obra (afor. 12) expuse en qué poca estima, bajo qué *peso* de desprecio ha debido vivir la antigua raza de hombres contemplativos—despreciada en la misma medida que no era temida. La contemplación hizo sin duda su primera aparición sobre la tierra bajo una forma disfrazada, con un aspecto equívoco, un flojo corazón y a menudo con el miedo acusado en el semblante Lo que había de inactivo, de soñador, de pusilámine en los instintos de los hombres contemplativos, les rodeó durante mucho tiempo de una atmósfera de desconfianza: contra esto no había otro remedio que inspirar un *terror* profundo.

Los viejos brahmanes, por ejemplo, lo entendían bien: los más antiguos filósofos sabían dar a su existencia, a su aspecto exterior, un sentido, un apoyo, un fondo que los hacía temibles; mirada la cosa de cerca había en esto una necesidad fundamental; la

Digitized by Google

de asegurarse a sus propios ojos, frente a frente de sí mismos, el temor y el respeto; al ver en sí mismos todos los juicios de apreciación vueltos *contra* sí, tenían que vencer toda sospecha y oposición contra "el filósofo que en ellos existía". Como hombres de épocas terribles, recurrieron a medios terribles: la crueldad contra sí mismos, la mortificación más ingeniosa, fueron los principales medios empleados por estos ermitaños sedientos de poder, por estos innovadores espirituales, cuando tuvieron que comenzar por hacer violencia en su fuero interno a los dioses y a la tradición para poder *creer,* ellos mismos, en su innovación. Recordaré aquí la célebre historia del rey Vichvamitra, que extrajo de las torturas que se había impuesto durante mil años un sentimiento tal de poder, una confianza tal en sí mismo, que emprendió la construcción de un *nuevo cielo;* este es el inquietante símbolo de todo antiguo y nuevo destino de un filósofo sobre la tierra.

Quien quiera que haya edificado un "nuevo cielo", en la época que sea, no ha hallado la fuerza necesaria más que en *su propio infierno*... Resumamos los hechos en fórmulas breves: el espíritu filosófico ha debido

Digitized by Google

comenzar siempre por disfrazarse y enmascararse, tomando prestado de los tipos del hombre contemplativo *precedentemente formado,* o sea de los tipos del sacerdote, del adivino, del hombre religioso en general, para ser solamente *posible,* en cualquier medida que esto sea: el *ideal ascético* ha servido durante mucho tiempo al filósofo, de apariencia exterior, de condición de existencia; se veía forzado a *representar* este ideal para poder ser filósofo y se veía forzado a *creer* en él para poderlo representar.

Esta actitud peculiar al filósofo que le hace alejarse del mundo, esta manera de ser que reniega del mundo, que se muestra hostil a la vida, incrédula, austera, que se ha considerado hasta nuestros días como *la actitud filosófica por excelencia;* esta actitud es, ante todo, una consecuencia de las condiciones obligadas, indispensables al nacimiento y al desarrollo de la filosofía; porque, durante muchísimo tiempo *la filosofía no hubiera sido de ningún modo posible sobre la tierra,* sin una máscara y un disfraz ascético. Para expresarme de una manera más concreta y que salte a la vista: el sacerdote ascético se ha presentado hasta nuestros días bajo la forma más repugnante y tenebrosa,

Digitized by Google

bajo la forma de oruga, la única que da al filósofo el derecho de llevar su rastrera existencia... ¿Han cambiado verdaderamente las cosas? Este peligroso insecto alado, de mil colores, "el espíritu", que estaba recubierto por el capullo, ¿ha podido al fin, gracias a un mundo más lleno de sol, de calor y de claridad, abandonarlo para lanzarse a la luz? ¿Existe hoy día bastante orgullo, audacia, bravura, conciencia de sí mismo, voluntad de espíritu, deseo de responsabilidad, *libre albedrío* sobre la tierra para que, de aquí en adelante, *sea posible* "el filósofo?"...

Digitized by Google

II

Ahora que nos hemos detenido a considerar el *sacerdote ascético,* abordemos seriamente nuestro problema: ¿Cuál es el sentido del ideal ascético? Al presente es únicamente cuando la cosa se hace "seria"; tenemos ante la vista los verdaderos *representantes del espíritu serio.* "¿Cuál es el sentido de todo lo serio?" Esta pregunta, aun más fundamental, está ya quizá en nuestros labios; es una pregunta para los fisiólogos, sobre la cual nosotros sólo nos ocuparemos provisionalmente. El sacerdote ascético extrajo de este ideal no ya sólo su fe, sino también su voluntad, su poder, su interés. Su derecho a la vida existe y desaparece con este ideal: ¿qué de extraño que tropecemos aquí con un terrible adversario si, al fin y al cabo, nos tropezamos con alguien que lucha por su existencia, contra los negadores de su ideal?

De otro lado, apenas es verosímil, a pri-

Digitized by Google

mera vista, que una posición tan interesada, frente a frente de nuestro problema le sea particularmente útil; el sacerdote ascético tal vez no será el hombre verdaderamente designado para defender su ideal, por la misma razón que la mujer fracasa siempre en sus tentativas para defender a "la mujer" —menos todavía podrá ser un buen juez y observador objetivo de la presente controversia. Será preciso, pues, con toda probabilidad, ayudarle a defenderse contra nosotros, más bien que temer ser agobiados por él...

Lo que aquí se debate es la manera que tienen los sacerdotes ascéticos de *apreciar* nuestra vida: esta vida (con todo lo que con ella se relaciona: "la naturaleza", "el mundo", toda la esfera de lo transitorio y del *Werden)* la relacionan con una existencia completamente distinta que está en contradicción con ella y que la excluye *a menos* que no se vuelva contra sí misma, que no *reniegue* de sí; en este caso, en el caso de una vida ascética, esta vida sirve de tránsito para aquella otra existencia. Para el asceta la vida es el camino del error, de donde es preciso volver sobre sus pasos hasta el punto de partida; o bien, es una equivocación que se

Digitized by Google

subsana, que se *debe* subsanar por la acción; porque él exige que se le siga, él impone—allí donde puede hacerlo—su concepto de la existencia ¿Qué significa esto? Un concepto tan monstruoso no constituye en la historia del hombre ni un caso excepcional, ni una rareza: es uno de los hechos más generales y repetidos que puedan darse.

Leídas desde un lejano planeta las letras mayúsculas de nuestra existencia terrestre, se llegaría tal vez a la conclusión de que la tierra era el verdadero *planeta ascético,* un rincón de criaturas descontentas, arrogantes y repugnantes que no pueden librarse del profundo desagrado que se causan a sí mismas, que les causan el mundo y la existencia, y que querrían hacerse daño a sí propias: su único placer, aparentemente. Consideremos que, de ordinario, casi siempre y en todas partes, el sacerdote ascético ha hecho su aparición; no es exclusivo de una raza determinada: prospera en todos lados, en todos los rangos sociales; y no porque propague su manera de apreciar por vía herencial, al contrario, un profundo interés le impide, en tesis general, propagarse. Debe tratarse de una necesidad de orden superior que hace crecer y prosperar sin cesar esta especie *hos-*

Digitized by Google

til a la vida; la vida misma debe tener un interés particular en no dejar perecer este tipo contradictorio. Porque la vida ascética es una flagrante contradicción; un resentimiento sin ejemplo domina en ella—el de un instinto insatisfecho—el de un deseo de poder que quisiera hacerse el amo, no de cualquier cosa en la vida, sino de la vida misma, de sus condiciones más profundas, más fuertes, más fundamentales; ha hecho una tentativa de utilizar la fuerza para agotar la fuente de la fuerza; se ve su mirada de odio y de maldad volverse incluso contra la prosperidad fisiológica, en particular contra la expresión de esta prosperidad: la belleza, la alegría; mientras que las cosas incompletas, degeneradas: el sufrimiento, la enfermedad, la falsedad, el daño voluntario, la mutilación, las mortificaciones, el sacrificio de sí mismo, son *buscados* con verdadero regocijo.

Todo esto es paradójico en sumo grado: nos encontramos aquí delante de una desunión que *se desea* desunida, que *goza* de sí misma por este sufrimiento y que se hace cada día más segura de sí y más triunfante, a medida que su condición preciosa, su vitalidad fisiológica va en *descenso*. "El

Digitized by Google

triunfo, precisamente en la última agonía": el ideal ascético ha combatido siempre bajo este signo extremo; en este enigma de seducción; en este cuadro de entusiasmo y de sufrimiento, ha hallado siempre su más pura luz, su salvación, su victoria definitiva. *Crux, nux, lux;* para él, estas tres cosas se confunden en una.

Digitized by Google

Supongamos que una voluntad tan formal de contradicción y de ir contra naturaleza sea llevada a *filosofar;* ¿sobre qué se encaprichará más sutilmente? Indudablemente sobre aquello que se haya considerado como verdadero, con más certidumbre; buscará el *error* en el mismo lugar en que el instinto de la vida haya colocado la verdad. Por ejemplo, como hicieron los ascetas de la filosofía vedanta, considerará como ilusión la materia, el dolor, la pluralidad y todo el concepto antitético "sujeto y objeto", ¡todo esto serán errores, puros errores! Rehusar creer en su "yo", negar su propia realidad, ¡qué triunfo!; no solamente sobre los sentidos, sobre la apariencia visible, no; sino un género de triunfo mucho más elevado: la dominación cruel y violenta de la *razón;* una voluptuosidad que llega a su acmé, cuando el desprecio ascético de la razón, que despiadadamente se burla de sí misma, decreta: "¡Hay un reino de la verdad y del ser, pero la ciencia es-

Digitized by Google

tá excluída de él!..." (Dicho de pasada: en el concepto kantiano del "carácter inteligible de las cosas" quedan residuos de esta división, de la que los ascetas hacen un deleite, de esta división que ama volver la razón contra la razón; en efecto: "el carácter inteligible" en Kant corresponde a una especie de constitución de las cosas, de la cual el intelecto comprende justamente lo preciso para darse cuenta de que para él es *absolutamente ininteligible.)*

Sin embargo, en nuestra calidad de investigadores del conocimiento no seamos ingratos para tales cambios de las perspectivas y las apreciaciones habituales, con las que el espíritu se ha hecho guerra tanto tiempo a sí mismo, inútilmente en apariencia y de una manera sacrílega; pero sólo el hecho de ver de otra manera, de *querer* ver de otra manera, no es mediocre disciplina ni defectuosa preparación del intelecto para su futura "objetividad", entendiendo ésta no en el sentido de "contemplación desinteresada" (esto no tiene sentido, es un absurdo), sino como facultad de *tener en su mano* el pro y el contra, utilizando ambos en provecho del conocimiento, incluso en las perspectivas y en las interpretaciones pasionales.

Digitized by Google

Pongámonos en guardia, pues, de ahora en adelante, señores filósofos, contra esta confabulación de conceptos antiguos y peligrosos que ha precisado un "sujeto de conocimiento, sujeto puro, sin voluntad, sin dolor, libertado del tiempo". Pongámonos en guardia contra los tentáculos de nociones tan contradictorias como "razón pura", "espiritualidad absoluta", "conocimiento en sí"; aquí se nos pide siempre pensar en un ojo que no se puede imaginar, un ojo que —a toda costa—debe tener una mirada sin dirección, cuyas funciones activas e interpretativas, las únicas justificadoras de la acción de ver, estén entremezcladas y ausentes. Se nos pide, por consiguiente, que el ojo sea algo insensato y absurdo. No existe más que una visión perspectiva, un "conocimiento perspectivo"; y *cuanto más* entre en juego nuestro estado afectivo frente a frente de una cosa, *tanto más* tendremos ojos para contemplarla y más completa será nuestra "noción" de esta cosa, nuestra "objetividad". Pero, eliminar en general la voluntad, suprimir enteramente las pasiones, suponiendo que tal cosa nos fuera posible, ¿no equivaldría esto a *castrar* la inteligencia?...

Digitized by Google

13

Pero volvamos sobre nuestros pasos. Es claro que la contradicción de sí, tal como parece manifestarse en el asceta, "la vida *contra* la vida", es simplemente un absurdo, tanto desde el punto de vista fisiológico como psicológico. No debe ser más que *aparente;* debe ser una especie de expresión provisional, una interpretación, una fórmula, una adaptación, un error psicológico de alguna cosa de la que—durante mucho tiempo—no se pudo comprender la verdadera naturaleza, no se pudo reconocer la *verdadera* esencia: una palabra, nada más que una palabra, cobijada en una vieja grieta del conocimiento humano.

Establezcamos brevemente la realidad de los hechos: *el ideal ascético tiene su origen en el instinto profiláctico de una vida en vías de degeneración,* que busca el modo de curarse, que se esfuerza en conservarse por todos los medios, que lucha por la existen-

Digitized by Google

cia; es el índice de una depresión y de un agotamiento fisiológico parcial, contra los cuales se levantan sin cesar los instintos más profundos y más puros de la vida, con invenciones y artificios siempre nuevos. El ideal ascético es uno de estos medios; es, por consiguiente, todo lo contrario a lo que se imaginan los admiradores de este ideal: en él y por él la vida lucha con y *contra* la muerte: el ideal ascético es un procedimiento del arte de *conservar* la vida. Si pudo —tal como la historia indica—apoderarse en tal grado del hombre y hacerse dueño de él, especialmente por doquier la civilización y la democratización se han llevado a cabo, resulta de esta comprobación un hecho importante: *el estado morboso* del tipo hombre, tal como ha existido hasta el presente, por lo menos del hombre domesticado; la lucha fisiológica del hombre contra la muerte (mejor dicho: contra el tedio de la vida, la fatiga, el deseo del "fin").

El sacerdote ascético es la encarnación del deseo del "otro lado", del "más allá"; él es el sumo grado de este deseo, su fervor y su pasión verdadera; pero la *fuerza* misma de su deseo le encadena aquí abajo, le utiliza como instrumento de trabajo para

Digitized by Google

crear las condiciones más favorables al hombre de aquí abajo; y es, precisamente, esta fuerza la que sujeta a la vida todo este rebaño de defectuosos, desviados, desgraciados, desdichados y enfermos de toda especie, rebaño del cual él es, instintivamente, el pastor. Se me habrá comprendido ya: este pastor ascético, que en apariencia es el enemigo, *el negador* de la vida, forma precisamente parte de las grandes fuerzas conservadoras y afirmadoras de la vida... ¿De qué depende, pues, este estado morboso? Porque el hombre es el animal más enfermo, más incierto, más cambiante y más inconstante que existe, sin duda alguna: es el animal enfermo *por excelencia;* ¿de dónde le viene esto? Seguramente es que osó, innovó, desafió y provocó al destino en mayor medida que todos los demás animales reunidos: él, el gran experimentador que experimenta sobre sí mismo, el insatisfecho, el insaciable que lucha por el poder supremo con el animal, la naturaleza y los dioses; él, el indomado todavía, el sér del futuro eterno que no encuentra reposo para su fuerza, impulsado sin cesar por la ardiente espuela que el porvenir hunde en la carne del presente; él, el animal más valien-

Digitized by Google

te, el de sangre más rica, ¿cómo no habrá de verse expuesto a las más prolongadas y terribles de las enfermedades que afligen al animal?... Bastantes tuvo el hombre; con frecuencia estallaron verdaderas epidemias de este hastío de vivir (así ocurrió hacia 1348, en los tiempos de la danza macabra); pero este mismo tedio, esta fatiga, este desprecio de sí mismo; todo esto desborda de él con tanta violencia que en seguida crea nuevas ligaduras. La negación que él lanza a la vida, da a luz—como por milagro—nuevas afirmaciones más delicadas; sí: incluso cuando se *hiere,* este soberano destructor, destructor de sí mismo, es la herida la que le obliga a *vivir*...

Digitized by Google

Si el estado morboso es a tal punto normal en el hombre—lo cual no podemos negar—en tanta mayor estima se deberán tener los raros ejemplares de robustez psíquica y corporal, los *accidentes afortunados* en la especie humana y tanto más cuidadosamente habrá que preservar los séres robustos del aire impuro, del aire viciado. ¿Se procede así?... Los enfermos constituyen el mayor peligro para los sanos; las desdichas de los más fuertes hay que achacarlas a los más débiles. ¿Se sabe esto?... En resumen: no debe desearse un decrecimiento del terror inspirado por el hombre: porque este terror obliga a los fuertes a serlo, y, en ciertos casos, a ser terribles; él mantiene en su integridad el tipo del hombre robusto.

Lo que hay que temer, lo que es más desastroso que ningún otro desastre—no es el gran temor—, sino el gran tedio del hombre, no menos que la gran piedad por el

Digitized by Google

hombre. Suponed que un día se unieran estos dos elementos: inmediatamente darían al mundo, de un modo inevitable, esta cosa, monstruosa entre todas: la "última" voluntad del hombre, su voluntad de la nada, el nihilismo. Y, en efecto, todo está preparado para este fin. El que percibe, no únicamente con su nariz, sino también con los ojos y los oídos, adivina, casi por doquiera que vaya hoy día, la atmósfera especial de la casa de locos y del hospital; se entiende que hablo de los dominios de cultura del hombre, de toda especie de "Europa" que hay en este mundo. Los *enfermizos* son el mayor peligro del hombre; y *no* los malos, *no* los "animales de presa". Los desgraciados, los vencidos, los impotentes por naturaleza, son ellos, los más *débiles,* quienes entre los hombres, minan la vida, envenenan y hacen vacilar nuestra confianza en ella, en el hombre, en nosotros mismos. ¿Cómo escapar a esta mirada fatal que llena de profunda tristeza?: esta mirada que nos llega de los descontentos de siempre, que nos explica el lenguaje que los tales emplean; esta mirada que es un suspiro: "¡Ah! ¡Si yo pudiera ser otro, no importa quién!—así suspira esta mirada—; pero no hay esperanza: soy quien

Digitized by Google

soy; ¿cómo podría desembarazarme de mí mismo? Y, sin embargo..., *¡estoy cansado de mí mismo!...*"

Sobre este terreno del desprecio de sí mismo, el más pantanoso que se conoce, brota esta mala hierba, esta planta venenosa, ruín, disimulada, pérfida y dulzona. Aquí hormiguean los gusanos del odio y del rencor; el aire está impregnado de olores secretos e inconfesables; aquí se anudan sin descanso los hilos de una conjuración maligna: la conjuración de los dolientes contra los robustos y los triunfadores; aquí, hasta el aspecto del triunfador es *aborrecido*. Y ¡qué de mentiras para no confesar lo que hay de odio en su odio! ¡Qué despilfarro de palabras altisonantes y de gestos, qué arte para la calumnia "leal"! Estos mal nacidos: ¡qué torrente de noble elocuencia brota de sus labios! ¡Qué sumisión tan dulce, tan melífera, tan pegajosa en sus ojos vidriosos! En resumen, ¿qué es lo que quieren? Cuando menos *representar* la justicia, el amor, la prudencia, la superioridad; ¡tal es la ambición de estos "inferiores", de estos enfermos! Y ¡qué hábiles los hace tal ambición! Hay que admirar, sobre todo, su habilidad de monederos falsos que les lleva a imitar el cuño

Digitized by Google

de la virtud, incluso su tintineo, el son del oro. Es absolutamente exacto que, al presente, han tomado en arriendo la virtud, estos débiles, estos incurables: "Nosotros somos los únicos buenos, los únicos justos—gritan—; nosotros somos los únicos *homines bonæ valuntatis*". Circulan entre nosotros como vivientes reproches, como si quisieran servirnos de advertencias; como si la salud, la robustez, la fuerza, el orgullo, el sentimiento del poder fueran simplemente vicios que sería preciso expiar, expiar amargamente. ¡Porque, en el fondo, ellos mismos están dispuestos a *hacer* expiar, tienen sed de actuar como verdugos! ¡Hay entre ellos gran número de vengativos disfrazados de jueces, teniendo siempre en la boca, una boca de labios delgados, la emponzoñada baba que ellos llaman "justicia", y que están siempre dispuestos a lanzar, sobre todo el que no tenga el aire descontento, sobre todo el que —ligero de corazón— sigue su camino! ¡Tampoco falta entre ellos esta repugnante especie de gentes vanidosas, abortos embusteros que quieren representar el papel de "almas bellas" y lanzar al mercado, revestida de poesía y otras *fiorituras,* su sensualidad envenenada, adornada con el nombre

Digitized by Google

de "pureza de corazón"!: esta es la especie de los onanistas morales que se recrean en sí mismos. El enfermizo deseo de representar la superioridad bajo *cualquier* forma; el instinto para descubrir los caminos desviados que conducen a la tiranía sobre los hombres de buena salud, ¿no encontramos en todas partes esta aspiración de los débiles, precisamente de los más débiles, hacia el poder? Particularmente la mujer enferma: ningún sér la sobrepasa en refinamiento, cuando ella se propone dominar, oprimir, tiranizar; para llegar a alcanzar su objeto, la mujer enferma no perdona ni a los vivos ni a los muertos: desentierra lo que esté más profundamente enterrado (los bogos acostumbran a decir: "la mujer es una hiena"). Láncese una mirada sobre lo que ocurre en la intimidad de todas las familias, de todas las corporaciones y comunidades: en todas partes la lucha de los enfermos contra los sanos, una lucha secreta en la mayoría de los casos; lucha de polvos envenenados, de alfilerazos, de caras disimuladamente resignadas; muchas veces también con la intervención de este fariseísmo morboso de actitudes *ruidosas,* que simula "la noble indignación".

Digitized by Google

Hasta en el sacrosanto dominio de la ciencia quisiera hacerse escuchar este ronco ladrido indignado de los perros enfermizos, el furor del odio, el espíritu de mentira de estos nobles fariseos. (Recuerdo una vez más a los lectores que tengan oídos, a este berlinés, apóstol de la venganza—Eugenio Dühring—que en la Alemania contemporánea ha hecho el más inmoderado uso, y el más desagradable, del bombo moral: Dühring, el mayor charlatán moral de nuestra época, incluso entre sus iguales, los antisemitas.) En estos hombres del rencor, en estos desgraciados fisiológicos, en estos carcomidos, hay una escalofriante sed de venganza subterránea, insaciable, inagotable en sus explosiones contra los dichosos, ingeniosa en sus disfraces, en los pretextos que busca para ejercerse; ¿cuándo alcanzarán el triunfo definitivo, sublime, brillante de esta venganza?: Indudablemente, cuando lleguen a *arrojar en la conciencia* de los dichosos, su propia miseria y todas las miserias: de suerte que un día comenzarán éstos a sonrojarse de su dicha y a decirse, tal vez, los unos a los otros: "¡Produce vergüenza ser dichosos, *en presencia de tantas miserias!*"...

Pero ¡qué error tan grande y tan nefas-

Digitized by Google

to cometen los dichosos, los robustos, los poderosos de alma y cuerpo, que comienzan a dudar de su *derecho a la felicidad!*" ¡Atrás este "mundo al revés!" ¡Atrás este vergonzoso afeminamiento del sentimiento!; este afeminamiento que conduciría a que los enfermos contagiaran a los sanos. Tal debiera ser el punto de vista superior: y para alcanzarlo sería menester antes de nada que los sanos fueran *separados* de los enfermos, que sean protegidos hasta de la vista de éstos, que no se confundan con ellos; o bien, ¿será tal vez el deber de los sanos constituirse en enfermeros o en médicos?... No; obrando así es como desconocerían *su* deber de la manera más manifiesta: ¡el elemento superior no *debe* rebajarse nunca a ser instrumento del elemento inferior, el abismo de la distancia *debe* también, por toda la eternidad, separar los deberes respectivos! El derecho a la existencia de los sanos—es el privilegio de la campana íntegra y sonora, sobre la campana agrietada de cascado sonido—es de una importancia mil veces mayor: sólo ellos son la garantía del porvenir, sólo ellos son *responsables* de la humanidad. Lo que ellos pueden hacer, lo que deben hacer, jamás podrá ni deberá hacerlo un en-

Digitized by Google

fermo; pero *para* que ellos puedan hacer lo que es *su* único deber, ¿cómo sería posible permitirles, por otro lado, la libertad de actuar de médicos, de consoladores, de "salvadores" de los enfermos?... ¡Para esto dejad que entre el aire puro! ¡Evitad, sobre todo, la vecindad de los manicomios y de los hospitales de la civilización! ¡Tened buenas compañías, *nuestra* compañía! ¡O bien, cread la soledad si necesario fuera! Pero huid siempre de las perjudiciales emanaciones de la podredumbre interior y de los secretos ataques de la enfermedad. Obrando así, amigos míos, podremos defendernos, durante algunos años más, contra los dos contagios más terribles que, especialmente, nos amenazan: *¡contra el profundo tedio del hombre!, ¡contra la profunda compasión por el hombre!...*

Digitized by Google

Si se han comprendido en toda su profundidad (y exijo que, precisamente aquí, se *aprehendan,* se comprendan perfectamente) las razones que me hicieron afirmar que no era deber de los sanos cuidar ni curar a los enfermos, se habrán alcanzado las razones de otra necesidad: la necesidad de tener médicos y enfermeros que sean *enfermos ellos mismos;* y es ahora cuando poseemos, cuando asimos con ambas manos el sentido del sacerdote ascético. El sacerdote ascético debe ser para nosotros el salvador predestinado, el pastor y el defensor del rebaño enfermo: únicamente así podremos comprender su prodigiosa misión histórica. *La dominación sobre los que sufren:* he aquí el papel de cuyo desempeño les encarga su instinto y dentro del cual despliegan su arte especial, su maestría, su categoría de felicidad. Es preciso que él mismo sea un enfermo, que esté íntimamente unido a los enfer-

Digitized by Google

mos, a los desheredados, para poder comprenderlos, para poder entenderse con ellos Pero es necesario, al mismo tiempo, que sea fuerte, más dueño de sí mismo que de los otros, inquebrantable sobre todo en su voluntad de poder, a fin de poseer la confianza de los enfermos y de hacerse temer, a fin de ser para ellos un sostén, un escudo, una necesidad, un instructor, un tirano, un Dios. Tiene que defender su rebaño, ¿contra quién? Contra los sanos, indudablemente, pero también contra la envidia que los sanos inspiran. Debe ser el enemigo natural y el *denigrador* de toda salud y de todo poder, de todo lo que es rudo, salvaje, desenfrenado, duro, violento como en los animales de presa.

El sacerdote es la forma primitiva del animal *más delicado* que desprecia con más facilidad que odia. Sobre él pesará la necesidad de hacer la guerra a los animales de presa, una guerra de astucia (de "ingenio"), más que violencia, esto ni que decir tiene; para esto le será necesario asumir algunas veces, si no el tipo, por lo menos la *significación* de un animal de presa desconocido, en el que se verán confundidas—en formidable y atrayente consorcio—la crueldad del

Digitized by Google

oso blanco, la fría paciencia del tigre y, sobre todo, la astucia del zorro. Si la necesidad a ello le obliga, se adelantará gravemente, a la manera de un oso, respetable, frío, circunspecto, soberbiamente engañador, como un heraldo y un portaestandarte de misteriosos poderes, incluso en medio de otras especies de animales de presa, resuelto a hacer cuanto pueda para sembrar sobre este terreno el sufrimiento, la desilusión, la contradicción, ya que su única habilidad consiste en hacerse dueño de *los que sufren,* en toda ocasión. ¡Lleva consigo el bálsamo y el remedio, indudablemente! Pero tiene necesidad de herir antes de curar; y, después, al calmar el dolor causado por la herida, *deposita en ella su veneno.*

En esta tarea se ocupa este encantador, este domador, a cuya influencia, de un modo forzoso, todo sano se transforma en enfermo y todo enfermo se somete y se domestica. Por lo demás, este extraño pastor no defiende mal su rebaño enfermo: lo defiende contra sí mismo, contra la depravación, la malicia, el espíritu de rebelión que estalla en el rebaño, contra todas las afecciones características de los enfermos y de los dolientes, cuando están agrupados; lucha hábil y ruda-

Digitized by Google

mente, pero sin ruido, contra la anarquía y los gérmenes de disolución que sin cesar amenazan al rebaño, en donde se acumula la peligrosa materia explosiva del *rencor*. El desembarazarse de este explosivo sin que haga volar ni al rebaño ni al pastor, tal es su esfuerzo máximo y la justificación de su utilidad.

Si se quisiera reunir en una fórmula breve el valor de la existencia del sacerdote, se diría: el sacerdote es el hombre que *cambia la dirección del rencor*. En efecto; todo ser que sufre busca instintivamente la causa de su sufrimiento; y busca especialmente una causa animada, mejor dicho, una causa *responsable,* susceptible de sufrir a su vez; en una palabra, un ser vivo contra quien—el pretexto no importa—poder, de una manera efectiva o *en efigie,* descargar su pasión; para el ser que sufre, está en esto la suprema tentativa de alivio; me refiero al atontamiento, narcótico inconscientemente deseado contra toda especie de sufrimiento. Tal es, a mi juicio, la verdadera causa fisiológica del rencor, de la venganza y de todo lo que con ellos se relaciona: el deseo de *aturdirse contra el dolor por medio de la pasión.*

Generalmente se busca esta causa—equi-

Digitized by Google

vocadamente a mi modo de ver—en el contragolpe de la defensiva, en una simple medida protectora de la reacción, en un "movimiento reflejo" para los casos de daño o peligros repentinos, tal como lo haría una rana decapitada para huir del contacto de un ácido cáustico.

Sin embargo, existe una diferencia esencial; en uno de ambos casos se quiere impedir todo daño ulterior; en el otro se quiere *aturdir* un dolor agudo, oculto, que se ha hecho intolerable, por medio de una emoción más violenta, sea la que sea y lanzar fuera de la conciencia este dolor, aunque sea momentáneamente; para esto es necesaria una pasión, una pasión de las más salvajes y un pretexto que la sirva de acicate. "Alguien debe ser la causa de que yo me encuentre mal"; esta manera de pensar es propia de todos los enfermizos, tanto más cuanto que la verdadera causa de su malestar permanece oculta para ellos (puede ser que esto sea una lesión del nervio simpático, una hipercrinia de bilis, una sangre demasiado pobre en sulfato o en fosfato de potasio, un timpanismo del bajo vientre que detiene la circulación de la sangre, la degeneración de los ovarios, etcétera). Los que sufren son de un ingenio

Digitized by Google

y de una prontitud asombrosas para descubrir los pretextos de las pasiones dolorosas: gozan en sus sospechas, se quiebran la cabeza con motivo de malicias o de injusticias imaginarias, de que pretenden haber sido víctimas; examinan la entraña de su pasado y de su presente para encontrar allí algo sombrío y misterioso que les permita embriagarse con dolorosas desconfianzas, emborracharse con el veneno de su propia perversidad; abren con violencia viejas heridas, perdiendo su sangre por las cicatrices curadas hace mucho tiempo; sospechan que sus malhechores son sus amigos, su mujer, sus hijos, todos los allegados. "Yo sufro: alguien, seguramente, debe ser la causa de ello", así razonan todas las ovejas enfermas. Entonces su pastor, el sacerdote, ascético, les responde: "Es cierto, oveja mía, alguien debe ser la causa de ello; ¡pero eres tú mismo la causa de todo ello! *¡Tú mismo eres la causa de tu propio mal!...*" ¡Esto es bastante atrevido, bastante falso! Pero con ello se ha alcanzado por lo menos un resultado: *cambiar* la dirección del rencor.

Digitized by Google

Ahora se adivina ya, deduciéndolo del enunciado anterior, lo que ha intentado el instinto curatriz de la vida, teniendo por intermediario al sacerdote ascético y el uso que debió hacer, durante cierto tiempo, de la tiranía de los conceptos paradógicos y de paralogismos tales como "la falta", "el pecado", "el estado de culpa", "la perdición", "la condenación"; se trataba de hacer a los enfermos *inofensivos* hasta cierto punto, de acabar con los incurables volviéndolos contra ellos mismos, de dar a los enfermos una severa dirección hacia su propia persona, de hacer retroceder el rencor ("una cosa es necesaria"), y de *utilizar* de este modo los malos instintos de los que sufren para su propia disciplina, para su vigilancia, para su victoria sobre sí mismos. Claro que con tal medicación—un puro tratamiento de las pa-

Digitized by Google

siones—no puede hablarse de una verdadera *curación* de los enfermos en un sentido fisiológico; de igual modo no puede pretenderse que el instinto vital haya tenido la previsión o la intención de curar.

Una especie de concentración y de organización de los enfermos, por un lado (la palabra "Iglesia" es la designación más corriente de esto) y una especie de apartamiento de los sanos y bien constituídos, del otro; por consiguiente, un *abismo* entre los sanos y los enfermos; ¡y durante mucho tiempo esto fué todo! ¡Pero esto ya era mucho! ¡Esto era algo *enorme!*

Puede verse que en esta disertación parto de una hipótesis que no necesito demostrar a lectores tales como los que necesito. Hela aquí: "El estado de pecado" en el hombre no es un hecho, sino únicamente la interpretación de un hecho; a saber, de un malestar fisiológico considerado desde un punto de vista moral y religioso que no nos subyuga.

El que alguien se *sienta* "culpable" y "pecador", en ningún modo prueba que realmente lo sea, como el sentirse bueno de salud tampoco prueba que efectivamente se esté. Recuérdense a este respecto los famosos procesos de brujería: en aquella época los

Digitized by Google

jueces más clarividentes y más humanos no dudaban que existiera culpabilidad; las "mismas brujas" *no lo ponían en duda,* y, sin embargo, la culpabilidad no existía.

Demos a esta hipótesis una forma más amplia: el mismo "dolor psíquico" no lo considero como un hecho, sino únicamente como una explicación (de causalidad) de los hechos que todavía no se puede formular exactamente; es algo que flota en el aire y que la ciencia es impotente para señalar; en suma, una palabra de mucho bulto ocupando el lugar de un diminuto signo de interrogación. Cuando alguien no llega a percibir un "dolor psíquico", no es la falta—digámoslo francamente—de su alma, sino mucho más verosímilmente de su vientre (hablar con franqueza, no es sino exponer el deseo de ser entendido, de ser comprendido de esta manera)... Un hombre fuerte y bien dotado digiere los acontecimientos de su vida (comprendiendo en ellos los hechos y los crímenes), como digiere sus comidas, incluso cuando se ve obligado a engullir trozos correosos. Si no le sienta bien un acontecimiento, este género de indigestión es tan fisiológica como la otra y, con frecuencia, no otra

Digitized by Google

cosa en realidad, que una de sus consecuencias. Tal concepción, dicho sea entre nosotros, no nos impide seguir siendo decididos adversarios de todo materialismo...

Digitized by Google

Sin embargo, ¿es exactamente un *médico* este sacerdote ascético? Hemos visto cuán poco derecho tiene al título de médico, aunque mucho le agrade considerarse como "salvador" y dejarse venerar como tal. No combate más que el dolor mismo, el malestar del que sufre y *no* la causa de la enfermedad, *no* el verdadero estado morboso; este es nuestro mayor reproche contra la medicación sacerdotal. Pero colocados en el punto de vista que sólo conoce y ocupa el sacerdote, no acaba uno de admirarse de todo lo que, con semejante perspectiva él ha visto, buscado y hallado. El *alivio* del sufrimiento, el "consuelo" bajo todas sus formas; en este campo de acción se revela su genio; ¡con qué audacia y con qué presteza ha escogido los medios!...

Podría decirse, particularmente, que el cristianismo es un gran tesoro de las más ingeniosas fuentes de consuelo, pues lleva consigo lo que conforta, lo que modera y nar-

Digitized by Google

cotiza, habiendo arriesgado, para consolar, remedios peligrosos y temerarios; ha adivinado con olfalto sutil y refinado, de un refinamiento completamente oriental, los estimulantes que pueden vencer—aunque sea momentáneamente — la depresión profunda, la fatiga abrumadora, la negra tristeza del hombre fisiológicamente enfermo. Puede decirse que, en general, todas las grandes religiones han tenido como principal finalidad combatir una fatiga abrumadora que se había hecho epidémica.

Podría suponerse que de tiempo en tiempo, ciertas regiones del globo experimentan un *sentimiento de depresión,* de origen fisiológico, que necesariamente debe adueñarse de las grandes masas; sentimiento que, sin embargo — falto de conocimientos fisiológicos—, no reconoce su verdadera naturaleza, de suerte que sólo se busca la causa y el remedio en la psicología moral (esta es mi fórmula general para lo que comúnmente se llama *religión*).

Tal sentimiento de depresión puede tener un origen múltiple: puede nacer de un cruzamiento de razas demasiado heterogéneas (o de clases; ya que las clases siempre indican diferencias de nacimiento y de raza: el

Digitized by Google

spleen europeo, el "pesimismo" del siglo diez y nueve, son esencialmente la consecuencia de una mezcla de castas y de rangos, mezcla que se ha operado con loca rapidez); puede también provenir de las consecuencias de una emigración desgraciada—una raza equivocadamente colocada en un clima para el cual no estaba suficientemente adaptada (caso de los indianos en las Indias)—; o bien, puede ser el efecto tardío del envejecimiento y agotamiento de la raza (el pesimismo parisién, a partir de 1850), a menos que no obedezca a algún error dietético (el alcoholismo en la edad media; el absurdo de los vegetarianos que, es cierto, tuvo para él la autoridad del gentilhombre Cristóbal en Shakespeare); o una sangre viciada: malaria, sífilis, etc. (la depresión alemana de la postguerra de los treinta años, que cubrió de enfermedades contagiosas la mitad de Alemania, preparando así el terreno al servilismo y a la pusilanimidad alemanas).

En estos casos se busca siempre organizar una batalla de grandes proporciones *contra el sentimiento de malestar;* pongámonos rápidamente al corriente de sus prácticas y de sus formas más importantes. (Dejo, como es natural, completamente aparte la ba-

Digitized by Google

talla de los *filósofos* contra este sentimiento de malestar, batalla que siempre tiene lugar al mismo tiempo que la otra; es bastante interesante, pero demasiado absurda, demasiado indiferente desde el punto de vista práctico, demasiado sutil, demasiado observadora; por ejemplo, el pretender demostrar que el sufrimiento es un error, para citar la inocente hipótesis de que el sufrimiento desaparece cuando se le reconoce como tal error; pero, ¡lejos de eso!, continúa sin desaparecer...) Ante todo se combate este malestar dominante por medios que reducen el sentimiento de la vida a su más rudimentaria expresión. A ser posible, nada de voluntad, nada de deseo; evitar todo lo que excita la pasión, todo lo que hace "sangre" (no comer sal: higiene de los fakires); no amar, no odiar; no alterar el humor; no vengarse; no enriquecerse; no trabajar; mendigar; si posible fuera nada de "mujer", o la menor cantidad posible de "mujer"; desde el punto de vista intelectual, el principio de Pascal, "*il faut s'abétir*" (1). Resultado, en lenguaje psicológico y moral: "aniquilamiento del yo", "santificación"; en el lenguaje fisiológico:

(1) En francés en el original.—N. DEL T.

Digitized by Google

hipnotización, tentativa de hallar para el hombre algo que se asemeje al *letargo invernal* de ciertas especies animales, a la pereza de crecimiento de muchas plantas tropicales en ciertas estaciones del año, un mínimun de asimilación que permite a la vida persistir sin que la conciencia se entere de ello. Para alcanzar este fin ha sido derrochada una cantidad enorme de energía humana, ¿tal vez en vano?...

No se puede dudar ni un momento que tales s*portsmen* de la "santidad" — de los cuales hallamos una rica colección en todas las épocas y en casi todos los pueblos—han tenido éxito en su empeño por librarse de aquello que combatían con ayuda de un riguroso *training* (1); pues, con la ayuda de su sistema de procedimientos hipnóticos, *triunfaron* sobre su profunda depresión fisiológica en una infinidad de casos; de este modo su método cuenta entre los hechos etnológicos universales. Tampoco está permitido considerar ya como un sistema de locura este procedimiento de rendir por hambre a la carne y al deseo (como gustaban de hacer la pasada especie de caballeros como Cristó-

(1) En inglés en el original.—N. DEL N.

Digitized by Google

bal y ciertos "librepensadores" que comen rosbif). No es menos cierto que este método preparó y puede preparar todavía el camino a todo género de trastornos intelectuales, a "las luces interiores", por ejemplo—como ocurrió entre los hesicastas del monte Athos—, a las alucinaciones visuales y auditivas, a los desbordamientos voluptuosos y a los éxtasis de la sensualidad (Historia de Santa Teresa).

La explicación que de todos estos estados han dado los que han estado afectos, ha sido la más exaltada y falsa, esto se concibe; pero no se debe uno dejar engañar por el tono de reconocimiento convencido que mueve ya la *voluptuosidad* de una interpretación de esta especie. El estado superior, la misma *beatitud,* esta hipnosis y esta tranquilidad conseguida al fin, tal es siempre a sus ojos el misterio por excelencia que ningún símbolo —por sublime que sea—puede expresar; es el bendito retorno a la esencia de las cosas, es la liberación de todo error, es la "ciencia", es la "verdad", es el "ser", es la redención de todos los fines, de todos los deseos, de toda actividad, es igualmente, un estado más allá del bien y del mal. "Tanto el bien como el mal—dice el budista—, ambos son obs-

Digitized by Google

táculos: el hombre perfecto se adueña del uno y del otro"... "La acción y la omisión —dice el creyente en la Vedanta—no le causa ningún dolor; como verdadero sabio arroja lejos de sí el bien y el mal; ningún suceso perturbará su reino; ha ido más allá del bien y del mal"; en resúmen, es ésta una concepción completamente india y tanto brahmánica como búdica. (Ni el pensamiento indio ni el pensamiento cristiano, no estiman que la suprema redención sea accesible a la virtud, al mejoramiento moral, por alto que coloquen el valor hipnótico de la virtud; hay que retener este punto, que corresponde simplemente a un hecho.

Ser *sincero* en esta ocasión; he aquí algo que puede ser considerado como uno de los mejores fragmentos de realismo en las tres religiones principales, por lo demás tan plagadas de errores morales. "Para el hombre que posee el conocimiento, el deber no existe..." "No es *adquiriendo* virtudes como se llega a alcanzar la salvación; porque ésta consiste en hacerse uno con el brahma, que no es perfectible; ni tampoco *desprendiéndose* de los vicios; porque el brahma—con cuya identificación se logra la salvación—es eternamente puro"—, pasajes

Digitized by Google

del comentario del Shankara, citados por mi amigo Pablo Deussen, la primera autoridad verdadera sobre filosofía india en Europa).

Honremos, por consiguiente, la "salvación" tal como nos la presentan las grandes religiones; mas no tomemos tan en serio el concepto del *profundo sueño* que nos han dejado estos hombres fatigados, fatigadísimos incluso para el sueño; me refiero al profundo sueño considerado como la fusión con el brahma, como la *realización* de la unión mística con Dios. "Cuando está completamente dormido—así se expresa el "escrito" más antiguo y venerable—, cuando ha llegado completamente al reposo, de suerte que hasta las quimeras del sueño sean dispersas, entonces, ¡oh, amadísimo!, está unido con el ser, ha retornado a su fuente primitiva; recubierto por el yo que conoce, deja de tener conciencia de lo que hay en él y fuera de él. Este puente no es franqueado ni por el día ni por la noche, ni por la vejez ni por la muerte, ni por el sufrimiento ni por la obra buena o mala". "En el estado de sueño profundo—añaden los adeptos de la más profunda de estas tres grandes religiones—el alma se eleva fuera de este cuerpo, entra en la más alta región de luz y así se presenta

Digitized by Google

bajo su forma verdadera; entonces es ella la encarnación del más alto espíritu, el espíritu que vagabundea complaciéndose, jugando y regocijándose con las mujeres, con las carrozas o con los amigos; entonces ella ya no piensa más en las miserables ligaduras del cuerpo, a quien el *prana* (el flúido vital) está enganchado como la bestia de tiro al carricoche". Sin embargo, no queremos perder de vista, como para el caso de la "salvación" que, abstracción hecha de la fastuosa exageración oriental, se encuentra aquí expresado un juicio semejante al de Epicuro, este espíritu claro y equilibrado como todo espíritu griego, pero que sufre; la insensibilidad hipnótica, la calma del sueño profundo, la *anestesia,* en una palabra, para aquellos que sufren y se sienten profundamente disgustados, es el bien supremo, el valor por excelencia, es lo que *necesariamente* podemos alcanzar de más positivo, es lo positivo mismo. (Según la misma lógica del sentimiento, en todas las religiones positivas la nada se llama *Dios).*

Digitized by Google

Con mucha mayor frecuencia en lugar de un tal sofocamiento hipnótico de la sensibilidad y de la facultad de sufrir, que supone ya fuerzas poco comunes tales como el valor, el desprecio de la opinión y "el estoicismo intelectual", también se emplea contra los estados de depresión otro *training* mucho más cómodo: *la actividad maquinal.* Que esta actividad consigue aligerar considerablemente una existencia de sufrimientos, no es dudoso; hoy día este resultado se designa—con cierta hipocresía—por medio de la expresión "la bendición del trabajo". Proviene el alivio del fuerte desplazamiento del interés del paciente fuera del sufrimiento; de que constantemente, ocupa la actividad la conciencia y no deja por consiguiente más que un escaso lugar al sufrimiento; porque, ¡cuán estrecha es esta guardilla que se llama la conciencia humana!

La actividad maquinal y cuanto con ella se

Digitized by Google

relaciona—la regularidad absoluta, la obediencia puntual y pasiva, la costumbre adquirida una vez para todas, el empleo completo del tiempo, una cierta disciplina—consentida y deseada—de "impersonalidad", de "olvido de sí mismo", de "*incuria sui*"; ¡cuán delicada y radicalmente ha sabido el sacerdote ascético estilizar todo esto en la lucha contra el dolor! Cuando tenía que actuar sobre pacientes de las clases inferiores, sobre obreros esclavizados, sobre prisioneros (o bien, sobre las mujeres, que son, con gran frecuencia, al mismo tiempo obreras esclavas, y prisioneras), le bastaba solamente una cierta habilidad en el cambio de los nombres, un nuevo bautismo, para que las cosas detestadas aparecieran de allí en adelante como beneficios, como una felicidad relativa: el descontento del esclavo en presencia de su suerte no ha sido seguramente inventado por los sacerdotes.

Un medio todavía más apreciado en la lucha contra la depresión es la organización de una *pequeña alegría* fácilmente asequible y que pueda aceptarse como regla; con frecuencia se asocia esta medicación a la precedente. La forma más frecuente, bajo la cual es ordenada la alegría como remedio, es la

Digitized by Google

alegría de dispensar la alegría (tales los beneficios, los presentes, las ayudas, las limosnas, los consuelos, las alabanzas, las distinciones); el sacerdote ascético al ordenar el amor del prójimo, proporciona, en el fondo, un excitante del instinto más fuerte y más afirmativo—aunque a dosis mínima—: *la voluntad de poder*. La felicidad de la "menor superioridad", tal como la comportan la beneficencia, los auxilios y los testimonios de compasión, es el más poderoso medio de consuelo que utilizan los seres fisiológicamente defectuosos en los casos en que son bien aconsejados; en el caso contrario se perjudicarán los unos a los otros, obedeciendo siempre al mismo instinto fundamental.

Cuando se remonta uno a los orígenes del cristianismo en el mundo romano, se encuentran sociedades de socorros mutuos, asociaciones para socorrer a los pobres, para cuidar a los enfermos, enterrar los muertos, asociaciones que se han desarrollado en las más bajas capas sociales de esta época, en las que se cultivaba, suponiéndolo fundamental, este remedio capital contra la depresión: la pequeña alegría, la alegría de la beneficencia mutua. ¿Fué quizá esto, entonces, algo nuevo, un verdadero descubrimiento? Por

Digitized by Google

una "voluntad de mutualidad" así provocada, por tal formación de rebaños, de "comunidades", de "cenáculos", nacerá nuevamente, aunque en un grado mínimo, esta voluntad de poder: *la formación de rebaños* en la lucha contra la depresión, que es un progreso importante, una victoria. El acrecentamiento de la comunidad fortifica igualmente en el individuo un interés nuevo que a menudo le arranca de su pesar personal, de su aversión contra su propia persona (la *"despectio sui"*, de Geulinx).

Todos los enfermos, todos los enclenques, aspiran instintivamente, impulsados por el deseo de sacudir lejos de sí su sordo malestar y su sentimiento de debilidad, a una organización en rebaño. El sacerdote ascético adivina este instinto y lo alienta. Dondequiera que existan rebaños ha sido el instinto de debilidad quien los ha formado y la habilidad del sacerdote quien los ha organizado. Porque no debemos engañarnos: Los fuertes aspiran a *separarse,* como los débiles aspiran a *unirse;* se trata de una necesidad natural; si los primeros re reunieran sería en vista de una acción agresiva común, para la satisfacción común de su voluntad de poder, acción que repugna mucho a la conciencia in-

Digitized by Google

dividual; por el contrario, los segundos se unen en filas apretadas por el *placer* que experimentan en este agrupamiento: con ello queda satisfecho su instinto, exactamente igual que el de los "amos" de nacimiento (es decir, de la especie hombre, animal de presa y solitario), se irrita y se perturba fundamentalmente con la organización.

Toda oligarquía (la historia entera está a la vista para demostrarlo) oculta en ella el deseo de la *tiranía;* tiembla sin cesar, a causa del esfuerzo que tiene necesidad de hacer cada uno de los individuos que la componen para permanecer dueño de este deseo. (Este era, por ejemplo, el caso de los griegos. Platón lo atestigua en muchos lugares, Platón, que conocía a sus conciudadanos y *se* conocía a sí mismo...)

Digitized by Google

19

Los medios que nosotros hemos visto utilizar hasta ahora a los sacerdotes ascéticos —el sofocamiento de todos los sentimientos vitales, la actividad mecánica, la pequeña alegría, sobre todo la del "amor del prójimo", la organización en rebaño, el despertar del sentimiento del poder en la comunidad y su consecuencia, el tedio individual, ahogado y reemplazado por el deseo de ver prosperar la comunidad—tales son, colocado uno en un punto de vista moderno, los medios *inocentes* empleados en la lucha contra el malestar: volvámonos ahora hacia los medios más interesantes, los medios "culpables". Con todos ellos se trata de conseguir una cosa: provocar un *desbordamiento del sentimiento,* al modo que obra el estupefaciente más eficaz contra el dolor lento, sordo y paralizante; la inventiva del sacerdote se mostró literalmente inagotable en el exa-

Digitized by Google

men de esta cuestión única: "*¿Cómo* se provoca un desbordamiento del sentimiento?...

Esto es difícil de entender, y es evidente que el oído se extrañaría menos si yo dijera, por ejemplo: "¿Ha sabido el sacerdote ascético utilizar en todo tiempo el *entusiasmo* que anima todas las pasiones fuertes?" Mas, ¿para qué adular los tiernos oídos de nuestros modernos afeminados? ¿Para qué ceder *nosotros* ni un solo paso a la tartufería de su lenguaje? Para nosotros, los psicólogos, sería ya una hipocresía *de hecho;* abstracción hecha de la repugnancia que esto nos causaría. Si en nuestros días un psicólogo acredita parte de su *buen gusto* (otros dirían de su espíritu de justicia), es resistiendo al lenguaje vergonzosamente *moralista* que impregna todos los juicios modernos sobre los hombres y las cosas. Porque, no hay que engañarse: la señal que distingue a las almas modernas, a los libros modernos, no es la mentira, sino la *inocencia* encarnada en el moralismo mentiroso. Poner de nuevo al descubierto en todas partes esta "inocencia" esta es, tal vez, la parte más desagradable de nuestro trabajo, ya de por sí bastante arriesgado, que corresponde hoy día al psicólogo: esta es una par-

Digitized by Google

te del peligro que *nos amenaza,* un camino que nos conduce tal vez al gran tedio...

Sin duda, los libros modernos (admitiendo que puedan influenciar durablemente, lo que ciertamente no es de temer, y admitiendo igualmente que un día nacerá una posteridad de gusto más severo, más duro, más *sano)* y *todo* lo que es moderno, en general, no podrá servir a la posteridad más que como vomitivo, y esto a causa de su moralismo dulzón y falso, a causa de su carácter femenino, que se llama, con mucho agrado, "idealismo" y, en todo caso, se cree idealista. Nuestros civilizados de hoy, nuestros "buenos", no mienten, es cierto; ¡pero esto mismo dice *bien poco* en su honor! La verdadera mentira, la mentira auténtica, resuelta, leal (sobre el valor de la cual se puede consultar a Platón), sería para ellos algo, demasiado rígido, una cosa excesivamente fuerte; exigiría lo que *puede* exigirse de ellos: que abrieran los ojos sobre sí mismos y aprendieran a distinguir en ellos mismos lo "verdadero" de lo "falso". Solamente les conviene la *mentira desleal;* todo el que hoy día se siente "hombre bueno" es absolutamente incapaz de tomar frente a frente de una cosa otra actitud que no sea el de la *des-*

Digitized by Google

lealtad mentirosa, profundamente mentirosa, mentirosa con los ojos azules. Estos "hombres buenos" están ahora fundamental y radicalmente moralizados, y en lo que respecta a su lealtad se hallan convictos de infamia y condenados para toda la eternidad: ¡quién de entre ellos soportaría todavía una verdad "en lo que se refiere al hombre!"... O, para expresarme de una manera más concreta: ¡cuál de ellos soportaría la prueba de una verdadera biografía!...

Voy a citar varios ejemplos: lord Byron había dejado algunas notas, de las más íntimas, relativas a su propia persona, pero Tomás Moore fué "demasiado bueno": quemó los papeles de su amigo. El doctor Gwinner, ejecutor testamentario de Schopenhauer también parece que obró del mismo modo, pues Schopenhauer había tomado notas sobre sí y tal vez contra sí mismo ("εἰς ἑαυτόν"). El excelente americano Thayer, el biógrafo de Beethoven, se detuvo bruscamente en su trabajo; llegado a cierto punto de esta vida honorable e ingenua, no pudo continuar... La moraleja de todo esto es que ningún hombre inteligente quiere escribir sobre sí mismo ni una frase sincera, a no ser que pertenezca a esta clase de

Digitized by Google

insensatos... Se nos promete una autobiografía de Ricardo Wagner: ¿quién pondrá en duda la habilidad con que habrá sido escrita?... Recordemos el cómico espanto que produjo en Alemania el sacerdote católico Janssen con su desfigurada y cándida pintura de la Reforma; ¿qué sucedería si a alguno se le ocurriera alguna vez describirnos este movimiento de una manera *diferente?;* ¿qué ocurriría si un verdadero psicólogo nos mostrase un verdadero Lutero, no con la candidez moralista de un cura de pueblo, ni con los empalagos y remilgos de los historiadores protestantes, sino con el rigor inflexible de un Taine guiado por la *fuerza del carácter* y no por una hábil indulgencia para con la fuerza?... (Digamos de pasada que los alemanes han producido ya el tipo clásico de esta indulgencia: tienen derecho a reivindicarlo para ellos: su Leopoldo Ranke es, en efecto, el abogado clásico de toda *causa fortiori,* "el más hábil entre todos los hábiles oportunistas".)

Digitized by Google

20

Pero ya se me habrá comprendido; basta, ¿no es cierto?; pensándolo bien, nosotros, los psicólogos, ¿no podríamos desprendernos de cierta desconfianza *hacia nosotros mismos?* Verosímilmente somos todavía "demasiado buenos" para ejercer nuestro oficio, verosímilmente, también nosotros somos todavía las víctimas, la presa, los *pacientes* del gusto del día, impregnado de moral, por mucho que sea el desprecio que le consagremos; es probable que también nosotros estemos todavía *infectados.* ¿Contra quién, pues, quería poner en guardia este diplomático que decía a sus semejantes?: "¡Sobre todo, señores, desconfiemos de nuestros primeros impulsos, *porque casi siempre son buenos!*"... Este es el lenguaje que debería emplear hoy día todo psicólogo al dirigirse a sus semejantes... Y esto nos trae a nuestro problema que, en efecto, reclama de nosotros cierto ri-

Digitized by Google

gor, y, sobre todo, cierta desconfianza con respecto a los "primeros impulsos". *El ideal ascético al servicio de una finalidad: el desbordamiento de los sentimientos;* el que tenga presente en la memoria la disertación precedente, habrá adivinado ya en substancia lo que queda por decir. Sacar de quicio al alma humana, sumergirla en el terror, en el hielo, en el ardor y en el entusiasmo a tal punto que olvide como por un golpe de varita mágica, todas las pequeñas miserias de su malestar, de su disgusto y de su hastío. ¿Cómo alcanzar *este* objeto? ¿Qué ruta es la más segura?...

En el fondo, todas las grandes pasiones son buenas por poco que puedan obrar libremente, sea la cólera, el temor, la voluptuosidad, el odio, la esperanza, el triunfo, la desesperación o la crueldad; en efecto, sin vacilar un momento el sacerdote ascético ha tomado a su servicio *toda* la jauría de perros salvajes que aullan en el hombre, para desencadenar, según las necesidades, ora a éste, ora al otro, con una finalidad única: despertar al hombre de su larga tristeza, expulsar de él—por lo menos algún tiempo—su sordo dolor, su vacilante miseria; y esto, guiado siempre por una misma interpreta-

Digitized by Google

ción, por una "justificación religiosa". Todo desbordamiento de este género se *paga,* como es consiguiente; fácilmente se concibe que los enfermos se hacen más enfermos; razón por la cual esta manera de aportar remedio al dolor es, según nuestras modernas concepciones, una manera "culpable".

Es preciso, sin embargo—la equidad lo exige—señalar que ha sido aplicada con *buena* intención, que el sacerdote ascético tuvo absoluta fe en su eficacia, incluso que creyó indispensable el prescribirla y que muy a menudo debió perecer él mismo ante el espectáculo del sufrimiento de que era autor. Señalemos también que las terribles revanchas fisiológicas de tales excesos, incluso los trastornos intelectuales que son su consecuencia, no están en contradicción absoluta con el espíritu general de este género de medicación; porque ya hemos visto que *no* se trataba de curar enfermedades, sino de combatir el malestar y la depresión por medio de calmantes y de narcóticos: De esta manera, se alcanzó el objeto. El cambio de dirección que se permitió el sacerdote ascético para arrancar del alma humana esta música desgarradora, extática, triunfó plenamente; todo el mundo sabe que supo sacar partido del sen-

Digitized by Google

timiento de *culpabilidad*. El problema del origen de este sentimiento ha sido indicado brevemente en la precedente disertación: cuestión de psicología animal nada más. El sentimiento de la falta se ha presentado en nosotros, por así decirlo, en estado bruto. En las manos del sacerdote—verdadero artista para el sentimiento de la falta—comenzó este sentimiento a tomar forma. Y ¡qué forma! El "pecado", porque este es el nombre que dió el sacerdote a la "mala conciencia" animal (de la crueldad dirigida a contrasentido), el pecado ha sido, hasta el presente, el acontecimiento capital en la historia del alma enferma: representa para nosotros el cambio de dirección más nefasto de la interpretación religiosa. El hombre doliente por una causa cualquiera—fisiológica seguramente—poco más o menos como una bestia enjaulada, perturbado, indeciso, incierto de las razones y de las causas, buscando el por qué de las cosas—porque la certidumbre alivia—, buscando también los remedios y los narcóticos, el hombre, en fin, acabó por entenderse con alguno que conociera, incluso lo que está oculto: y ¡he aquí que obtiene una indicación!: su hechicero, el sacerdote ascético, le proporciona la *primera* indica-

Digitized by Google

ción sobre la "causa" de su "sufrimiento": debe buscarla en *sí mismo,* en una *falta* cometida en tiempos pasados, debe interpretar su dolor como un *castigo*... El desgraciado ha oído, ha comprendido; ahora se halla en la situación de la gallina alrededor de la cual se ha trazado una línea. No puede salir de este lazo: de enfermo se ha transformado en "pecador"... Desde entonces aparece ante los ojos el espectáculo de este nuevo enfermo, "el pecador"; ¿desaparecerá algún día? Por cualquier lado que observemos, se ve en todas partes la mirada hipnotizada del pecador, siempre fija en la misma dirección (la de la "falta", única causa del sufrimiento); por todas partes la "mala conciencia", "*dies grewliche Thier*", para emplear la expresión de Lutero; por todas partes el pasado que retorna, el hecho desnaturalizado, la acción vista con "malos ojos"; por todas partes el desconocimiento *voluntario* del sufrimiento transformado en hecho capital, el dolor del temor, del castigo; por todas partes la disciplina, el cuerpo emaciado, la contrición; por todas partes el pecador que se tortura a sí mismo sobre la rueda cruel de una conciencia inquieta y voluptuosamente enferma; por todas partes la pena muda, el miedo es-

Digitized by Google

pantoso, la agonía del corazón martirizado, los espasmos de una felicidad desconocida, los gritos desesperados en pos de la "salvación".

Y, seguramente, gracias a esta manera de actuar, la antigua depresión, la pesada fatiga acabaron por ser totalmente *dominadas;* la vida se hacía otra vez *muy* interesante: despierto, siempre despierto, aun durante la noche; ardiente, carbonizado, agotado, y, sin embargo, nada fatigado, así aparecía el hombre, el "pecador", iniciado en *estos* misterios. El sacerdote ascético, este viejo hechicero, había visiblemente alcanzado la victoria en la lucha contra el malestar: *su* reino era llegado: ya no se quejaba nadie del dolor: *había sed* de dolor. "¡Sufrir!"; ¡siempre sufrir! ¡aún más sufrimiento! tal fué el grito de sus discípulos y de los iniciados durante siglos. Todo exceso doloroso del sentimiento, todo lo que rompe, trastorna, aplasta, arranca y transporta al éxtasis, el secreto de la tortura, las invenciones del infierno, todo esto estaba ya descubierto, adivinado, utilizado, todo estaba al servicio del hechicero para servir al triunfo de su ideal, del ideal ascético... "Mi reino no es de *este* mundo", repetía, ahora como antes; ¿tenía

Digitized by Google

todavía el derecho de hablar así?... Goethe ha pretendido que no hay más que treinta y seis situaciones dramáticas; sólo en esto—si no se supiera ya—se adivinaría que Goethe no fué jamás un sacerdote ascético: éstos conocen más...

Digitized by Google

Todo intento de crítica acerca de toda *esta* medicación sacerdotal "culpable" sería superflua. ¿Quién tendría la fantasía de pretender que semejante desbordamiento del sentimiento (aun adornado con los nombres más santos y completamente penetrado de la santidad de su fin), haya jamás sido *útil* a un enfermo, confiado a los cuidados del sacerdote ascético? Ante todo, sería necesario ponernos de acuerdo sobre el significado de la palabra "útil". ¿Se quiere con ella expresar que tal sistema de tratamiento ha hecho al hombre *mejor?* No diré lo contrario; pero sí añadiré que, para mí, hacer "mejor", significa "domesticar", "debilitar", "desalentar", "refinar", "ablandar", "afeminar" (hacer mejor sería, por consiguiente, casi sinónimo de *degradar...)* Si se trata, ante todo, de estar enfermo, a disgusto, deprimido, tal sistema—suponiendo que hi-

Digitized by Google

ciera al enfermo "mejor"—lo haría seguramente más *enfermo*.

Interróguese a un médico alienista acerca de los resultados de una aplicación metódica de las torturas de la penitencia, de un uso continuo de la contrición y de los éxtasis místicos. Interróguese, igualmente, a la historia. Doquiera que el sacerdote ascético ha aplicado su tratamiento, la enfermedad se ha desarrollado con una rapidez y una intensidad inquietantes. ¿Cuál ha sido siempre el resultado?: Un trastorno del sistema nervioso sobreañadido a la enfermedad anterior; y esto tanto en general como en cada caso particular, lo mismo para los individuos que para las masas. Como consecuencia del *training* de la penitencia y de la redención, nos encontramos con las más espantosas epidemias de epilepsia que la historia conoce, entre otras las danzas de San Guy y de San Juan, en la Edad Media; encontramos, por otra parte, manifestaciones secundarias, tales que espantosas parálisis y prolongadas depresiones, a consecuencia de las cuales el carácter de un pueblo o de una ciudad (Ginebra, Bale) cambia para siempre, transformándose en su opuesto; a la misma causa hay que atribuir también la historia

Digitized by Google

de las hechiceras que tenía algo de común con el sonambulismo (ocho grandes epidemias, solamente entre los años 1564 a 1605); encontramos, igualmente, entre los fenómenos análogos, el delirio colectivo de estos fervientes de la muerte, cuyo grito horrible: "*evviva la morte!*" (1) resonó en toda Europa, interrumpido por rachas, ora de voluptuosidad, ora de rabia destructora. Por lo demás, las mismas alternativas de las pasiones con las mismas intermitencias y los mismos sobresaltos, se observan todavía hoy dondequiera que la doctrina ascética del pecado es acogida favorablemente. (La neurosis religiosa *aparecía* con todos los síntomas del "gran mal", esto es indudable. ¿Es que, efectivamente, lo es? *Quœritur.)*

En resumen: el ideal ascético y su culto de la moral sublimada, esta sistematización ingeniosa, audaz y arriesgada de todos los medios que tienden a un desbordamiento del sentimiento, ejercida bajo el disfraz de una finalidad sagrada, está inscrita con caracteres terribles e imborrables en toda la historia de la humanidad: ¡ay!, ¡no solamente en su historia!... No conozco nada que—en la

(1) En italiano en el original.—N. DEL T.

Digitized by Google

medida que este ideal—haya minado la *salud* y el vigor de las razas, sobre todo, de las europeas; sin exageración se le puede llamar *la plaga por excelencia* en la historia sanitaria del hombre en Europa. Todo lo más podría presentarse en paralelo una influencia específicamente germánica: me refiero al envenenamiento de Europa por el alcohol que ha ido siempre del brazo con la preponderancia política y la preponderancia racial de los germanos (allí donde inocularon su sangre, inocularon su vicio). En el tercer lugar de la serie habría que poner a la sífilis, *magno sed proxima intervallo*.

Digitized by Google

El sacerdote ascético ha corrompido la salud del alma en cuantos lugares ha ejercido su dominio; en consecuencia, ha corrompido el "gusto", *in artibus et litteris;* y lo sigue corrompiendo todavía. "¿Como consecuencia?" Espero que se me concederá, sin más, esta consecuencia y se me relevará de la necesidad de verificar la demostración. Unas palabras solamente concernientes a la obra maestra de la literatura cristiana, a su modelo, a su "libro por excelencia".

En medio del esplendor greco-romano, que fué al mismo tiempo un esplendor literario, a la vista del mundo de las letras antiguas que existía en toda su integridad todavía, sin lagunas y sin faltas; en una época en que todavía se podían leer algunos libros por cuya propiedad se ofrecerían hoy día literaturas enteras, la ingenua vanidad de algunos agitadores cristianos—se les conoce con el nombre de padres de la Iglesia—tuvo

Digitized by Google

la audacia de decretar: "Nosotros también tenemos nuestra literatura clásica: *no tenemos necesidad de la de los griegos.*" Y, para demostrarlo, mostraban orgullosamente, libros de leyendas, epístolas apostólicas, pequeños tratados apologéticos, poco más o menos como hoy día, con una literatura semejante, "el Ejército de Salvación" inglés emprende la lucha santa contra Shakespeare y otros "paganos".

A mí no me gusta el "Nuevo Testamento": fácilmente se adivina: esto casi me inquieta, al verme tan solo en mi opinión acerca de este libro tan estimado y tan sobrepreciado (el gusto de cerca de dos mil años se *levanta* contra mí); pero, ¡qué le vamos a hacer! "Heme aquí: no puedo obrar de otro modo" (1); tengo el valor de mi mala conciencia. El *antiguo* Testamento es algo totalmente distinto: ¡respeto para el antiguo Testamento!: En él encuentro grandes hombres, un fondo de escena heroica, ya cosa rara entre todas las de este mundo, la inestimable ingenuidad del *corazón fuerte;* más aún: hallo en él un pueblo. En el nue-

(1) Alusión a la frase pronunciada por Lutero en Asamblea de Worms.—N. DEL T.

Digitized by Google

vo, por el contrario, reina la mescolanza de toda clase de pequeñas sectas, lo rococo del alma, algo de torcido, anguloso y extraño, la atmósfera de los conventículos, sin omitir a menudo un aire de dulzura bucólica que revela su época (y su provincia romana) y que por otra parte tiene más de helénica que de judaica. La humildad y la presunción se dan la mano; hay allí una locuacidad de los sentimientos que casi ensordece; hay mímica pero no pasión; una mímica lastimera; era evidente la carencia de toda educación sólida. ¡Cómo podrían hacer un espectáculo de sus pequeñas imperfecciones estas pobres gentes devotas! Nadie se ocupa de ellos y Dios menos que nadie.

Para terminar, estos provincianos querían poseer la "corona de la vida eterna". ¿Para qué? ¿Con qué fin? Esto es de una impudencia que no tiene nombre. Un Pedro "inmortal": ¿quién sería capaz de soportar *esto?* Poseen un orgullo que verdaderamente provoca la risa. *Esto* no cesa jamás de machacar con sus asuntos personales, sus tonterías, sus tristezas, sus mezquinos cuidados, como si la Esencia de las cosas estuviera obligada a preocuparse de ellos. *Esto* no se cansa de mezclar a Dios en los

Digitized by Google

pequeños disgustos en que se enfangan. ¡Y este perpetuo tuteo de mal gusto en su trato con Dios! ¡Esta familiaridad judaica, y no solamente judaica, familiaridad de las fauces y las patas con Dios! Hay en Asia Oriental pequeños "pueblos paganos", despreciados, de los cuales hubieran podido aprender estos primeros cristianos algo referente al *tacto* en la veneración; estos pueblos no se permiten—los misioneros cristianos dan fe de ello—ni pronunciar el nombre de su Dios. Esto me parece de una delicadeza encantadora; pero seguramente es demasiado delicado y no solamente para los primeros cristianos: para recalcar la diferencia, recordemos a Lutero, el aldeano más elocuente y más inmodesto que ha conocido Alemania y al tono que le agradaba emplear, sobre todo en sus conversaciones con Dios. La guerra emprendida por Lutero contra los santos, mediadores de la Iglesia (y en particular contra *el papa, este cerdo del diablo),* no era, en suma, es indudable, más que la rebelión de un rústico a quien desagradan las *buenas formas* de la Iglesia, esta etiqueta ceremoniosa del gusto hierático que no permitía la aproximación al santuario más que a los más consagrados y a los

Digitized by Google

más silenciosos, dejando fuera a los rústicos. En una palabra: las gentes groseras no debían levantar la voz, aquí sobre todo. Pero el aldeano Lutero lo entendió de manera bien distinta: esto no era bastante *alemán* para él: él quería, ante todo, hablar directamente, en persona, "sin estorbo", con su Dios... ¡Pues bien!: lo hizo.

Se concibe que el ideal ascético no fué jamás, ni remotamente, una escuela de buen gusto, todavía menos de buena educación; fué en el mejor de los casos, una escuela de maneras hieráticas; y es así, porque encierra en sí algo que resulta fatal para las buenas formas: la falta de medida, el odio por la mesura: es en sí mismo un "*non plus ultra*".

Digitized by Google

El ideal ascético no ha corrompido solamente el gusto y la salud: ha corrompido además, una tercera, una cuarta, una quinta, una sexta cosa (me guardaré bien de enumerarlas *todas,* porque no acabaría nunca). No es la *acción* de este ideal lo que quiero poner aquí de manifiesto, sino solamente su *significación,* lo que en él se adivina, lo que se oculta tras de él, bajo él, en él, aquello de lo cual él es la expresión provisional, oscura, llena de interrogantes y de dudas. Solamente para alcanzar este objeto no debía ahorrar a mis lectores una exposición de su acción monstruosa y de su acción nefasta: a fin de prepararles, en fin, para el último aspecto, el aspecto más formidable que pueda tomar a mi juicio: la cuestión del sentido de este ideal. ¿Qué significa el *poder,* el *monstruoso* poder de este ideal? ¿Por qué se le ha permitido ganar tanto terreno? ¿Por qué no se le ha opuesto mayor

Digitized by Google

resistencia? El ideal ascético es la expresión de una voluntad: *¿dónde* se halla la voluntad que sea expresión de un *ideal adverso?*

El ideal ascético tiene una *finalidad,* esta es bastante amplia para que fuera de ella todos los intereses de la existencia parezcan limitados, mezquinos, estrechos; a la consecución de este fin emplea el tiempo, los pueblos, los hombres; no admite ninguna otra interpretación, ninguna otra finalidad; ¡rechaza, niega, afirma o confirma, únicamente en el sentido de su *interpretación!*; ¿existió, por lo demás, nunca, un sistema de interpretación más consecuente y de invención más ingeniosa?; no se somete a ningún poder, sino que cree, por el contrario, ser superior a todo otro poder, cree firmemente en su hegemonía. Está persuadido de que todo otro poder sobre la tierra debe de antemano recibir de él un sentido, un derecho a la existencia, un valor, como instrumento de *su* obra, como camino y medio hacia su fin, fin único...

¿Dónde está la *antítesis* de este sistema definido de voluntad, de genialidad y de interpretación? ¿Por qué falta esta antítesis?... ¿Dónde está la *otra* "finalidad única"?... Se me responderá que *existe,* que no solamente

Digitized by Google

ha luchado durante mucho tiempo y con *éxito* contra este ideal, sino además que le ha vencido en casi todos los puntos importantes; nuestra *ciencia* moderna serviría de testigo, esta ciencia moderna que—verdadera filosofía de la realidad—no tendría fe más que en sí misma, sólo tendría el valor, la voluntad de sí misma; y que hasta aquí supo muy bien pasarse sin Dios, sin el más allá y sin las virtudes negativas.

Sin embargo, todo este estrépito y toda esta locuacidad de los agitadores no me hace la menor impresión: estas trompetas de la realidad son música bien mezquina y sus voces no surgen lo bastante inteligibles de las profundidades, *no* expresan el abismo que existe en la conciencia científica—porque hoy día la conciencia científica es un abismo—; la palabra ciencia en boca de semejantes alborotadores es simplemente un abuso y un atentado al pudor. Poned al revés lo que ellos dicen y tendréis la verdad. Hoy día la ciencia no tiene la menor fe en sí misma, no aspira a un ideal elevado; y donde todavía le queda algo de pasión, de amor, de fervor, de *sufrimiento,* eso, lejos de ser la antítesis de este ideal ascético, no constituye más que su *forma más nueva y más noble.* ¿Es extraño

Digitized by Google

esto? Cierto es que hay entre los sabios de hoy día algunos valientes y modestos trabajadores a quienes agrada un pequeño y oculto rincón y que, por encontrarse a gusto, elevan algunas veces la voz con la pretensión inmodesta de reivindicar un descontento general. Sobre todo en la ciencia, ¡hay tantas cosas útiles por hacer todavía! No lo niego; por nada del mundo quisiera perturbar el placer que estos trabajadores ponen en su oficio; pues yo me regocijo con su tarea. Pero, si bien es cierto que al presente se trabaja enérgicamente en el dominio científico y que existen trabajadores satisfechos de su suerte, *queda* por probar que la ciencia, tomada en bloque, posee hoy día una finalidad, una voluntad, un ideal, una pasión de fe ardiente. Como ya he indicado, sucede todo lo contrario. Cuando no es la manifestación más reciente del ideal ascético—trátase entonces de casos demasiado raros, demasiado escogidos y demasiado distinguidos para que puedan influír sobre el juicio general—la ciencia es hoy día el *refugio* de todo género de descontento, de incredulidad, de remordimiento, de *despectio sui,* de mala conciencia; es la *inquietud* misma de la falta de ideal, el dolor de la *ausencia* de un gran

Digitized by Google

amor; el descontento de una sobriedad *obligada.* ¡Oh! ¡Cuántas cosas disimula hoy día la ciencia! ¡Cuantas cosas *debe,* por lo menos, disimular!

El talento de nuestros más eminentes sabios, su aplicación constante, su cerebro que hierve noche y día, hasta su superioridad de proceder. ¡Cuántas veces todo esto tiene por verdadero objeto cerrar voluntariamente los ojos a la evidencia de ciertas cosas! La ciencia como medio de aturdirse, *¿conocéis esto?* Les hiere a veces en lo vivo—todos los que están en relación con sabios conocen esto—se les hiere profundamente con una palabra completamente inofensiva, o se pierde su simpatía en el momento en que uno cree rendirles homenaje; se les pone fuera de sí mismos, simplemente porque no se ha sido bastante fino para adivinar con quienes trata uno: con seres que sufren sin querer confesar su sufrimiento, que se aturden, que huyen de sí mismos y que no tienen más que un temor: *tener conciencia* de lo que son en realidad...

Digitized by Google

24

Examinemos ahora estos casos excepcionales de que ya he hablado, estos últimos idealistas, que se cuentan hoy día entre los filósofos y los sabios; ¿se encontrarán en ellos, tal vez, los esperados *adversarios* del ideal ascético, los *anti-idealistas* de este ideal? Esto es, efectivamente, lo que *creen* ser estos incrédulos (porque esto lo son todos): ser los adversarios de este ideal, esto es precisamente lo que parece constituir su último residuo de fe; tan apasionados se muestran en sus discursos y en sus gestos acerca de este punto; pero ¿acaso es esta una razón para que lo que ellos creen sea *cierto?*... Nosotros, que buscamos el "conocimiento", desconfiamos de toda especie de creyentes; nuestra desconfianza nos ha enseñado, poco a poco, a formular a este respecto conclusiones inversas a las establecidas en otro tiempo; a sacar en consecuencia que allí donde la fuerza de una creencia aparece en primer término, esta creencia

Digitized by Google

tiene cimientos algo frágiles o, incluso, que es *inverosímil.* No negamos nosotros que la fe "salve"; *pero por esta misma razón,* negamos que la fe "pruebe"; una fe fuerte como medio de salvación hace nacer sospechas respecto a su objeto, no es un argumento en favor de la "verdad", sino únicamente de cierto parecido—de la *ilusión*—. Ahora bien: ¿qué ocurre en este caso? Estos negadores, estos solitarios de la época actual, estos espíritus duros, severos, abstinentes, heroicos, que son el orgullo de nuestro tiempo; todos estos pálidos ateos, anticristos, inmorales, nihilistas; estos escépticos, estos incrédulos y demás *raquíticos* del espíritu (todos lo son en cierta medida); estos últimos idealistas del conocimiento, en los únicos que hoy día encarna y reside la conciencia intelectual, se creen, en efecto, lo más alejados del ideal ascético, "estos libres, *libérrimos* espíritus". Y, sin embargo, quiero revelarles una cosa que no pueden ver ellos mismos porque les falta la necesaria distancia: es que este ideal es precisamente *su* ideal y ellos sus representantes más genuinos de hoy día, con mejor título que ningún otro; son su forma más espiritualizada, son la vanguardia de sus tropas de descubierta y de cho-

Digitized by Google

que, su forma de seducción más capciosa, más delicada y más inapreciable. Si tengo algo de descifrador de enigmas quiero mostrarlo con *esta* afirmación: No; éstos están lejos de ser espíritus libres, ***porque ellos creen todavía en la verdad...***

Cuando los Cruzados chocaron en Oriente contra aquella invencible orden de los Asesinos (1), contra aquella orden de espíritus libres por excelencia, cuyos afiliados de los grados inferiores vivían en una obediencia tal como nunca la haya conocido ninguna orden monástica, consiguieron obtener, no sé cómo, algunas indicaciones sobre el famoso símbolo, sobre este principio esencial, cuyo conocimiento estaba reservado a los dignatarios superiores, únicos depositarios de este último secreto: "Nada es verdadero; todo está permitido..." Esta era la verdadera *libertad* de espíritu: una sentencia que hacía un problema de la misma fe en la verdad... ¿Se ha extraviado nunca ningún espíritu libre europeo, cristiano, en el misterio de esta proposición, en el laberinto de sus *con-*

(1) La secta de los Asesinos o Ismailianos nació en Persia a fines del siglo XI y combatió contra los cruzados, haciéndose famosa por su valor, por sus violencias y por acudir al combate embriagados con «haschich», de donde tomó su nombre.—N. DEL T.

Digitized by Google

secuencias? ¿Conoce *por experiencia* al minotauro de esta caverna?... Lo pongo en duda, o, mejor dicho, sé que no es así; nada es más ajeno a estos *titulados* espíritus libres, a estos espíritus absolutos sobre un solo punto, que la libertad, el franquear de todo obstáculo, entendido en este sentido; las ligaduras más apretadas son precisamente las que les atan a la fe en la verdad; no hay nadie que esté tan sólidamente encadenado a ella.

Conozco todo esto, quizá demasiado de cerca; esta laudable abstinencia filosófica que tal fe ordena, este estoicismo intelectual que acaba por prohibirse tan severamente el "no" como el "sí", esta *voluntaria inmovilidad* delante de la realidad, delante del *factum brutum;* este fatalismo de los *"petits faits"* (este *petit faitalisme* (1), como yo lo llamo), en el que la ciencia francesa busca ahora una especie de preeminencia moral sobre la ciencia alemana; esta renuncia a toda interpretación (a todo lo que es violencia, contraste, abreviación, omisión, relleno, amplificación; en una palabra, a todo lo que pertenece en propiedad a la interpretación);

(1) En francés en el original.—N. DEL T.

Digitized by Google

todo esto tomado en bloque, es igualmente la expresión del ascetismo en virtud de no importa qué negación de la sensualidad (en el fondo, se trata de un caso particular de esta negación). La fuerza que *impulsa* a este ascetismo, esta voluntad absoluta de la verdad, es—no nos engañemos—*la fe en el ideal ascético,* bajo la forma de su imperativo inconsciente; es la fe en un valor *metafísico,* en un valor *por excelencia de la verdad,* valor que sólo el ideal ascético garantiza y consagra (subsiste y desaparece al mismo tiempo que él).

No hay, en buena lógica, ciencia "incondicional"; el solo pensamiento de tal ciencia es inconcebible, paradójico: una ciencia supone necesariamente una filosofía, una "fe" previa que le imprima una dirección, un sentido, un límite, un método, un *derecho* a la existencia. (Quienquiera proceder a la inversa y se disponga, por ejemplo, a fundar la filosofía "sobre una base estrictamente científica" tendrá que empezar poniendo *cabeza abajo* no solamente la filosofía, sino la misma verdad, lo que sería una extraña falta de respeto hacia dos personas tan venerables.) Sin duda—y dejo aquí la palabra a mi *Gaya Ciencia* (véase libro V, aforismo

Digitized by Google

344)—"el hombre verírico, verídico en este sentido extremo y temerario que supone la fe en la ciencia, *afirma con ello su fe en otro mundo* que este de la vida, de la naturaleza y de la historia; y en la misma medida que afirma este "otro mundo", ¿no deberá negar a su antítesis, a este mundo de aquí, a *nuestro* mundo?"...

Siempre es una *creencia metafísica* la base sobre que descansa nuestra fe en la ciencia —también nosotros, los pensadores actuales, que buscamos el conocimiento; ateos y antimetafísicos; también nosotros tomamos todavía *nuestro* ardor en este incendio, que una creencia, muchas veces milenaria ha provocado, en esta fe cristiana, que fué también la fe de Platón—que Dios es la verdad y que la verdad es *divina*... Pero ¿cómo?, si precisamente esto se hacía cada vez menos digno de fe, si nada aparecía ya como divino, si esto no era más que el error, la ceguera, la mentira; si Dios mismo se encontraría ser una mentira nuestra, *¡una mentira que ha durado más que ninguna!*... Aquí es conveniente hacer una pausa y meditar detenidamente.

La ciencia misma tiene en adelante *necesidad* de una justificación (lo que no quiere

Digitized by Google

decir que exista para ella). Interrogad sobre este punto a las filosofías más antiguas y a las más modernas: no se encuentra en ellas nada que suponga conciencia de que la misma voluntad de la verdad pueda necesitar de una justificación: hay en esto una laguna en todas las filosofías. ¿De dónde procede esto? Se debe a que, hasta aquí, el ideal ascético ha *dominado* a todas las filosofías, que la verdad ha sido siempre colocada como esencia, como Dios, como instancia suprema; a que se ha supuesto que la verdad no *debía* ser considerada como problema. ¿Se comprende este "debía"? A partir del momento en que la fe en el Dios del ideal ascético ha sido negada, *se plantea igualmente un nuevo problema*: el del valor de la verdad. La voluntad de la verdad tiene necesidad de una crítica—definamos así nuestra propia tarea—; es preciso intentar de una vez el *sacar a discusión* el valor de la verdad... (Quien encuentre demasiado sucintas estas indicaciones podrá releer el párrafo de *Gaya Ciencia* que se titula: "En qué medida también nosotros somos piadosos", aforismo 344, o, mejor todavía, todo el libro V de la citada obra y además el prefacio de *Aurora.)*

Digitized by Google

¡No!, que no me vengan con la ciencia cuando busco al antagonista natural del ideal ascético, cuando pregunto: "¿Dónde está la voluntad adversa en que se expresa un *ideal adverso?*" Para desempeñar tal papel, la ciencia dista mucho de ser autónoma, pues ella necesita igualmente siempre de un valor ideal, de un poder creador de valores a quien pueda *servir* y que le proporcione la *fe* en sí misma, pues por sí es incapaz de crear valores. Sus relaciones con el ideal ascético no tienen el carácter de un antagonismo, más bien se siente uno tentado de considerarla como la fuerza de progreso que rige la evolución interior de este ideal. Si ella le ofrece resistencia y le ataca, esta oposición, considerándolo bien, no combate al mismo ideal, sino a sus fortificaciones avanzadas, a su manera de presentar y de enmascarar su juego, a su rigidez, a su dureza, a su aire dogmá-

Digitized by Google

tico; ella conserva el principio vital que existe en su ideal, negando toda su fachada.

Ambos—la ciencia y el ideal ascético—se apoyan en el mismo terreno, ya lo he dado a entender; convergen en una común exageración del valor de la verdad (más exactamente: en una creencia común de que la verdad es *in*estimable, *in*criticable), y esto es lo que *necesariamente* hace de ambos, dos aliados; de suerte que—a suponer que se les ataque—hay que combatirlos al mismo tiempo o someterlos al mismo tiempo a discusión. Si se quiere estimar el valor del ideal ascético, se ve uno forzosamente arrastrado a estimar el valor de la ciencia: ¡esto es un hecho, e importa abrir los ojos y orientar los oídos a tiempo! (*El arte,* dicho sea de paso—pues en otro lugar volveré un día con más extensión sobre este tema—, el arte, al santificar la *mentira* y al poner la *voluntad del error* del lado de la buena conciencia, es—en principio—mucho más opuesto al ideal ascético que la ciencia: he aquí lo que ya observó el instinto de Platón, este enemigo del arte, el mayor que Europa haya producido hasta el día. Platón *contra* Homero: he aquí el antagonismo completo, real: a un lado el fanático del más allá, el gran

Digitized by Google

calumniador de la vida; al otro, su apologista involuntario, la naturaleza *toda oro*. Por esto, el vasallaje de un artista al servicio del ideal ascético constituye el colmo de la *corrupción* artística, por desgrecia, de las más frecuentes: porque no hay nada tan corruptible como un artista.)

Incluso desde el punto de vista fisiológico, la ciencia reposa sobre las mismas bases que el ideal ascético: uno y otra suponen cierto *empobrecimiento de la energía vital* —se da en ambos casos la misma tibieza de pasiones, la misma lentitud en el proceder: la dialéctica ocupa el puesto del instinto; la *gravedad* imprime su sello sobre el rostro y las actitudes (la gravedad, este signo infalible de una evolución más penosa de la materia, de las dificultades y las luchas para la realización de las funciones vitales).

Contemplad en la evolución de un pueblo las épocas en que el erudito pasa al primer plano: son las épocas de fatiga, de crepúsculo, de decadencia; esto se ha hecho de la energía desbordante, de la certidumbre de la vida, de la certidumbre del *porvenir*. La supremacía del mandarín nunca significa cosa buena, como tampoco el advenimiento de la democracia, de los tribunales de arbitraje

Digitized by Google

reemplazando a la guerra, de la emancipación de la mujer, de la religión del sufrimiento humano y de otros síntomas de una energía vital que declina (la ciencia como problema; el problema de la significación de la ciencia; considerad a este propósito el prefacio de *El origen de la tragedia*). ¡No! Probemos a ver con claridad: ¡esta "ciencia moderna" es, por el momento, el *mejor* auxiliar del ideal ascético, y esto por ser el más inconsciente, el más involuntario, el más disimulado, el más subterráneo!

Hasta el presente han jugado el mismo papel los "pobres de espíritu" y los adversarios científicos del ideal ascético (digamos de paso que hay que guardarse mucho de considerar a los últimos como antítesis de los primeros, es decir, de tomarlos, por ejemplo, por *ricos* de espíritu: *no* lo son; yo les he denominado raquíticos de espíritu). Y estas famosas victorias de los hombres de ciencia, sin duda son victorias, pero ¿sobre qué? El ideal ascético no fué, de ningún modo, vencido; bien al contrario: fué robustecido, es decir, se hizo más inasequible, más espiritual, más seductor, cada vez que una muralla, una de las fortificaciones avanzadas de que se había rodeado y que le da-

Digitized by Google

ban un aspecto *tosco* era demolida, batida en brecha sin compasión por la ciencia. ¿Se piensa en serio que la ruina de la Astronomía teológica—por ejemplo—ha sido una derrota del ideal ascético?... ¿Se hizo tal vez el hombre *menos deseoso* de resolver el enigma de la existencia por la fe en un más allá, cuando—por consecuencia de esta derrota—esta existencia apareció como algo todavía más fortuito, más vacío de sentido y más superfluo en el orden *visible* de las cosas? ¿Es que la tendencia del hombre a humillarse, su *voluntad* de empequeñecerse no ha marchado en continuo progreso desde Copérnico? ¡Ay! Esto se ha hecho de su fe en su dignidad, en su valor único, sin par en la escala de los seres; se transformó en un animal sin metáfora, sin restricción ni reserva, él, que, según su fe de antaño, era casi un Dios ("hijo de Dios", "Dios hecho hombre")...

Desde Copérnico, el hombre parece llegado a una pendiente que desciende, para rodar cada vez más lejos del punto de partida. ¿Hacia dónde? ¿Hacia la nada? ¿Hacia "el *punzante* sentimiento de su nada"?... ¡Pues bien!: ¡esto sería un camino directo hacia el *antiguo* ideal!... *Todas* las ciencias

Digitized by Google

(y no exclusivamente la Astronomía, cuya influencia humillante y empequeñecedora arrancó a Kant esta notable confesión: "Ella aniquila mi importancia..."), todas las ciencias, naturales o *contra natura*—así domino a la crítica de la razón por sí misma—, trabajan hoy día en destruir en el hombre el antiguo respeto de sí mismo, como si este respeto no hubiera sido jamás otra cosa que un pretencioso producto de la vanidad humana; del mismo modo podría decirse que ponen su honra, su ideal austero y rudo de ataxia estoica en mantener en el hombre este *desprecio de sí,* obtenido a costa de tantos esfuerzos, presentándolo como su último, como su mejor título para la estima de sí (en lo cual el hombre tiene razón, porque el que desprecia "no está lejos de estimar..."). Pero ¿es eso, en realidad, trabajar *contra* el ideal ascético? ¿Se cree en serio (como imaginaron algún tiempo los teólogos) que, por ejemplo, la *victoria* de Kant sobre la dogmática de los teólogos ("Dios", "alma", "libertad", "inmortalidad") haya hecho daño a este ideal?; dejemos aparte, por el momento, la cuestión de saber si Kant tuvo nunca el deseo de ocasionarle daño.

Lo que sí es cierto es que todos los filóso-

Digitized by Google

fos transcendentales, a partir de Kant, ganaron de nuevo la causa; se emanciparon de la tutela de los teólogos: ¡qué alegría! Kant les ha enseñado este camino desviado en que pueden, en adelante, con toda independencia y con el más decente vestido científico, satisfacer "los deseos de su corazón". Del mismo modo, ¿quién podría en adelante desear ningún mal a los agnósticos si, llenos de veneración por lo Desconocido, por el Misterio en sí, adoran como Dios *al mismo signo de interrogación?* (Javier Doudan habla en algún sitio de los *estragos* causados por *l'habitude d'admirer l'intelligible au lieu de rester tout simplement dans l'inconnu* (1), y piensa que los antiguos no habían conocido este abuso.) Suponiendo que todo lo que el hombre "conoce", lejos de satisfacer sus deseos los contraría por el contrario y los horroriza, ¡no es ciertamente una escapatoria divina arrojar la falta no sobre los "deseos", sino sobre el "conocimiento mismo!"... "No hay conocimiento, *luego* hay un Dios." ¡Qué nueva *elegantia syllogismi!* ¡Qué triunfo del ideal ascético!

(1) En francés en el original (N. DEL T.).

Digitized by Google

26

La historia moderna, considerada en conjunto, ¿afirmará tal vez una actitud más dispuesta a la confianza ante la vida y el ideal? Su pretensión suprema consiste hoy día en ser un *espejo;* rechaza toda teología; ya no quiere "probar" nada; desdeña erigirse en juez y cree mostrar con ello su buen gusto; afirma en tan escasa medida como niega; atestigua, "describe"... Todo esto es evidentemente ascetismo; pero un ascetismo en su más alto grado: es *nihilismo,* ¡no nos equivoquemos! Se observa en el historiador una mirada triste, dura, pero resuelta; sus ojos *miran a lo lejos* delante de ellos, como miran los ojos de un navegante polar (¿quizá para no mirar en él, para no mirar atrás?...). Nieve por doquier; aquí la vida es muda; las últimas cornejas, cuya voz se escucha, graznan: "¿Para qué?" "¡En vano!" "*¡Nada!*"; aquí nada se lleva a cabo ni crece, a no ser

Digitized by Google

la metafísica petersburguesa y la "piedad" a lo Tolstoi.

En lo que se refiere a esta otra variedad de historiadores, quizá más "moderna" todavía, sensual y voluptuosa, que mira con buenos ojos tanto a la vida como al ideal ascético, que se sirve de la palabra "artista" como de unos guantes y monopoliza hoy el elogio de la vida contemplativa, ¡oh, que estas melosidades intelectuales os produzcan sed de ascetas y de paisajes de invierno! ¡No! ¡Que el diablo se lleve toda esta turba "contemplativa"! ¡Cuánto mejor prefiero errar con los historiadores nihilistas a través de las brumas melancólicas, grises, frías!; prefiero, con mucho, suponiendo que me viera obligado a escoger, prestar oídos a un espíritu poco dotado para la historia, antihistórico (como este Dühring, cuya palabra embriaga hoy día en Alemania a una fracción del proletariado intelectual, una variedad de "almas bellas", todavía tímida y un poco vergonzosa: la *species anarchistica).*

Los contemplativos son cien veces peores; no conozco nada que me cause una repugnancia mayor que uno de estos sillones "objetivos", uno de estos guapos perfumados de la historia, medio curas, medio sátiros,

Digitized by Google

al estilo de Renan, y que dejan ya ver —por el falsete agudo de sus homilias— lo que les falta, en *dónde* son incompletos, en qué sitio las crueles tijeras de las Parcas han ejercido su oficio, ¡ay!, ¡demasiado quirúrgico! He aquí lo que subleva mi gusto y también mi paciencia—que quien nada tenga que perder conserve su paciencia a la vista de tal espectáculo—, yo me siento exasperado, el aspecto de estos "mirones", me irrita contra toda esta "comedia" más que la comedia misma (me refiero a la historia, bien se comprende); siento fantasías anacreónticas que me suben al cerebro. La madre Naturaleza, que dió al toro sus cuernos y al león el χάσμ' ὀδόντων, ¿para qué me dió a mí los pies?... Para dar de puntapiés, ¡por San Anacreonte!, y no solamente para escaparme: ¡para machacar a patadas a estas carnes apolilladas, a estos cobardes contemplativos, a estos concupiscentes eunucos de la historia, a todos estos chambones del ideal ascético, a esta impotente turtufería de la justicia! Todos mis respetos para el ideal ascético, *mientras sea sincero,* mientras tenga fe en sí mismo y no represente una comedia. Pero no puedo aguantar a todas estas presumidas chinches que ponen su ambi-

Digitized by Google

ción sin freno en olfatear el infinito hasta que el infinito olfatea a la chinche; no puedo sufrir a estos sepulcros blanqueados que parodian la vida; no puedo sufrir a estos seres fatigados que se envuelven en los pliegues de su sabiduría y se dan un vistazo "objetivo"; no puedo aguantar a estos agitadores disfrazados de héroes, que ciñen su cabeza de espantapájaros con el yelmo mágico del ideal; no puedo sufrir a estos comediantes ambiciosos que quisieran hacer de ascetas y de sacerdotes, pero que no son más que trágicos polichinelas; y no puedo sufrir tampoco a estos traficantes en idealismo, estos antisemitas que actualmente ponen los ojos en blanco, golpean sus pechos de cristianos, de arios y de buenas gentes, y por un abuso exasperante del más banal truco de agitador —me refiero a la *pose* moral—buscan soliviantar todo el elemento "bueyuno" de un pueblo (si no hay charlatanería intelectual que en la actual Alemania no obtenga algún éxito, esto obedece al innegable y ya manifiesto *empobrecimiento* del espíritu alemán, empobrecimiento cuya causa yo encuentro en una alimentación casi exclusivamente compuesta de periódicos, de política, de libro y de música wagneriana; a lo que precisa aña-

Digitized by Google

dir las razones que explican la elección de tal régimen: el exclusivismo y la vanidad nacional, el principio fuerte, pero estrecho: "Alemania, Alemania por encima de todo", y, además, la parálisis agitante de las "ideas modernas").

La Europa actual es, sobre todo, rica en excitantes; parece que nada le sea más indispensable que los estimulantes y los aguardientes; de aquí procede esta vasta falsificación del ideal, este elixir de vida del espíritu; de aquí, igualmente, procede esta atmósfera repugnante, pestífera, cargada de mentira y de pseudoalcohol que se respira por todas partes. Me gustaría saber cuántos cargamentos de idealismo, de disfraces heroicos, de carracas grandilocuentes; cuántas barricas de simpatía edulcoradas y alcoholizadas (razón social: "*La religión del sufrimiento*"), cuántos pares de zancos de "noble indignación", para uso de los pies-planos intelectuales; cuántos *comediantes* del ideal cristiano y moral deberían ser exportados de Europa para que el aire se purificara un poco más... Evidentemente, esta superproducción podría dar ocasión a un nuevo *comercio;* evidentemente, hay en ello un nuevo "negocio" que emprender con un

Digitized by Google

pequeño surtido de ídolos y de "idealistas"; ¡sabed aprovecharos de esta indicación! ¿Quién tendrá el valor de intentar la empresa? ¡Tenemos a mano todo lo que es preciso para "idealizar" la tierra!... Pero ¿para qué hablar de valor? Una sola cosa es aquí necesaria: una mano, una mano poco escrupulosa, ¡oh!, ¡cuán poco!...

Digitized by Google

¡Basta! ¡Basta! Dejemos aquí estas curiosidades y complejidades del espíritu moderno, en donde podemos hallar materia, tanto para reír como para llorar; porque *nuestro* problema, el problema del *sentido* del ideal ascético, puede muy bien pasarse sin ellas; ¿qué tiene que hacer, en efecto, con el ayer y el hoy? Me ocuparé de esta materia con más extensión y tiempo en otro trabajo (bajo el título de *Historia del nihilismo europeo;* para esto remito a una obra que tengo en preparación: LA VOLUNTAD DE PODER. *Ensayo de una transmutación de todos los valores).*

Por el momento me bastará indicar esto: el ideal ascético, incluso en las más elevadas esferas de la inteligencia, no tiene, por el momento, más que una sola especie de enemigos verdaderamente *dañinos*: son los comediantes de este ideal, porque ellos despiertan la desconfianza. Por lo demás, en

Digitized by Google

todas partes, en cuanto el espíritu se aplica a la obra con seriedad, energía y probidad, se pasa completamente sin ideal—la expresión popular de esta abstinencia se llama "ateísmo"—, *a no ser que quiera la verdad*. Pero este querer, este *residuo* de ideal es, créaseme, el mismo ideal ascético bajo su forma más severa, su forma más espiritualizada, la más puramente esotérica, la más despojada de todo ropaje exterior; por consiguiente, más que un residuo, es el núcleo sólido de este ideal.

El ateísmo absoluto, leal (solamente en *su* atmósfera respiramos a gusto, ¡nosotros, espíritus espirituales de esta época!), no se halla, por consiguiente, en oposición con este ideal, como parece al primer momento; al contrario, es una fase muy adelantada de su evolución, una de sus formas finales, una de sus consecuencias íntimas: es la *catástrofe* imponente de una disciplina dos veces milenaria del instinto de la verdad, que, en fin de cuentas, se prohibe a sí mismo *la mentira de la fe en Dios*. (En la India se ha operado la misma evolución de un modo absolutamente independiente, lo que demuestra la exactitud de mi observación; el mismo ideal yendo a dar en la misma conclusión; el mo-

Digitized by Google

mento decisivo alcanza a cinco siglos antes de la Era Cristiana con Buda, o, mejor dicho, con la filosofía *sankhya,* popularizada más tarde por Buda y erigida en religión.) ¿Qué es, pues, lo que—rigurosamente hablando—*ha conseguido la victoria sobre el Dios cristiano?* La respuesta se halla en mi libro *La Gaya Ciencia,* afor. 357: "La misma moral cristiana, la noción de sinceridad aplicada con un rigor siempre creciente; la conciencia cristiana que agudizada en los confesonarios se ha transformado hasta venir a hacerse la conciencia científica, la propiedad intelectual a toda costa.

Considerar la naturaleza como si fuera una prueba de la bondad y de la providencia divinas: interpretar la historia en honor de una razón divina, como constante prueba de un orden moral del universo y de la doctrina de las causas finales; intrepretar nuestro propio destino al modo que durante tanto tiempo lo hicieron los hombres piadosos, viendo constantemente en él la mano de Dios, que ordena y dispone todas las cosas en vista de la salvación de nuestra alma: he aquí las maneras de pensar que hoy día han *pasado,* que tienen *contra ellas* la voz de nuestra conciencia, que, a juicio de toda con-

Digitized by Google

ciencia delicada, pasan por inconvenientes, deshonestas, por mentiras, por afeminamiento, por cobardía; y esta severidad más que nada, hace de nosotros, *buenos europeos,* herederos de la mayor y más valiente victoria que sobre sí misma haya alcanzado Europa..."

Todas las grandes cosas perecen por sí mismas, por un acto de "auto-supresión": así lo quiere la ley de la vida, la ley de una *fatal* "victoria sobre sí mismo" en la esencia de la vida; siempre—incluso para el legislador — acaba por resonar la sentencia *"patere legem quam ipse tulisti"*. Por esta razón, el cristianismo, *en cuanto dogma,* ha sido destruído por su propia moral; por ello igualmente, el cristianismo *en cuanto moral,* debe también ir a su ruina; nos encontramos en el umbral de este último acontecimiento. El instinto cristiano de la verdad, de deducción en deducción, de sentencia en sentencia, llegará finalmente a su deducción *más formidable,* a su sentencia *contra* sí mismo; pero esto acaecerá cuando se plantee el problema: *¿qué significa la voluntad de la verdad?...* Y, heme aquí retornado a mi problema, a nuestro problema, ¡oh, amigos míos *desconocidos!* (todavía no conozco ningún

Digitized by Google

amigo): ¿Qué sería para *nosotros* el sentido de la vida entera si no fuera porque esta voluntad de la verdad llega a tomar en nosotros conciencia de sí misma, *en tanto que* problema?... La voluntad de la verdad, una vez consciente de sí misma, tal será—la cosa no ofrece ninguna duda—*la muerte* de la moral. Este es el grandioso espectáculo en cien actos, reservado a los dos próximos siglos de la historia europea, espectáculo aterrador como ninguno, pero quizá como ninguno fecundo en magníficas esperanzas...

Digitized by Google

28

Si se hace abstracción del ideal ascético, se comprobará que el hombre, el *animal*-hombre, no ha tenido hasta el presente ningún sentido. Su existencia sobre la tierra no tenía una finalidad; "¿para qué existe el hombre?" Esta era una pregunta sin respuesta; la *voluntad* del hombre y de la tierra faltaba; detrás de cada poderoso destino humano, resonaba—más poderosamente todavía—la desconsoladora frase: "¡En vano!" Y, he aquí el sentido de todo ideal ascético; él quería decir que alguna cosa *faltaba,* que una inmensa *laguna* circundaba al hombre: no sabía justificarse a sí mismo, interpretarse, afirmarse: *sufría* delante del problema del sentido de la vida. Sufría, por otra parte, de muy variadas maneras, era ante todo, un animal *enfermizo:* pero su problema no era el sufrimiento en sí mismo; era que no

Digitized by Google

tenía respuesta que dar a esta cuestión angustiosa: *¿Por qué* sufrir?

El hombre, el más valiente y el más apto al sufrimiento de todos los animales, no rechaza el sufrimiento; antes bien lo busca para que le muestre su razón de ser, el *por qué* de este sufrimiento. La falta de sentido del dolor y *no* el dolor mismo es la maldición que hasta el presente pesó sobre la humanidad; ahora bien: *el ideal ascético le dió un sentido.* Era hasta hoy el único sentido que se le había dado; sea el que sea vale más que no tenerlo; el ideal ascético era, desde todos los puntos de vista, *el mal menor por excelencia,* lo que cabía hacer en el peor de los casos. Gracias a él el sufrimiento encontraba una explicación; el inmenso vacío se llenaba, la puerta se cerraba delante de toda clase de nihilismo, de reseo de aniquilamiento. La interpretación que daba a la vida suponía, innegablemente, un nuevo sufrimiento, más profundo, más íntimo, más envenenado, más homicida: consideraba todo sufrimiento como el castigo de una *falta*...

Pero, a pesar de todo, proporcionaba al hombre la *salvación;* el hombre tenía un *sentido,* ya no era la hoja zarandeada por el viento, el juego de un azar ciego, del sin-

Digitized by Google

sentido; en adelante, podía *querer* algo; ¡qué importa qué cosa, lo mismo daba una que otra!: *Por lo menos se había salvado la voluntad.*

Imposible por otra parte disimular la *naturaleza* y el *sentido* de la voluntad a que el ideal ascético había imprimido una dirección: este odio por todo lo que es humano y más aún por todo lo que es "animal", y más aún por todo lo que es "materia"; este horror de los sentidos, de la razón misma; este temor a la felicidad y a la belleza; este deseo de huir de todo lo que es apariencia, cambio, devenir, muerte, esfuerzo, incluso deseo—todo esto significa—osemos comprenderlo, una *voluntad de aniquilamiento,* una hostilidad a la vida, una negativa a admitir las condiciones fundamentales de la vida; ¡pero aquí hay, al menos—y esto siempre permanece—una *voluntad!...*

Y, para repetir, terminando, lo que dije al principio: el hombre prefiere mejor tener la voluntad de la *nada* a carecer en *absoluto* de voluntad...

F I N

Digitized by Google

OBRAS

DE

PÍO BAROJA

MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCION

El aprendiz de conspirador..... 4
El escuadrón del Brigante..... 5
Los caminos del mundo..... 5
Con la pluma y con el sable..... 5
Los recursos de la astucia..... 4,50
La ruta del aventurero..... 5
Los contrastes de la vida..... 4
La veleta de Gastizar..... 5
Los caudillos de 1830..... 4
La Isabelina..... 5
El sabor de la venganza..... 5
Las Furias..... 5
El amor, el dandismo y la intriga..... 5
Las figuras de cera..... 5
La nave de los locos..... 5
Las mascaradas sangrientas..... 5
Humano enigma..... 5
La senda dolorosa..... 5

Digitized by Google

OBRAS

DE

ENRIQUE BARBUSSE

El fuego	5,00
Claridad	5,00
El resplandor en el abismo	4,00
Algunos secretos del corazón	5,00
Encadenamientos (2 vols.)	10,00
Los verdugos	5,00
Fuerza	5,00
Jesús	5,00
Nosotros	5,00
Los Judas de Jesús	5,00
Palabras de un combatiente	4,00

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google